JAVIER DE VIANA

BICHITOS DE LUZ

(CUENTOS CAMPEROS)

VICENTE MATERA
CORRIENTES 1746 — BUENOS AIRES

ANTONIO DE ANGILE
LIBRERIA ESTACION CENTRAL
MONTEVIDEO

Índice

1. *EL DELATOR*
2. *AÑOJAL*
3. *DEMASIADO TARDE*
4. *SACACHISPAS*
5. *UNA MENTIRA*
6. *¿PA QUE SIRVE LA ESCUELA?...*
7. *SOLUCION IMPREVISTA*
8. *LAS FIERAS*
9. *UN DESERTOR*
10. *EL ALMA DE SANTOS VEGA*
11. *BOCOY DE CAÑA*
12. *NO CANDELARIO*
13. *MI COMPADRE ELIAS*
14. *COMO EL OMBU*
15. *FUERA DE TIEMPO*
16. *EL CRIMEN DE UN LOBINZON*

17. CASTIGO DE UNA INJUSTICIA
18. COMENTANDO UNA CARRERA
19. LA BRUTALIDAD GAUCHA
20. EL PERRO MAULA
21. UNO MAS
22. P'APRENDER
23. LAS BOTAS DE DON TULIO
24. COMO SE CAE
25. LA VIUDA BRAVA
26. LA REVANCHA
27. UNA AVENTURA DEL CAPITAN CRISTALDO
28. ¡ MALDITA SEA LA GUERRA !
29. UN PESIMISTA
30. AURA
31. POR NO DOBLARSE
32. COMO SE VIVE
33. MI PRIMA ULOGIA
34. COMO EN EL TIEMPO DE ANTES
35. LAS GENTES DEL ABRA SUCIA

36. *LA VENGANZA DEL BUEY*

37. *LA VUELTA A LA ALDEA*

38. *EL BAILE DE ÑA CASIANA*

39. *LA CERRAZON*

EL DELATOR

-Del lao derecho del arroyo Pedregullo-empezó a contar el viejo Saldías, y Juan Cándido, su nieto, lo interrumpió:

-Conozco el arroyo Pedregullo...

¡Qué vas a conocer vos, mocoso!

Insolente, con la insolencia de niño mimado, Juan Cándido afirmó:

-¡Ya lo creo que lo conozco!... ¡El Pedregullo!. Un arroyito 'e mala muerte qu'está en el campo e los Virazos, a seis leguas de aquí... ¡No vi'a conocer!... Con violencia, Saldías dijo, imponiendo silencio:

-¡No es ese!... El Pedregullo que yo digo está situao allá por Jujuy... o por la Banda Oriental... No estoy bien siguro, pero por ahí anda... ¡Y no m'interrumpás más... Güeno: pal lao derecho del arroyo Pedregullo estaba la casa 'e la viuda de Anavitarte, un vasco que supo ser, yo no sé si gobernador o maistroescuela... pero, vamos, medio dotor, manate y con mucha banca con los de arriba...

-A la fija que la viuda quedó rica...

-Te equivocás... El finao Anavitarte era de esos que siempre usan cintos aujeriaos, y al morir no le dejó a la viuda más que ese piacito 'e campo y alguna otra migaja pa engañar el hambre... Pero la viuda, a falta 'e monetario, tenía muy güenas rilaciones. Era en tuavía joven y bien parecida.

-¡Dejuro!... A una viuda joven y güena moza nunca le faltan güenas rilaciones!

¡Otra vez errastes la picada!... Ña Dominga... o Gertrudis... no mi acuerdo bien cómo se llamaba, pero una cosa parecida, tenía fama de ser más virtuosa que una borrega recién nacida... Su reputación estaba limpia como esas vírgenes que se guardan en campanas de vidrio... Siempre metida en su casita, de ande no salía nunca y ande nunca iban visitas, ni había más hombre que un viejo quintero que cuidaba la majada, se lo pasaba haciendo labores que mandaba vender al pueblo y que le pagaban bien, por ayudarla... ¡Era una santa !

Interrumpióse el viejo para encender el cigarrillo, y continuó luego:

-Del otro lao del arroyo vivía don... don... ¡no me acuerdo cómo!... estanciero él, viudo él, sin familia él y tuavía escarciador y presumido. Pero muy güena persona, eso sí. En la pulpería no lo vían nunca, y en las riuniones, menos... No bebía, no pitaba, no jugaba... y estaba siempre pronto pa dar un consejo, pa velar un dijunto y p'acompañarlo al cementerio. Plata, eso sí, dicen que no daba nunca...

-Y se le apareció la viuda.

¡Callate!... En un redepente empezó a rodar pu'el pago el chisme, llevao quién sabe por qué lechuza, que don... no mi acuerdo cómo, tenía relaciones con la viuda; que tuitas las noches, dispués que se dormía la gente 'e la estancia, ensillaba su caballo, vandiaba el Pedregullo y se iba a casa 'e l'Anavitarte, de ande regresaba antes del primer canto 'el gallo... Y unos decían qu'era verdad y otro qu'era un falso, hasta que vinieron unas lluvias grandísimas y una creciente machaza... Al Pedregullo se le hinchó la panza, se desprendió el chaleco y se desparramó por el bajo, llevándose todo por delante... ¡Yo nunca vide temporal como ese!

-¿Y usté lo vido?

-¡ Dejuro que no!... Pero cuando uno cuenta, hay que decir asina!... Comprendés...

-¡Ah!...

-Güeno, los vecinos, sabedores de que habían ocurrido disgracias, salieron pa ofrecer auxilio... Al llegar a la casa ‘e la viuda no encontraron más la casa ‘e la viuda... Tuito el campo era una mar, y las gentes, con los botes, descubrieron a los lejos, atracao en un albardón, el techo del rancho y sobre el techo encontraron a... la viuda, el estanciero, la china partera del pago y un guachito recién nacido... Los vecinos, recordando qu'el Pedregullo nunca había crecido de esa suerte, decían que lo había hecho adrede, pa delatar la hipocresía de la la viuda y del estanciero, demostrando que Dios no quiere cosas puercas...

¿Y qué pasó después?

-¡Lo que tenía que pasar!... Los vecinos se casaron.

Tras un silencio general, el nietito de Saldías opinó: -Entonces, agüelito, yo creo que quien preparó la nundación no jué Dios, sino la viuda 'e Anavitarte!...

AÑOJAL

Al despertar, Mardonio experimentó gran disgusto. El cuarto estaba obscuro; ni un rayo de luz colábase por las múltiples rendijas que ofrecían el techo, las paredes, la puerta y la ventana de la rústica estancia. Pero debía ser tarde, sin embargo Probablemente el sol había emprendido marcha en medio de un cielo toldado aún, después de la furiosa lluvia nocturna: el sol es un mayoral experto y rígido, que no posterga la hora de salida cualesquiera sean las amenazas del tiempo.

Mardonio tenía conciencia de haber dormido mucho y avergonzábase de ello. En el transcurso de los quince años que llevaba desempeñando la mayordomía de la Estancia, jamás nadie se había levantado antes que él y cuando aparecían en el galpón los más madrugadores, siempre encontraban encendido el fuego, caliente el agua y ya enflaquecida la primera cebadura del cimarrón.

Se había dormido; era una vergüenza que lesionaba su prestigio de hombre capaz de los más grandes sacrificios en tal de que no pudieran tarjarle una sola falta en el cumplimiento de sus deberes.

Levantóse, se vistió someramente y abrió la pequeña ventana. Contra su presunción, el cielo estaba sin nubes y en la lejanía del horizonte una fina ceja roja anunciaba el nacimiento del día.

Salió. El galpón estaba desierto, frías las cenizas, apagado el trashoguero de espinillo. Silencio completo en las casas. Todos, hasta los perros, dormían aún.

Recién entonces Mardonio respiró a gusto; y en tanto encendía el fuego y preparaba el mate, con la metódica prolijidad que empleaba en todos sus actos, iba recapitulando los extraordinarios acontecimientos de la víspera.

¿Eran realidades, o simple ensoñación engendrada por la atmósfera de tormenta y el prolongado verberar de agua y del viento durante aquellos ochos días de furioso temporal?...

No acertaba a decidirlo, y tanto más pujaba, tanto más enredabánsele los tientos del raciocinio. En la duda, irritóse consigo mismo.

-¡ Duele errar un tiro 'e bolas, pero más duele correr por los

cuestabajos, con peligro de romperse el alma, pa enlazar una fantasma!...

El sol había desabrochado los últimos velos negros de la noche y ascendía majestuosamente entre el cobalto de un espléndido cielo otoñal.

Persistía el silencio. Todo dormía aún, cuando Mardonio, después de haber cansado una cebadura de yerba y agotado el agua de la pava, fué hasta la puerta del galpón y tendió la vista al campo.

Sorprendióse como quien ve inesperadamente una persona que suponía muerta desde muchos años atrás. Aquel día naciente no era uno de esos tantos que pasan como pasa un viajero desconocido por el camino. No; él había visto antes, en tiempo lejano, sin duda, ese mismo día otoñal, blanco, luminoso y sereno.

¿Cuándo? ¿En qué oportunidad?

Una recapitación inconsciente se fué operando en su espíritu produciéndose en él algo así como el despertar después de largo sueño cataléptico.

¡Aura mi acuerdo!-exclamó.-Han galopiao más de veinte años, y esta madrugada se me presienta acollarada con la otra, igualitas como potrancos mellizos!...

Más de dos décadas, sí. El frisaba entonces en los veinticinco, y era un gallardo mancebo, que si no poseía una elocuencia profusa no le faltaban palabras y frases precisas para expresar las ternuras de su alma.

Amó una vez sola, pero amó intensamente. Sin violencias, por natural conformidad con su espíritu, siguió siempre al pie de la letra uno de los predilectos aforismos de su padre:

"Una sola mujer, un solo caballo, una sola pistola". Y su corolario:

"No es rico quien tiene mucho, sino quien sabe cuidar lo que tiene".

En el clarear de un día de otoño, luminoso y plácido como aquel que ahora presenciara, Mardonio salía del interior de un ranchito, donde había exhalado el último suspiro su novia adorada...

Dentro de su corazón, sin exteriorizaciones de ningún género, consagró un culto a la muerta, convencido de que ninguna otra podría reemplazarla en su afecto.

Y la vida siguió su curso, con sus exigencias ineludibles. La

muerte había cerrado con llave el huerto una solą vez cultivado y el mozo no tuvo nunca tentaciones de entrar en él.

De esta laya transcurrieron veinte años, monótonos, gríseos, insípidos, todos iguales.

Mas he ahí que al cabo de ellos Mardonio se vió bruscamente abocado a un nuevo conflicto sentimental. Había fiesta en la estancia. Baile en la noche. Entre las muchachas hallábase Consolación, huérfana de un puestero y que el patrón había recogido. Como era muy pobre y poco agraciada, nadie sacábala a bailar, y entonces Mardonio, compasivo, la invitó...

¿Agradecimiento?... ¿Afecto sincero?...

No entremos en análisis demasiado complicados. El caso es que Mardonio vió brotar una rama verde y vigorosa del tronco tronchado, y el que creía seco de su sensibilidad amorosa...

Se amaron. Debían casarse en breve, Mardonio, sobre todo, tenía prisa: a los cuarenta y cinco años la estación terminal del amor está muy próxima.

El sol seguía ascendiendo lenta y majestuosamente por el ancho camino azul del firmamento y todo el mundo dormía aún en la estancia.

El capataz empezaba a impacientarse en su soledad renegando del madrugón, cuando se le presentó Consolación, quien fingiendo sorpresa dijo:

-¡Ah!... Está usté... yo iba... iba...

-¿A dónde, amiguita?-contestó él con afectó.

-Es decir... yo no iba..., venía... balbuceó.

Y luego, resueltamente :

-Mire; yo vine pa esplicarme con usté... Usté es un hombre muy bueno y yo no quiero engañarlo...

El empalideció un poco y respondió, grave y sereno:

-Hable...

-Oiga... Yo creía quererlo, pero dispués he visto que no era posible... que usté es muy bueno, sí, pero que.... ¡yo no sé cómo decirlo!... Vea y es l'único que se me ocurre: que usté me quiere, pero que se ha olvidao de querer...

¡La terrible frase!... No basta amar, es necesario saber transmitir el amor a la persona querida. Y él no podía hacerlo. En las tierras vírgenes, un enérgico roturaje asegura el brote de la semilla; pero

en los añojales la maleza la obstruye y la mata!...

DEMASIADO TARDE

El invierno tocaba a su fin. El corpulento ombú y los frondosos naranjos comenzaban a cicatrizar las heridas de los garranchos que trituraron los vendavales, las madreselvaş extendían sus tentáculos morados y en las axilas de las ramas de todas las plantas florales hinchabanse las yemas de la futura foliación.

Isabel había concluído de preparar la cena y amortiguando el fuego con espesa capa de ceniza dejó allí las cazuelas para que la comida se mantuviera caliente cuando a su esposo le diera la gana de ir a comer,-cuando iba, unas veces a las seis, otras a las nueve y aun más tarde.

Terminada su obligación cotidiana retirábase al patio jardín y sentada en tosca sillita de paja se entregaba a mecánica labor de aguja. Sentado frente a ella, el viejito don Cosme, su padre, maestro normal jubilado desde hacia muchos años, leía un diario, luchando contra la menguante claridad de día.

De cuando en cuando alzaba los anteojos sobre la frente para dirigir una mirada furtiva a su hija que tejía en obstinado silencio. La impasibilidad de su rostro de un blanco mate, dábale un aspecto de estatua sombreada por las tintas moradas del crepúsculo del jardín.

La quietud fué turbada por la presencia de Chichi, una preciosa niñita como de ocho años de edad, que hasta entonces había estado jugando con dos cachorros leonados en el gran patio.

Con el rostro arrebolado y en completo desorden los dorados cabellos, echó sus bracitos sobre la falda de Isabel, y exclamó con monería:

-¿No comemos, mamita?... Chichí tiene hambre !... -Sí, angelito, sí,-respondió la madre, asentándole con la mano la enrulada cabellera, luego, poniéndose en pie y dirigiéndose a don Cosme:

-Pasen al comedor, tata, mientras yo voy a servirles la cena.

El anciano tuvo intención de decir algo; pero, mirando con pena a su hija y después a su nietita, guardó silencio, y se encaminó al comedor.

Minutos más tarde entraba Isabel con la fuente, les sirvió y sentándose frente a su plato vacío, continuó la interrumpida

costura, en silencio, el busto inmóvil, la fisonomía sin expresión.

-Ya es muy tarde, ¿por qué no comes tú también,—— insinuó tímidamente don Cosme.

-Ya sabe que tengo que esperar a Diego...

-Que vendrá a las nueve o las diez, cuando se deshaga la partida de pocker... o cenará afuera, como lo hace con frecuencia, importándole un comino que tú esperes hasta la mil y quinientas y te acuestes sin comer. —¡Qué quiere!... Prefiero eso a escuchar sus reproches.

¡Reproches bien injustos!...

-Por lo mismo que son injustos me ofenden más. El viejo pedagogo, con violencia inusitada, exclamó indignado:

¡Esto no puede seguir así!... No es posible que continúes siendo la víctima inocente de un pervertido que no tiene amor ni respcto para los suyos!

Isabel levantó entonces la cabeza y dirigió a su padre una mirada suplicante, recordándole con un gesto la presencia de Chichi.

Hacía ya cerca de cinco años que duraba aquella angustiosa existencia. Poco después del nacimiento de Chichí, Diego Gaona había ido cayendo poco a poco en sus antiguos hábitos licenciosos, pasándose las tardes y las noches en el garito mayor del pueblo.

Ya en esa proclive fué descendiendo rápidamente. desamorándose de su casa y de su familia, despifarrando en juegos, beberajes y crapulosas diversiones el poco sueldo que ganaba en un modesto empleo de administración pública.

Isabel había sufrido mucho tiempo, multiplicando sus afecciones y recurriendo a todos los sacrificios para reconquistar su marido, arrancarlo de las ponzoñosas garras del vicio. Mas todo fué en vano, y un incidente fué a colmar la medida de lo soportable.

Tiempo hacía que Diego mantenía relaciones con una mujerzuela del suburbio. Isabel no lo ignoraba, pues Gaona tenía la impudicia de no emplear ningún recato en la satisfacción de sus vicios.

Cruelmente herida en sus sentimientos y en su dignidad, se sometió sin vanas prótestas ante lo irremediable. El amor, puente que unía las dos riberas del arroyo, se hundió, se deshizo y la corriente arrastró hechas esquirlas, las maderas.

Con una gran voluntad y un inquebrantable sentimiento del deber, ella sepultó su cariño, consagrando sus afectos al padre venerable y a la hijita adorada. Habiendo cesado de amar, las falsías y las relajaciones de su marido no le importaban nada. Seguía, sin embargo, cumpliendo rígidamente sus deberes de esposa y de madre, soportando en silencio los mayores vejámenes a fin de que Chichí no se enterase de la degradación de su padre... Bruscamente se operó un cambio radical en Diego, quien volvió al hogar, mustio, abatido, humillado, sin atreverse a mendigar el perdón.

Isabel mantuvo invariable su conducta. Ninguna interrogación, ningún reproche. Interpretando mal esa actitud, creyendo posible la reconquista, Diego decidió tentar la aventura.

Una tarde, después de la cena, él la tomó una manc la dijo cariñoso:

-¡Isabel, perdóname!... Yo te juro que mi pasado bochornoso ha muerto y quiero consagrarme a tí y nuestra hijita!...

Ella_respondió con voz blanca :

¡Que así sea... por nuestra hija!

¿Y por ti no,.. Oyeme, Isabel: yo siento que te amo más que nunca y que al escapar del fango en que he vivido, aprecio en todo su brillo tu alma de incomparable pureza!... Todavía es tiempo de rehacer la vida... Todavía el jardín puede dar flores!...

Isabel, contraídos los labios por dolorosa sonrisa, respondió:

-Ya es tarde. Hay un árbol indígena que florece una sola vez en su vida: yo soy como ese árbol.

Y luego, reserenada, impasible cual si estuviese enteramente ajena a aquel drama, preguntó:

-¿Quiéres té o café?...

SACACHISPAS

Un tipo original Eloy Arraya. Bajo, delgado, nervioso, tenía un rostro fino, casi glabro, y una hermosa cabeza poblada de rubia, larga y ensortijada cabellera.

La causa más insignificante lo excitaba haciéndole proferir tremendas amenazas. Sus compañeros, que lo habían apodado "Sacachispas", gozaban urdiendo chismes, contando que fulano, en tal parte se había expresado en tales términos, ofensivos para él

Sea que lo creyese, o que fingiera creerlo, Eloy montaba en cólera, agitábase violentamente y rompía en tremendos apóstrofes :

En cuanto me tope con ese cascarudo le vi'a dejar el cuero como espumadera, a juerza 'e chuzasos!... —¿Conqué... pica el naco, aparcero?—mofóse uno de los peones.

-¡Con esta fariñera-replicó Sacachispas, desenvainando una descomunal cuchilla, que, lo mismo que el pistolón calibre dieciséis, solo para dormir quitábaselo de la cintura... Y eso, no siempre.

Otro peón observó burlonamente:

-No importa qu'el lazo sea largo si falta juerza en el puño pa largarlo hasta las guampas del animal!

-¡Pa sirsiorarse no tienen más que probarme!... -Nosotros no, hermano; pero no ha'e faltar quien quiera darte un cotejo, con ganas de ver si tu daga saca chispas como tu labia.

Los enojos de Eloy se apaciguaban con la misma rapidez con que nacían.

-La corro con el qu'enfrenen,-dijo, y salió del galpón tranquilamente, esperando encontrar en la cocina a Dalmacia, la chinita retrechera por la cual se derretía hacía meses.

Estaba allí, en efecto, fregando prolijamente la vajilla. El la piropeó:

A tuito lo que usted toca le saca brillo!

-Cada uno hace lo que puede-respondió irónica :usté saca chispas, yo saco brillo.

-¡Y chispas tambié sabe sacar!... Hace tiempo que tengo el corazón quemao con el chisperío'e sus ojos. Rió Dalmacia y replicó despiadada :

-Si es mucha la quemazón, le puedo pedir a Ulpiano que l'eche

unos baldes de agua!. . .'

Ulpiano, gaucho audaz, pendenciero, de coraje y destreza probados, era el odiado rival de Sacachispas.

¡Puede que yo lo enfríe a él a talerazos!-exclamó con rabia.

Tornó a reir la china, y dijo:

-Si hace la hazaña, puede venir por la flor de mi querer.

-¿Palabia?

-Palabra.

-¡Hasta lueguito!...

Y esto dicho con suma arrogancia, fuése a su cuarto, cambió por la de paseo su vestimenta de trabajo, se ajustó las armas y encaminóse a la enramada, donde púsose a ensillar su flete.

Intrigáronse los peones, y uno de ellos interrogó con sorna :

-¿Ande vas tan presumido?

¡A buscar a Ulpiano y a pelearlo!-replicó altanero el mozo.

Resonó una carcajada general, y el capataz aconsejóle :

-Llevá un pedazo 'e sebo 'e riñonada, qu'es güeno pa las machucaduras .

Sacachispas sin dignarse replicar, cabalgó y partió... Una semana después regresaba todo maltrecho, una venda en la cara y un brazo en cabestrillo.

Los compañeros ya tenían conocimiento de las peripecias del lance. La misma tarde de su partida. Eloy encontró a Ulpiano en la glorieta de una pulpería y lo provocó resueltamente. Desenvainaron las dagas y, al primer choque, el Sacachispas quedó desarmado. Enfriósele el coraje, y exclamó suplicando:

-¡No mate un hombre rendido! -No dijo Ulpiano: yo nunca mato mulitas. Pero te vi'a poner mi marca y dispués te vi'a dar una soba'e rebenque pa que cada vez que m'encontrés, te pongás de rodillas y me pidás: "¡La bendición, tatita!"

De un gesto rápido le marcó un "barbijo" en la mejilla; y de seguida, arrojando la daga, dióle de golpes con el mango del "talero", hasta hacerlo caer sin sentido... Los peones lo atendieron cariñosamente, ahorrándole el tormento de las mofas; pero cuando estuvo bueno, ya no hubo continencia.

¡Quién había 'e decir que nuestro gallo habría 'e cacarear y juir sin hacer por la riña!...

¡ Maulazo, el gallito!

Sacachispas recobró su audacia para exclamar :

-¿Maula, yo?... Maula por que me agaché cuando vide qu'el otro me achucaba?... ¿No es lai ladiarse y prenderse a los sarandises cuando no se puede asujetar la correntada?.... ¿Serías maula vos, si yendo por la vía'el fierrocarril le das lao cuando viene chiflando, en vez de pararte y decirle: "Entre chiflador y chiflador, vamo a ver quién chifla más juerte?"... ¿Lo haría vos?... ¡De loco, pa que te aventase el miriñaque y te hicieran picadillo las patas de fierro del parejero inglés!...

En ese instante se paró en la puerta del galpón Dal-´ macia, que volvía del lavadero, y encarándose con Eloy, díjole sarcásticamente:

¡La flor se secó en su ausencia; pero si precisa más ingüento, entuavía queda!...

UNA MENTIRA

Tan copiosa como intempestiva lluvia de verano aguó la gran carrera concertada entre el bayo de los Facúndez y el tostao de Menchaca.

Desde el jueves había empezado a llegar concurrencia, y el improvisado pueblo de carpas que rodeaba el edificio recio de don Manuel Figueiras, no daba abasto para servir y albergar a los forasteros.

El tostao y el bayo eran los dos campeones del pago, vencedores en todas las pruebas a que fueron sometidos; y como ya no había competidores para ellos, sus respectivos dueños decidieron trenzarse en sensacional carrera.

Grande fué la emoción que la noticia produjo en la comarca. Hasta la cátedra quedó desconcertada. Interrogado el viejo Linares, la mayor autoridad en la materia, expuso ambiguamente su opinión:

-No sé. Los dos son ligeros, y juertes como caña brasilera. Se van a encontrar Topate con Toparías. El bayo me gusta, el tostao también, pero más fe le tengo al otro.

-¿Cuál otro, si corren mano a mano?

-Yo sé lo que digo.

Y no dijo nada más.

La expectativa crecía y general fué la consternación cuando el aguacero iniciado en la media noche del sábado y proseguido sin interrupción hasta cerca del siguiente mediodía, convirtió la cancha en un barrizal, obligando a suspender la carrera, que quedó aplazada hasta el próximo domingo.

Sin embargo, los concurrentes, muchos venidos de muy lejos, resolvieron pasar la semana allí, metiéndole al naipe y a la taba, a la ginebra y la caña, a las tortas fritas y al café de porotos.

Entre las carpas, la preferida por los "chaludos" era la de la "china Usebia", quien acaparaba la mejor clientela por la fama de sus chorizos y pasteles, y quizás más que por el atractivo de esas golosinas, por la provocadora belleza de sus hijas, Jesusa y Apolinaria.

En la noche del domingo, la carpa de la china Usebia, con ser

muy grande, estaba atestada de gente, hasta el extremo de que las muchachas, en la imposibilidad de saber quién les daba un pellizco, abofeteaban al cliente más a mano.

¡Si yo no juí! protestaba un dolorido inocente. -Güeno respondía la criolla; haga de cuenta que paga adelantao.

En el más obscuro rincón de la tienda estaba sentado Menchaca, el dueño del pařejero tostado. Junto a él, todos apeñuscados por la imposición de la exigüedad del sitio, había un grupo de diez o doce personas, que hablaban, reían y bebían; pero ninguno hacía caso de Menchaca, ni Menchaca hacía caso de ellos.

Siempre, y en todas partes donde se estuviese, ocurría lo mismo. Era un hombre hosco, huraño, intratable. Sobre un cuerpo grande y recio, llevaba una pequeña cabeza cuadrada, poblada de rígidos pelos cortados al ras, y una cara chata, de nariz roma, de pequeñísimos ojos, apenas perceptibles, entre las cejas enormes y los pómulos prominentes. La mandíbula prognata y lampiña y las anchas manos velludas, completaban el tipo de gorila medio civilizado.

Buscaba siempre la soledad, y era por temperamento, agrio y duro con todos. Siendo muy rico vivía casi miserablemente; su comida invariable, mañana y tarde y todos los días, la constituía un enorme asado que devoraba con glotonería salvaje, sin pan y muchas veces sin sal. No fumaba ni bebía, y, fuera de las carreras,en que entraba de tiempo en tiempo, y en las cuales no exponía jamás más dinero que el de la apuesta, — ignoraba todos los otros juegos. Su apero, lo mismo que su indumentaria, era inferior al del último de sus peones.

Y no por tacañería, sino que su espíritu de bruto no concebía otras satisfacciones que llenar la panza y dormir, como no comprendía ninguna forma de humanitarismo. No amaba ni odiaba a nadie, y la malquerencia. general de que era objeto, no le molestaba, porque le pasaba inadvertida.

Esa noche uno de los del grupo dijo con hiriente intención:

-El tostao es un parejero de ley; pero le desconfío al estao: el dueño, de puro mísero, es capaz de haberle comido la mitad de la ración de maiz.

-Dicen que en su casa los peones andan galgueando siempre y qu'el que aguanta seis meses sale más finito que una prima de guitarra.

Y por ese estilo hicieron los comentarios ofensivos sin que Menchaca diese la más mínima señal de agravio. Su indiferencia iba cansando ya a los provocadores, cuando entró a la carpa Juan Mentira, quien fué recibido con alborozo por los del grupo.

-¡Cayó al rodeo el toro que faltaba!

-¡Ricién va' empezar el baile !...

¡Velay un trago, Mentira, y venga un cuento!... Sobre el pucho aparceros, respondió el recién llegado ; casualmente traigo uno fresquito, ricién arrancao del árbol.

Todos se aprontaron a escuchar al narrador famoso. Juan Mentira era un gauchito flaco, cuya nariz flaca y afilada y sus ojos pequeños y maliciosos, le daban gran semejanza con su tocayo Don Juan Zorro. Y como éste era burlón, artero, y cruel. Mentía siempre, y todas sus mentiras, expresadas en forma ingeniosa, iban envueltas en veneno.

-Había una vez en un pago empezó un estanciero rico como Anchorena, feo como un diablo carbonero y más malo que un alacrán...

Al oir aquel introito, los tertulianos volvieron involuntariamente la vista hacia Menchaca, quien permanecía impávido, cual si no hubiese escuchado o si no le interesara la narración.

Y Juan Mentira prosiguió:

-Aquel hombre no tenía ningún amigo, ni ningún pariente, hasta se maliciaba que ni madre tuvo, y que nació en la orilla' el arroyo, de un güebo de yacaré empollao pu'el sol... Solo, como el ombú, vivió largo tiempo su vida de peludo, siempre metido en su cueva, hasta que una ocasión vido en el rancho de un puestero una palomita linda y tierna. Se lamió el hocico engolosinao, se arregló con el padre, qu'es un borracho endino, y se la llevó sin hacer caso de los llantos y las protestas de la moza... ¡ Demen un trago!...

-Allí la tuvo prisionera, siempre temiendo que algún gavilán l'alzara, o que ella mesma emprendiese el vuelo si por casualidá le dejaban abierta la puerta de la jaula. Güeno; había precisamente un gavilán que codiciaba a la paloma y anoche, aprovechando el

oportuno de qu'el perro había ido a carniar lejos, llegó a la cueva y le ofreció abrirle la puerta de la jaula.

-¿Y ella?...

-Ella dijo: "Ya no sé volar". Y él respondió: “No tengás miedo ningún pájaro se cai solo en el aire, ni

ningún pescao se auga en el río". A lo que entonces ella dijo: "Yo quisiera juir, pero no me atrevo"; y él: "¿Por qué?... ¿Entre gavilán y chimango, te cuesta elegir?"..

Calló el mozo, y arrojando displicente por las narices el humo del cigarrillo, dirigió una irónica provocativa mirada al estanciero, quien había comenzado a mostrarse nervioso.

-¿Y a la fin? interrogó uno.

-A la fin el gavilán tuvo que dirse porque la paloma prefirió quedarse con su chimango...

Menchaca, visiblemente emocionado, se levantó de su asiento, se abrió paso a empellones y salió de la carpa. -V'a ver si es verdá lo del cuento insinuó uno de los oyentes; y otro preguntó:

—¿ Pero es verdá ansina?

Rió con cinismo el narrador y dijo:

-Me llaman Juan Mentira. ¿Cuándo me han oído decir una verdá?... Esta es una mentira...

—¿De modo que la paloma?...

-Se voló y se jué... ¡vidalita!...

¿PA QUE SIRVE LA ESCUELA?...

Poco más de veinte años tenía Nacianceno Veracruz cuando su padre, provocado por el caudillo político del partido, César Miranda, en unas elecciones, lo peleó y lo mató.

El padre de Nacianceno poseía una regular fortuna, consistente en campos y haciendas. Varios procuradores se disputaron la defensa del homicida, y su hijo, hijo único, huérfano de madre, ni calculó ni discutió gastos para obtener la libertad de su genitor.

Entre abogados, procuradores, papel timbrado, costas y viajes a la ciudad, Nacianceno gastó un platal, viéndose obligado a hipotecar un pedazo de campo para hacer frente a ellos.

Y el resultado fué una condena a quince años de penitenciaría, que el viejo Veracruz no purgó porque de rabia o de pena al verse enjaulado, falleció antes de llegar a los tres primeros.

Nacianceno, que no sabía leer ni escribir, que apenas había aprendido a "dibujar" su firma y su marca, llevó al odio su primitiva antipatía a las letras.

-Son como las moscas expresaba no valen nada, no pueden nada, pero si encuentran un güey con un rajuño en el cuero, l'encajan una gusanera y lo matan.

Nacianceno Veracruz era un mozo tranquilo, moderado, muy serio. Hablaba muy poco, no contradecía nunca a nadie, no se encolerizaba jamás. Su fisonomía, con la frente recta y baja, coronada por un bosque de pelos recios y de un negro de hollín, con su nariz, completamente roma, con sus labios gruesos, con sus mofletes carnosos, tenía siempre una expresión de pasividad.

Era en todo prolijo y calmoso. De los caballos de su andar, ninguno galopaba, porque como él nunca tenía prisa, rara vez salía del tranco. Y así sus caballos, todo el año gordos y panzones, se extrañaban cuando los obligaba a trotar.

Sin embargo, cada vez que Nacianceno necesitaba ir a la pulpería, al enfrentar a la escuela, que estaba situada sobre el camino, chicoteaba y cerraba piernas al caballo, cruzando a la carrera, para salvar la tentación de echar mano a la pistola y hacer fuego sobre el edificio odiado.

-¡La cueva e' las víboras!...

Andando el tiempo se casó y tuvo un hijo, que creció a su lado, en la santa ignorancia de cuanto hablan los libros, cuyos secretos ponzoñosos no debería descubrir jamás.

-¿Por qué no manda el chico a la escuela? solía preguntarle algún necio.

¿Pa qué?... Yo quiero que sea honrao. Pa criar vacas y cuidar ovejas no carece ir a la escuela.

Pero la ley, hecha indudablemente sin y contra su voluntad, fué a rebenquearle en su propia casa: bajo pena de multa debía enviar su hijo a la escuela.

Resistió. Lo multaron una vez. Siguió resistiendo. Duplicaron la multa. Y continuó de ese modo hasta no quedarle otro remedio que ceder: su hijo fué a la escuela... -¿Conque aflojó, a la fin, amigo Veracruz? —— díjole con sorna un vecino conocedor de su rebeldía.

¡Dejuro! respondió él con rara violencia.—¡ Dejuro!... L'autorida es un novillo que naides sujeta por mucha juerzas que tenga en los garrones y en los pu ños!... Azonzáo a revolcones, el que resiste concluye por tener que largar el lazo.

-Es l'autoridá.

-Sí, l'autoridá, que no tiene campo ni hacienda, pero tiene marca y aparta y marca el ganao que le gusta, sin desprender el cinto...

Los negocios ganaderos empezaron a ir mal; y aunque iban mal para todos como que la causa era la persistente sequía que asolaba la comarca. nadie le sacaba de la cabeza a Nacianceno que sus pérdidas era efecto del maleficio llevado por su hijo desde el salón de la escuela.

La mortandad en su ganado fué enorme. Dos potreros le quedan desiertos. Cuando él los recorría, sin objeto, por simple imposición rutinaria, sufría al verlos tapados por un pasto espeso y tan alto que su caballo se iba enredando en ellos las patas al cruzarlos.

Cuando más abatido estaba se le presentó un negocio espléndido: un vecino necesitado le ofertó en venta quinientos novillos de invernada al precio ínfimo de treinta pesos cada uno.

Negocio soberbio y sin quiebra, pero había que pagar al contado y, ¿dónde conseguir los quince mil pesos necesarios?... El pulpero no disponía de semejante suma; y el pulpero era el único banco con

quien él operaba.

Recurrió a la hipoteca; pero contra la ciencia, basada en quien tiene campo tiene plata, luchó con grandes dificultades para conseguirla, viéndose obligado a recurrir al procurador Serafín Laguna para que le gestionara la operación.

-No es fácil le había dicho éste porque en el día de hoy la plata anda a caballo... Pero buscaremos. Y cuando ya Veracruz desesperaba, recibió un chasque del procurador anunciándole que al siguiente medio día iban a su casa con el prestamista y el escribano y los testigos para firmar la escritura.

-Bien dicen que la providencia aprieta pero no ahorca exclamó gozoso el ganadero. Y para festejar el acontecimiento, al otro día fué al campo, enlazó dos corderos de "cola chata" y él mismo se encargó de asarlos con todas las reglas del arte.

Poco después de las doce, cuando ya Nacianceno empezaba a sentirse impaciente, cayó la comitiva. Con gran afectuosidad los hizo pasar a su sala-comedor, y los invitó con caña, el aperitivo campero.

-Bueno, vamos arreglar el negocio propuso el procurador; y cuando el escribano había desenfundado la escritura y el prestamista se aprestaba a desabrocharse el cinto, Veracruz los detuvo con un gesto y dijo alc· gremente:

-Primero vamos a almorzar, porque los asaos s'están pasando!...

Y luego:

-Si les parece vamos a comer en el galpón, porque ustedes saben que un cordero pa que salga lindo hay que cortar del asador.

-Y así es; al menos para nosotros los criollos respondió con jactancia Serafín Laguna.

El escribano dejó el documento sobre la mesa y todos pasaron al galpón.

Hiciéronle cumplido honor a los corderos y al vino carlón; y terminado el almuerzo, retornaron a la sala.

Allí con toda la solemnidad de estilo, el escribano dió lectura al documento según el cual Nacianceno Veracruz recibía de Manuel Pérez la suma de quince mil pesos en préstamo hipotecario con el

modesto interés del 9 por ciento mensual, más el pago de las escrituras y la comisión al procurador.

-¿Está conforme? - preguntó el escribano al terminar la lectura del documento.

-Conforme-respondió el gaucho.

El notario sacó entonces de su bolsillo un frasquito de tinta y una lapicera. Destapó aquél, mojó la pluma y le pasó la lapicera a Veracruz, quien la tomó y se dispuso a estampar su firma su marca al pie del documento, mientras el prestamista vaciaba el cinto, echando sobre la mesa las libras esterlinas.

Pero en el preciso momento en que iba a garabatear su nombre, su hijo se adelantó, y, tomándole la mano, le dijo con energía:

-¡No firme eso, tata!

La extrañeza fué general.

-¿Por qué? respondió con voz firme el chico mientras ustedes comían en el galpón yo leí los papeles; y lo que a usted le han leído, es mentira : por ese documento usted vende todo su campo!... ¡Lo quieren robar!...

Cuando las aves negras hubieron desaparecido, huyendo ante el revólver del gaucho, este se acercó a su hijo, lo abrazó tiernamente y dijo con profunda emoción:

¡Es cierto; de algo sirve la escuela!... ¡Sirve p'hacer pillos pero tamién sirve på defenderse contra los pillos!... Es lo mesmo que las armas, que no son güenas ni malas de por sí!...

SOLUCION IMPREVISTA

Terminado el almuerzo, las mujeres se retiraron, dejando solos a Macario Sosa y su huésped, don Filiberto.

Nunca Macario se había sentido tan orgulloso y satisfecho como entonces de su cualidad de caudillejo electoral. Como la oposición había trabajado empeñosamente, el oficialismo veríase en la necesidad de echar mano a los grandes recursos para asegurarse la victória. Y, es claro, a mayor esfuerzo exigido correspondería más liberalidad en la recompensa.

Su compadre don Filiberto, hombre tímido, irresoluto, pesimista como todos aquellos que carecen de energias, objetó:

—¿Y si la pierden?... Asigún dicen, la oposición está juerte esta vez...

-i Diande la vamo a perder! exclamó el caudillo. ¿Cuándo vido usté que la ganasen una elesión al gobierno?...

Yo nunca vide; pero la política es un palo muy vidrioso, es falsa como mujer y traicionera como gato. Sonrió Macario y respondió compasivamente:

-Pura inorancia... Los gatos y las mujeres son los animales más fáciles de amansar para el que tiene arterias. Al gato, dándole un pedazo de hígado, rascándole la oreja y acariciándole el lomo, se lo tiene mansito como un borrego; y a la mujer, meniándole leña, se soba y queda blandita como badana que...

En ese momento penetró en el comedor Dominga, impidiendo con su presencia que el caudillo rematase con una grosera obscenidad la brutal frase iniciada.

-¿Qué busca acá? interrogó Macario con violencia.

-Quiero leña respondió ella con humildad. -Ya sé que t'está haciendo falta leña; pero no te apurés, que habrá tiempo pa cargarte el carro testó el caudillo con la más insultante expresión y como para demostrar a su compadre la verdad de su juicio sobre las mujeres.

Pero Dominga uno de esos seres infelices que a fuerza de sufrir humillaciones llegan a habituarse a ellas. y a soportarlas con

profunda indiferencia continuó en el mismo tono suplicante.

-No tengo ni un palo con que hacer juego pa darles mate a las visitas...

Al verse desobedecido el caudillo se levantó iracundo y alzando el puño amenazador, gritó:

-¡ Mandate mudar de aquí!...

Ella tuvo miedo y escapó a prisa, mientras don Filiberto, más atemorizado aún ante la ira de su terrible compadre, se achicaba todo lo posible dentro del rústico sillón, demasiado amplio para la exigüedad de su persona.

Macario, en actitud colérica - más fingida que real, -comenzó a pasearse, dando recias taconadas sobre las baldosas del pavimento de la estancia.

Era Macario el tipo perfecto del caudillo moderno que hace de la política un "modus vivendi" fácil y productivo.

De mediana estatura, ancho de espaldas, vestía de negro, llevando botas de caña blanda bajo el pantalón ajustado. Del frontal estrecho nacía abundosa melena que iba a concluir, cortada en perfecta línea horizontal, sobre el cogote afeitado.

Tenía granujiento y enrojecido el rostro, perfectamente rasurado, salvo los espesos bigotes, cuyo negro de hollín denunciaba la tintura ordinaria, que, más que tintura, parecía lustre.

Haragán, jugador empedernido y presuntuoso Don malgrado sus cincuenta cumplidos,

Juan y, sobre todo, el más perfecto egoista, no tenía otra preocupación que satisfacer su vanidad y sus sensualismos.

Cesando repentinamente en sus paseos violentos, volvió a sentarse, y, risueño, jovial, dijo:

-¿Con que usté crée, compadre, que me pueden basuriar en esta jinetiada?...

-Yo no sé..... yo digo... la política tiene güeltas... -Riasé d'eso, compadre. Todas las tabas son iguales y todos los naipes tiene cuarenta hojas; pero las que no son iguales son las muñecas ni los dedos!... Pa jugar y, pa peliar, lo que carece es coraje, vista y agilidá...

-Será. Pueda que usté no crea, pero a mí nunca me dió por

peliar.

-Lo creo sin que lo jure.

-Y pa los juegos soy muy zonzo.

-Me costa. Pero todos no somos de la misma marca. Hay que agacharse pa ver lejos en noche de cerrasón, y saber cuerpiar en la ocasión y decirle chau! al que envida cuando no se tiene más que figuras pa cantar, porque una disparada a tiempo vale más que un arrempujón a lo ciego!...

Y después, rebosando orgullo, exclamó :

-Antes de decidirse a peliar, hay qu'estar seguro de que l'arma está cargada... ¡Yo tengo doscientas, libretas en mi poder, una linda metralladora p'hacerles juego a los opositores!... ¿Quiere verlas ?... Espere un momento.

Y salió apresuradamente, regresando a poco con un pequeño baúl que puso sobre la mesa.

-Aquí está la mina, la tapa del cofre. -dijo golpeando con el puño

-¡ Vea!, fador. agregó abriéndola con un gesto de triunfo

Pero al punto tornóse lívido: en el fondo del baúl holgaban sólo cuatro o cinco libretas. En el colmo de la rabia gritó:

—¡ Dominga!... ¡Dominga!

Su mujer acudió temblando de miedo.

-¿Dónde están las libretas?

-¿Las libretas, qué?

¡Las libretas qu'estaban en este baúl!

-Yo creiba que no servían pa nada... y como no tenía leña... hice juego con esos papeles...

El caudillo, convertido en fiera, la emprendió a puñadas y puntapiés con la pobre mujer; y fué tanta su brutalidad, que don Filiberto, venciendo su timidez, se atrevió a intervenir, implorando:

-¡Déjela compadre!... La pobre lo ha hecho sin malicia...

Qué m'importa que lo haiga hecho sin malicia! El caso es que aura yo, sin las libretas, soy un cero a la izquierda y quedo deshonrao y fundido...

-Vea, compadre, trató de conciliar don Filiberto; yo no entiendo nada e'política, pero dígame: ¿sin las libretas los ciudadanos no pueden votar?

-¡Claro que no! Y como las elesiones son mañana nu'hay tiempo pa renovarlas!...

-Güeno, compadre, yo no compriendo la política, pero me palpita qu'esta vez los opositores se la dan al gobierno... Los de la oposición saben que usté dispone de doscientas libretas?

-¡Dejuro que lo saben!

Pues vaya a decirles que usted está con ellos y que sus muchachos y usté mesmo no se pueden volcar, asina, de golpe, pero asigura que no votarán, y de esa laya, doscientos votos menos pal gobierno, son doscientos más pa ellos.

El caudillo meditó un momento, y luego, tendiéndole la mano al amigo, dijo:

-¡ Pucha!... ¿Con que usté no entiende nada de política? ¡y había sido máistro!... Yo carculé lo mesmo que usté y estuve con ganas de volcarme; pero por consensia... ¿compriende?... ¡Aura no hay más remedio!...

Y de esa manera, merced a la ignorancia de una esclava y a la ingeniosidad de un tonto, triunfó la causa popular y Macario acrecentó su prestigio.

LAS FIERAS

Como ya el patio tenía medio palmo de agua, porque en el incesante llover la tierra no podía beber toda la caída, las gruesas gotas del nuevo chaparrón repiqueteaban sobre la improvisada laguna.

Arriba, en el altillo de la estancia, en una gran habitación toda blanca, débilmente iluminada por una vela de sebo, Pascuala gemía, en inminente trance de alumbramiento.

Junto al lecho velaban ansiosos sus padres, dos viejecillos de cabellos albos y de torsos curvados por casi media centuria de rudo trabajo sin tregua.

Unas buenas vecinas les tenían compañía, ayudándoles caritativamente en todo.

Al otro extremo del aposento, en casi completa obscuridad, había otro lecho, donde dormía, en sueño profundo, el pequeño Pablo.

De cuando en cuando, un trueno roncador, sobresaltaba a la parturienta, haciéndola salir del letargo en que caía cada vez que amenguaban los dolores.

Abriendo los ojos con espanto, crispando los dedos exangües, interrogaba angustiada :

-¿Son los cañones?...

-No, es el trueno...

¡Ah!...

Y tornaba a cerrar los ojos para engolfarse en las visiones trágicas que acrecentaban los sufrimientos de la próxima maternidad.

De pronto, un recrudecimiento de la lluvia, golpeando con furia el techo de cinc de la estancia, volvía a despertarla espantada:

¡Son los fusiles!... ¡Están peleando aquí cerca!... -¡No, hijita, no! consolábala el viejo; Es la lluvia que castiga el techo!... ¡Duerme tranquila!... Y Pascuala se adormitaba de nuevo, pero para estremecerse poco después, despertada por los alaridos que lanzaba el viento mordiendo los copudos eucaliptos que hacían guardia a las casas.

-¡ Pelean!... ¡ Pelean todavía!... ¿No oyen los lai mentos de los

que caen heridos?...

-¡ No, querida, no!... ¡Es el viento que silba!... Reposa en calma...

¡Ah!... ¿Y Pablito?...

-Duerme.

-¿De verdad?... ¿No lo han llevado todavía?... -¡Qué lo han de llevar!... Está dormido el angelito. Y ella, haciendo esfuerzos por incorporarse en el lecho,, imploró:

-¡Muéstremenlo! ¡ Muéstremenlo!

Hubo que complacerla y una vecina levantó en brazos al chico, que gruñó y arañó al sentirse tan insólitamente despertado.

Pascuala volvió a su somnolencia, para contemplar otra vez el horrible desfile de visiones trágicas, e implorar a Dios para que el próximo fruto de su vientre. no fuere varón.

Al rayar el día se produjo el alumbramiento y cuando la madre salió de la postración causada por el tremendo esfuerzo, el viejo le dijo alborozado:

-¡ Otro machito!

Ella rompió a llorar.

-¡Otro varón!... ¡Otra presa para el monstruo de la guerra!... Mi marido, mis tres hermanos, mis cuatro hijos, todos han caído devorados por la fiera!... Y todavía queda Pablito!... ¡Y todavía engendro otra criatura para alimento del monstruo!...

-La guerra terminará mucho antes de que tus hijitos puedan ser tomados para las armas!

¡Terminará esta guerra! Y luego vendrá otra, porque los hombres se han enloquecido, porque después de haber domeñado y domesticado a las fieras, ellos se han convertido en fieras!... ¡Maldito, maldito sea mi vientre engendrador de fieras!

UN DESERTOR

Mermados en gran parte sus prestigios, abandonado por unos, traicionado por otros, Artigas afrontó valerosamente la situación y se dispuso a contrarrestar con sus escasas fuerzas la poderosa invasión portuguesa, defendiendo palmo a palmo el suelo patrio que la anarquía entregaba como fácil presa a la codicia lusitana.

Amenazada la frontera por tres puntos distintos, el viejo caudillo trató de improvisar otros tantos ejércitos para oponerlos a las recias columnas invasoras.

Mientras Verdún y Andresito recibían órdenes de formar divisiones y operar en el norte, Otorgués debía marchar a Cerro Largo, y a Frutos Rivera, el más prestigioso de sus lugartenientes, le tocó el honor de ir a chocar contra la principal falange portuguesa, a cuyo frente iba el general en jefe, don Carlos Federico Lecor.

Rivera hizo partir inmediatamente a campaña a sus principales subalternos, encargándolos de "arriar" cuanto encontraran de apto para la guerra.

Quedaba poco. Cinco años de ininterrumpido batallar habían talado al país; y un número considerable de su escasa población había sucumbido en los combates librados casi a diario en aquel férreo anhelo de independencia.

En la mayor parte de los ranchos sólo quedaban mujeres, viejos y niños.

El capitán Floro Medina, encargado de reforzar su pequeño escuadrón de lanceros, reclutando gente en Maldonado, de donde era oriundo y cuyos pagos conocia palmo a palmo, se dió inmediata cuenta del precario resultado que esperaba a su empresa.

A los muchos que habían caído, se agregaban los muchos que, hartos de fatigas, ganaban los montes, juzgando menos peligrosa la convivencia con las fieras que con sus semejantes.

En las estancias y en los puestos, tan desolados los unos como los otros, el capitán Medina iba encontrando muy mediocre contingente de hombres y de caballos. Y eso que el indio viejo, adobado en la pelea incesante después de haberse curtido en la lucha contra la naturaleza semisalvaje desde la edad en que tuvo fuerzas para montar a caballo, no pecaba de blando ni de sensitivo,

por más que fuese en el fondo un tosco corazón lleno de valentías, de nobleza y de bondad.

El también estaba desilusionado; él también consideraba temeridad inútil aquella nueva campaña, cuyos resultados no eran difíciles de prever.

¡Lindo papel vamo'hacer frente a los veteranos portugueses, con escuadrones de terneraje mamón que no tiene juerza ni pa sostener la lanza!... ¡En fin, cuando s'está en el baile no hay más remedio que bailar aunque nos toque la más fiera por compañera!...

Con creciente mal humor llegó a una estanzuela en la falda de Carapé. Lo recibió un muchacho como de dieciseis años, alto, flaco, lampiño, de ojos tristes y de rostro pálido, que parecía más pálido con los ropas de riguroso luto.

En silencio, lo hizo pasar a la sala, donde lo dejó sólo un momento para ir a preparar el amargo.

Segundos después, aparecieron una anciana de rostro afligido y una jovencita. Ambas vestían de luto.

El fiero capián sintióse opresionado. "¡ Malditas guerras! - pensó no se puede entrar a una casa sin encontrar cuerpos vestidos de negro y almas que lloran dijuntos frescos!..."

El mozo volvió conduciendo el mate y la pava. Ofreció el primero al capitán y se sentó. Hubo un silencio penoso, que el oficial rompió al fin, preguntando: -¿Cuántos hombres hay en la estancia? -Yo- solo respondió el adolescente.

Naide más?

--

-Naide más.

¿Y los otros?...

-Unos han muerto en la guerra, otros andan en los ejércitos.

Floro Medina titubeó un momento, con el alma embargada de piedad; pero el sentimiento del deber se impuso y exclamó con voz imperiosa:

-Bueno, señora, vengo a llevarle su hijo.

Al oir esto, que ya lo presentía, sin embargo, la mísera mujer lanzó un grito desgarrador:

¡M'hijo!... ¡Llevarme m'hijo!...

Y luego, cayendo de rodillas, imploró:

-¡Pero señor!... ¡Vea qu'es lo único que me queda!... Mi padre murió peliando con Artigas en Las Piedras, mi marido en la'el Cerrito, tres hermanos y mis dos hijos mayores, ni sé mesmo en dónde!... ¡No me queda más qu'este muchacho, señor!... ¡No me lo lleve, señor!... ¡Tenga compasión de una pobre mujer a quien Dios y'castigado bastante!... ¡Vea qu'es una criatura, y qu'es débil, que no podrá aguantar las fatigas, no va a servir pa nada!...

El capitán, indignado por el sentimentalismo de que se sentía invadido, respondió con voz áspera:

-Cuando se acaban los potros, hay qu'ensillar los potrillos!... Los de cormillo amarillo nos vamo concluyendo... Yo mesmo no sé como resuello entuavía, y eso que va en cinco años de fagina y nunca l'he mezquinao el cuero al plomo ni a los sables de los godos... Pero dejuro no he'quedar pa semilla ni he'dejar la osamenta en mi rancho... Una, porque tenemo baile pa tiempo, y otra, porque de mi rancho no han de quedar ya ni los horcones...

La voz del caudillejo se había hecho cada vez más áspera, más amarga, más violenta. La pobre madre había vuelto a sentarse cubriéndose el rostro con las manos, ahogándose en llanto. Frente a ella, la chica, delgada y pálida, encorvado el busto, las manos cruzadas sobre las rodillas, bien abiertos los grandes ojos tristes, permanecía en angustiada inmovilidad.

Floro Medina fijó sus ojos en ella y preguntó a la dueña de casa :

-¿Es tamién hija suya?...

-No señor, es una sobrina, güerfana de uno de mis hermanos muertos en la guerra.

En ese momento volvió el mozo, calzadas las botas, al hombro el poncho negro, en la mano el chambergo y la pistola al cinto.

-Estoy pronto, mi capitán, dijo con voz firme. La chica lo miró, dió un grito y cayó sin sentido sobre el pavimento de baldosas...

¡Ah!-- musitó el viejo gaucho...

El escuadrón, tras recia jornada, fué a campar, a entradas de la noche, como a seis leguas de los ranchos de Carapé. Bien que corriera el mes de noviembre, el cielo estaba negro, el aire frío, el viento impetuoso.

Durante toda la marcha, Floro Medina no había cambiado una palabra con el joven recluta, a quien había hecho seguir a su lado.

La tropa transida, no demoró en desensillar, tender las camas y entregarse al sueño. El mozo iba a hacer lo mismo cuando el caudillo lo detuvo con un gesto. dijo, montando él también. Al tranco, en silencio, atravesaron el campamento, y cuando estuvieron a unas cuadras de las líneas, el capitán dijo con voz emocionada :

-Monte a caballo,

-Usté ha’e ser baquiano en el pago... Váyase, desértese, vaya a cuidar de su madre y de su novia... -¡Pero capitán!...

Y el gaucho, con acento imperioso, ordenó: ¡Váyase, canejo! ¡Es preciso que queden algu nos orientales pa semilla!...

-¡Pero capitán!... ¡dirme sin haber peliao!...

Andá! ¡andá!... ¡ya te ha e'tocar peliar y a tus hijos tamién, y tus nietos lo mesmo!... En antes de que hagamos la patria, ha de desparramarse sobre las cuchillas más sangre de criollos que agua va'echar sobre nuestros lomos esta tormenta qu'está por reventar...

EL ALMA DE SANTOS VEGA

La noche iba cayendo lenta y silenciosamente sobre la pampa mustia, embriagada de luz. Por las estrías cobálticas de un cielo plomizo, en gestación de borrascas, el sol muriente se insinuaba, yendo a trazar largas y finas franjas, semejantes a sangrientos rejones de lanzas, sobre el oro bendito de los trigales.

En aquel crepúsculo opresivo, el viejo Tito sentía más punzantes los lancetazos de su incurable llaga moral.

Recostado a un poste del guardapatio, enrojecido por las flores de los rosales salvajes, contemplaba la tierra extensa, la tierra buena y fecunda, que había hecho suya, que había conquistado tras largos años de encarnizada labor.

¿Para qué?

Su vida fué siempre triste, y en aquel atardecer angustioso, reveía el pasado, la vida de miseria en la montaña ingrata de su tierra nativa. Una infancia sin alegrías, una juventud adusta, arrugada, estrujada por el exceso de trabajo sin recompensa, que cansa al mismo tiempo los músculos y el espíritu. La llamarada floral del amor se extinguió dentro de sí mismo, porque era demasiado pobre para adquirir y demasiado débil para robar.

Se casó viejo ya. Más envejecida el alma que el cuerpo. Tuvo una compañera de presidio, no una amante. El amor no hace nunca nido en las almas que sufren, y que, por sufrir, son ásperas y obscuras. No importa que hayan brasas cuando ya no hay llamas. Sabe amargo el fruto cuando no se ha gozado el perfume de la flor.

Soportando resignado su existencia vacía, puramente animal, en ciertos días y ciertas horas propicias a la expansión sentimental, el cielo es azul y el aire es tibio y la luz es discreta, Tito solía pensar :

-Debe haber otra cosa en la vida, que haga bella la vida... Ese algo que abre la risa en los labios... ¡Yo nunca he podido reir!...

Había cumplido los cuarenta cuando se decidió a emigrar. ¡ América!... ¡América la milagrosa, manzana de oro que da la fortuna!... ¿Y la fortuna no es la felicidad?...

-¿Vamos a América?

propuso a su buena mujer. Y Adda, humilde, sumisa, que al igual de su esposo no había sentido nunca las ardencias del amor y

suplía ese defecto con una devoción de esclava, respondió sin titubear:

-Vamos.

Trabajaron firme, largos años, penosos años. eran ricos, al fin, cuando sus cuerpos se encorvaban bajo el peso de los cabellos blancos.

-¡Se venimo viecos Adda!...

-Se venimo viecos, Tito.

-E sempre la tristura...

-Sempre...

Si al meno tuviésemo Vittorietta...

-¡Per favor!... ¡Non mi parlare di Vittorietta!... ¡La povera ragazza!...

-i Non mi parlare!...

¡Non to parlo piú!..

..

Y se anegó en llanto la pobre madre pensando en la hija expulsada de la casa donde era la única nota alegre, mientras él, presa de la desesperación de su vida ingrata, exclamaba, mesándose los cabellos:

-¡ Porca América!... ¡Anque piu disgraciatto que n'el mío paese!...

-La povera Vittorietta... insinuó Adda.

-Non mi parlar di Vittorietta!...

***

Vittorietta, la hija única de aquel casal de buhos sombríos, era una chica deliciosa de quien el aire y el sol de la pampa, hicieron un adorable bibelot de amor. Una flor entre yuyos, un bichito de luz en una caverna. Próspero, el peón predilecto de Tito, un mocetón criollo, lindo y fuerte y sano, y por lo mismo animoso y alegre, la amó. Una noche, después de la cena, en un atardecer caliginoso, estaban los dos sentados en el patio contemplando el cielo.

-Mira cómo aquella nube parda va buscando aquella nube gris indicó ella.

Y él inclinándose :

-Parece que la quiere besar.

Ella volvió la cabeza y mirándolo con sus ojos encantadores, preguntó:

-¿Es lindo besarse?

Y como al decir esto sus labios estaban casi. rozando los labios de Próspero, éste respondió con el hecho... Se besaron, se besaron, se besaron, y al besarse parecía que las amapolas de la montaña itálica y el clavel de las pampas argentinas hacían del beleño y del perfume una mixtura, tinta en rojo, embrión de amores, promisora de vidas...

***

El viejo Tito, que no había amado nunca, que no tenía noción del amor, repudió los amores de Vittorietta y expulsó a Próspero,

Y, como es lógico, cuando el amor manda, Próspero se llevó a Vittorietta.

***

Cinco años pasaron. En la chacra la vida continuaba en su misma rutinaria regularidad. Tito abismado en su tristeza incurable; Adda, silenciosa, incolora, insípida, espiando las actitudes del marido para adaptarse a ellas: una causa, un eco, una sombra.

Y en todas partes y en todos los días, aun en los más gloriosos de sol, la sombra; la sombra húmeda, el gris enervante de los mohos y de las cavernas.

***

Tito cayó enfermo. Estuvo muy malo, devorado por la fiebre. Más de veinte días pasó casi sin conocimiento. Cuando reaccionó y después de un largo sueño reparador, vió, rodeando su cama, a Adda, siempre taciturna, a Vittorietta rebosando alegría, a Próspero expresando sincero cariño y a Santos, el chico, el nieto ignorado, que, levantado en brazos por la madre, lo besaba y le tiraba las barbas diciendo:

¿Ya está güeno, tatita vieco?

Y como el viejo lo oprimiera entre sus brazos escuálidos y lo besara con sus labios resecados por la fiebre, el nene dijo levantando el índice, en actitud cómicamente amenazante:

-No vas a decir más: "; Porca América!"...

El viejo se ahogó en llanto. Oprimió al pequeño entre sus brazos,

que luego tendió a Próspero, sobre cuyo pecho robusto dejó caer su cabeza encanecida y sus lágrimas de resucitado moral.

-Me parece sentir una música, una música tan linda, tan suave, tan tierna... balbuce el viejo. quién :

Vega, que va sembrando amores...

Y alguien, nunca se supo
-Es el alma de Santos

BOCOY DE CAÑA

Santos La Luz fué una equivación de la naturaleza. Poseía cualidades sobre salientes, pero sin aplicación posible en el medio hostil donde nació y del cual no podía eyadirse.

Carecía de músculos para poder traducir en hechos lo que su inteligencia concebía. No erraba nunca un tiro de lazo, pero, sin fuerzas para sujetar al bruto, la res se iba siempre, con lazo y todo.

Le sobraba coraje; pero su valor sólo le servía para hacerse golpear, lastimar a veces, por los otros, que eran fuertes.

Tenía un cuerpo pequeño, de gracilidad femenina. Su rostro era bello, delicado, denunciando inteligencia en la frente amplia, en los ojos llameantes y en los labios de expresiva movilidad.

Una flor, un pájaro.

Como leía cuanto papel impreso caía en sus manos, sabía mucho; y como sus ocupaciones eran pocas, dedicaba largas horas al cultivo de sus facultades intelectuales, perfectamente inútiles en el agreste escenario donde le tocó actuar.

Poeta y músico y cantor, componía tiernas endechas, las musicaba y las cantaba en la guitarra con arte y con pasión.

Los gauchos, cuando no tenían nada que hacer, cuando los temporales les obligaban a permanecer ociosos "verdeando" en el galpón, lo obligaban a cantar. No le

obligaban: él accedía gustoso de demostrar su superioridad en algo.

Cantaba con el alma, diciendo cosas muy lindas en frases muy torpes; y cuando esperaba tener subyugado por la emoción al auditorio, alguno exclamaba en voz alta:

-¡Le digo qu'el malacara 'e Robustiano no le hace ni la cola al overo de Umpierrez ! -¿En trescientas varas?

-Ni en veinte.

Y otro del grupo:

-Che, Feliciano, a ver si me devolvés el sobeo que te presté l'otro día!...

Nadie le hacía más caso que el caso que allí se hacía a los pájaros y a las flores. Ÿ él sufría.

Nadie lo tomaba en serio y consideraban pagarle en exceso, ofreciéndole caña a discreción, y Santos La Luz bebía, bebía para conseguir la inconsciencia, por obtener el largo sueño en el cual su imaginación fabricaba castillos.

Bebía sin medida.

"Bocoy de caña", lo apellidó un guaso, y ese nombre le quedó.

El alcohol hacía nacer diariamente en su alma, espléndidas florescencias, que se marchitaban y morían de inmediato.

Y él mismo se consumía rápidamente, enflaqueciendo, empalideciendo, achicharrándose con los efectos del tóxigo fatal.

Cuanto más bebía, más ansias sentía de beber, sin saciarse nunca. ¿Y qué iba a hacer?...

Llegó al extremo del descenso físico y moral. Andaba sucio, haraposo, mendigaba miserablemente, soportaba impasible las sátiras y los insultos groseros.

Estaba ya muy cerca del final inevitable, cuando el nuevo comisario del pago, enamorado de su excelente caligrafía, le dió el puesto de escribiente, previa advertencia de que:

-La primera vez que te mamés, te caliento el lomo a rebencazos, te meto en el cepo de cabeza por tres días y te largo de aquí a patadas!...

Santos no volvió a "mamarse", no volvió a beber, siquiera. Una rápida transformación se operó en él. Con la platita de su sueldo se vistió bien, se cuidó, compró apero elegante y, sintiendo vibrar una olvidada cuerda de su alma, comenzó a galantear a las mozas del pago, concluyendo por enamorarse de Josefina, la más linda y la más coqueta de las criollas comarcanas.

Ella correspondió a sus requiebros, porque en ese porque momento su alma de gata pérfida no tenía un ratón con qué jugar.

-Todas las flores que dé el ceibo de mi cariño serán pa vos! expresaba Santos.

Y todos los besos de mis labios serán tuyos, pondía la coqueta.

-Yo m'esconderé en el nido de las calandrias p'aprender los cantos más lindos y cantártelos a vos...

-Y yo esconderé mi amor en la caja de tu guitarra para que tenga

sonidos más dulces...

Idilio de un mes.

Una tarde en que Santos llegó a los ranchos de la morocha para cantarle unas décimas rebosantes de pasión, los padres de aquella le comunicaron entre sollozos que en la noche anterior, ésta había volado en compañía de un bandolere del pago, mulato, picado de viruelas, tuerto, mellado y rengo...

En vez de regresar a la oficina, Santos La Luz enderezó a la pulpería y al siguiente amanecer, no fué Santos

La Luz, sino "Bocoy de caña" quien se presentó al comisario.

Este cumplió su promesa. Lo azotó brutalmente, lo puso en el cepo y lo arrojó después a patadas...

"Bocoy de caña", detenido un momento en el descenso de su vida, rodó de nuevo, cuesta abajo, vertiginosamente.

Dos meses más tarde en una noche de bochornosa borrachera, erró el paso del río y se tiró en una laguna, donde pereció ahogado.

Su cadáver, sujeto por las sarandies del fondo no salió nunca a flote. Las tarariras y las mojarras comieron su cuerpo, como los hombres y las mujeres, tarariras y mojarras humanas, habían comido su espíritu.

NO CANDELARIO

Al pisar el umbral de la puerta y cuando echaba mano al chambergo para saludar, ño Candelario dió un tropezón y se fuí trastabillando hasta el mostrador de la pulpería.

-¡ Maletas ! exclamó. Hace un rato m'encontré un aujero en el camino que cuasi me puso el mancarrón de poncho, y aura por poquito más me ruempo las guampas contra el mostrador!... Güenos días, don Casiveo...

-¡ Casimiro! - rectificó amoscado el pulpero. -Es lo mesmo: el que cuasi mira, cuasi no ve. -¿Usted cree que yo no veo? preguntó maliciosamente el almacenero.

-Asigún; los fiaos los ve dobles como cuando uno anda con un peludo a los tientos.

Me alegro que haya venido, pues necesitaba hablarle respondió don Casimiro, desentendiéndose de la alusión.

-Bueno, bueno... ¡ Pucha, tabaco ruin!... Hay que gastar una caja 'e fósforos pa pitarlo...

-Pues...

-Nunca vide tabaco tan mañero.

-Pues... deseaba hablarle...

-Mire, don Casimiro... si es pa cobrarme.

-Es...

-Tenga un poco 'e pasencia, don pulpero... ando más cortao que un quinchador...

-No...

—¿Que no?..... ¡Ni viento tengo en los bolsicos!... ¡Que lo parta un rayo si no es verdá!... ¡Pero qué porquería 'e tabaco!

-Le digo que no es para cobrarle replicó impaciente el pulpero.

-¡Ah!... Yo creiba... Como los tiempos están tan malos... El trabajo está escondido y ni con perros s'encuentra !

-Yo creo que es usted que se esconde del trabajo... Pero vamos a

nuestros cominos.

-¿Tenemos cominos en sociedá?

-Déjese de broma... Usted sabe que yo nunca lo apuro... ¿Tomamos un vaso de vino?

-¿Eh?... ¡Cómo no! ¿Cómo no?

Fué el pulpero en busca de la bebida y ño Candelario sentóse musitando:

Hum!... Este farruco hereje que siempre me tiene al trote por los atrasos y que aura sale con que no me apure, dejuro qu'es porque piensa hacerme galopiar.... Ojo, Candelario, mucho ojo y aprontá las tabas pa la cuerpiada...

Volvió don Casimiro llevando una botella de vino y dos vasos; sirvió y dijo:

-Pues...

-¡ Lindo vino! exclamó el viejo vaciando su vaso.

-Sí, no es malo.

¡Qué va ser!... Y dispués, de arriba no lleva golpe... ¡Sirva otra, compadre!

-No se apure tanto que se va a cansar.

-¿Cansarme yo?... Soy como un mancarrón de carro: tiro mucho más al pescuezo que a la cincha!... Si me quiere probar... A chupar se la corro al mesmo Dios.

- Dios no chupa!

-¿No chupa Dios?... Pues vea, don Casiveo... siendo asina, si por un por si acaso me ofrecen el empleo 'e Dios... lo renunceo!...

-Bueno, bueno... hablemos de nuestras cosas.

-Si no hay otro remedio, hablemos.

-Usted sabe que su cuenta está larga...

-¡Zas! ¡Se pareció la viuda!...

y que habría que cortar...

-¡ Corte, amigo!... corte pu'ande quiera: haga e' cuenta qu'el cuero es suyo!.. Tajo más, tajo menos... Es fiero andar en caballo rabón, pero más fiero es andar a pie... ¿Tomo otra... ¡Sí, sírvase no más compadre!... Yo convido!... Usted no sabe cómo lo apreseo, don Casimiro.

-Vamos al negocio.

-¿Negocio?... Yo de negocios entiendo tanto como... 'e tuzar

monos.

-Escuche, ño Candelario. Yo le aflojaré todavía la cuenta.. y alguna otra cosita que precise...

-¡Vea, amigo, como s'equivocan los hombres!... Yo creiba que usté era uno.. y aura caigo en qu'es un hombre güeno, honrao, generoso, compasivo con el pobre... Vea lo que son las cosas!...

-Así es... Me parece que tiene la tabaquera vacía... traiga que se la llene.

-Llene, y apriete bien pa que dentre mucho.

-Acá está.

-Gracias. Esto vale trago. ¿ Tomamos?

-Tomemos. Pues... voy a decir...

—¡Y diga no más, don pulpero!... Pucha, aura que sé por esperiencia que usté es un hombre güeno y servicial, le juro por la finaita mi madre, qu'estoy pronto a hacerme piacitos por darle gusto.

-Bueno. Usté es muy amigo de Juan Fernández...

-Bastante.

-¿A usted no le vendrían mal cincuenta pesos?... -¿Cincuenta del país?... ¡ Hace años que no les veo juntos!... Vaya diciendo lo que hay que hacer pa rejuntar esa platita.

-Pues, yo necesito que esta tarde, con cualquier pretexto, usted lo saque a Fernández de su casa y no lo deje volver hasta mañana a la noche.

-¿Eso es tuito lo que hay que hacer pa ganar los cincuenta pesos y pa que m'espere por la cuenta ?

-Eso es todo. Supongo que le conviene.

-¿Y sabe lo que yo estoy suponiendo?... Que usté es el trompeta más trompeta de tuito el pago.. ¡Quédese con su plata, apriéteme cuando quiera... y ahí tiene su tabaco... y no le devuelvo el vino porque sería una cochinada.

Y encasquetándose el sombrero salió sin saludar.

MI COMPADRE ELIAS

Las "carreras grandes" en Puntas del Mamboretá marcaron raya en las fiestas del pago. Comenzaba el domingo, se mantuvieron con animación durante toda la semana.

Alrededor de la pulpería habíase improvisado un pueblo de carpas, donde las vivanderas hacían su agosto, vendiendo chicharrones, chorizos hechos con pulpa de cogote y fritos en grasa rancia, "chipás" indigestos, cafés de porotos y manises, caña "terciada", y otros manjares y bebidas de calidad semejante y parecida confección.

A pesar de eso, ni los mejunjes ni los comistrajos hacían mella en los estómagos gauchos, desconocedores aún de los corrosivos exquisitos de la cocina civilizada y de los alcoholes de botica.

Al llegar el sábado, algo había raleado la concurrencia, con la partida de los "pelados" y la de los vecinos más inmediatos, menos sujetos a la tiranía del juego.

Empero, la "decisión" de la carrera principal, a efectuarse en el día siguiente entre los ganadores de terno había motivado un nuevo aflujo de forasteros.

Al atardecer, todas las carpas volvieron a llenarse de parroquianos, y las chinas sudaban a chorros sobre la pasta de los pasteles y tortas fritas sin conseguir dar abasto a los pedidos.

De todas las tiendas, la más grande y preferida fué siempre la de ña Cirila, reina indiscutida de las pasteleras lugareñas, eximia fabricante de longanizas hechas con carne de carpincho según el envidioso murmurar pero consideradas por todos como manjar

Y además ña Cirila tenía como ayudantas a sus tres hijas, tres chinitas frescas y carnosas cual hojas de camalote y siempre dispuestas a seguir hasta el "vale cuatro", cualquier "truco" de zafadurías.

Aún no había concluído de plantar ña Cirila las estacas de su carpa, ni de armar las largas mesas improvisadas sobre caballetes, cuando se instaló allí "Mi compadre Elías".

Y allí quedó. Ni una sola vez fué "al camino" ni a las canchas de "taba", ni a la glorieta de la pulpería. Almorzaba y cenaba en la

carpa; allí dormía, allí hacía sus partidas de truco, allí llenaba de caña durante todo el día la panza enorme, y allí, sobre todo, charlaba y mentía.

Era un hombre grande, gordo, mofletudo, que llevaba sus cincuenta y cinco años con singular alegría.

Todos le llamaban "Mi compadre Elías", porque, teniendo la manía del padrinazgo, quizá por carecer de prole, no paría una china en el contorno sin que él se ofreciera para sacar de pila al cachorro.

Al llegar a cualquier rancho, nunca faltaba uno o dos rapaces que se hincasen delante suyo y dijeran, juntando las manitas sucias:

-Bendición, padrino...

Y el respondía, con toda fruición, el consabido: -Dios te haga un santo, acompañado de algunas monedas.

Su mayor placer consistía en contar las innumerables vivezas, "arterías", que había hecho en su vida de desocupado, ante auditorios siempre numerosos, pues él pagaba siempre las chupandinas y las comidas.

Contó en la tarde de aquel sábado:

¡ Pucha!... Nunca me olvidaré de la que l'hice al pulpero Muiñoz. Pa castigarlo'e las rapiñas que me hacía en el peso 'e tuitos los artículos de consumo, un año l'hice una judiada macho... Le había vendido la lana, como siempre, y cuando jué a pesarla y vido que un bolsón de los más petizos le hizo dir hasta la punta del cogote 'e la romana, dijo en su habla:

¡Carachus! ¡Comu pesa este cundenau! -Dejuro, - respondi yo, como qu'es la lana 'e las borregas finas.

-Si es ansín está ben

dijo él; y pa negociar mejor el fardo lo marcó con una cruz de alquitrán. Yo me largué una risada p'adentro mío como diciéndome: "; Ya cáistes, matrero!"

-¿Y qué había hecho? preguntó uno de los oyen

-¿Qué había hecho?... Cuasi nada: le meti entre medio 'e la lana una piedra 'e cinco arrobas tes.

El estruendoso aplauso de una carcajada general festejando la “artería" colmó de satisfacción al narrador. -¿Y el pulpero qué dijo?

-Nada: ¿qu'iba decir?

-¡Esa sí que jué linda!

Un paisanito que desde una mesa inmediata había escuchado el relato, intervino irónicamente:

-A mí contaron que el gallego Muiñoz cuando se enteró de la boliada...

-¿Entonces jué cierto? — interrumpió uno de los que habían festejado la hazaña sin darle, como a la mayoría, mucho crédito, y hasta asombrándose de que fuese verdad.

-Ciertísimo confirmó el desconocido.

Envalentonado con aquel apoyo inesperado, don Elías exclamó con tono de indignación:

-¡ Dejuro qu'es cierto!... Cuando este mozo...

Y el mozo prosiguió:

-Ansina mesmo jué; pero don Elías se olvidó de contar que el gallego Muiñoz, al enterarse de la trampa, se calló la boca, haciéndose el bobo. Pasaron dos meses. Don Elías le encargó una barrica 'e yerba. La yerba salió linda, pero al llegar a la mitad de la barrica trompezó con la mesma piedra qu'él le había metido en la lana!... Don Elías le vendió la piedra al pulpero a cincuenta centavos el kilo, y el pulpero se la volvió a vender a un peso!...

Una carcajada mucho más sonora que la anterior resonó en el interior de la carpa.

"Mi compadre Elías", amoratado, sofocado, bulbuceó: Men... men... tira!

Levantóse el forastero y acercándose en actitud amenazante, dijo:

-¿Es mentira?...

Don Elías, que a pesar de su corpachón y sus fanfar.onadas era más cobarde que un guazunambi, retrocedió, empalideció, carraspeó, y luego dijo, con aire triunfal:

-Mentira... que juese la mesma piedra... Era otra mucho más chica... A gatas pesaría media arroba...

Luego, notando que había recobrado su prestigio ante el auditorio, concluyó con aplomo:

-¡Una manífica piedra de afilar!... ¡Ni por diez patacones la doy!...

COMO EL OMBU

Cleto había vivido siempre solo; parecía hijo de un ombú, o de tala, nacido en la loma al capricho fisiológico de un pajarito.

Nació como los tordos, en nido ajeno, incubado por madrastra que nunca pudo tenerle afecto. Y apenas emplumado, con una alas que el más débil viento doblaba, obligándole a tocar la tierra, fué creciendo, ganándose penosamente las semillas del sustento.

Siempre solo. En medio de las muchedumbres de esquiladores, de enlazadores en las yerras, de danzarines en los bailes y hasta de soldados en las guerras civiles a que se vió obligado a concurrir, él siempre estuvo solo.

Tenía el alma defectuosa. Era demasiado altivo y bueno en demasía. Quienes lo explotaban despreciábanlo por tonto y quienes se hincaron al agredirlo, difamábanlo por orgullo. Tenía el doble capital defecto de no saber negar nada de lo que le imploraban y de negar todo lo que pretendían imponerle.

Era, en suma, un hombre justo; y como el hombre justo satisface a uno y disgusta a diez, no lo querían...

Otro defecto ingénito tenía Cleto: la imperiosa necesidad de decir la verdad, sin previos cálculos sobre lo que la expresión de su juicio pudiera servirle o perjudicarlo. Casi siempre perjudicarlo.

Una noche en un baile al término de una polca, Mariana fué, del brazo de su compañero, hasta el rincón

donde el mozo permanecía solitario y entristecido, y lo interpeló:

-Diga, Cleto, usted que es tan justo: ¿yo soy fea? -Usté es linda, respondió é sin violencia y con la tranquila seguridad del juicio.

Ella contentísima:

-¿Y Matilde es más linda que yo?...

-Más linda.. Depende... Usté tiene más lindos ojos, ella tiene más lindo pelo... y

-¡Bah! exclamó con desdén la moza, alejándose del brazo de su compañero. El quedó todo triste, y al cabo de unos diez minutos, como acertara a pasar Matilde delante suyo, se atrevió a decirle :

-Hace un momento...

Con desprecio, sin dejarle concluir la frase, ella respondió:

¡Ya sé lo que dijo!... Que Mariana tiene más lindos ojos que yo!...

Y haciendo un gesto desdeñoso, pasó de largo.

Cleto volvió a quedar solo otra vez, solo como siempre, comprobando que la verdad es, de todos los conocidos, el más eficaz aislador...

Llegó el momento en que la soledad se le hizo insoportable, y en una ocasión en que Mariana, coqueta ya marcada con varios desengaños, - le preguntó zalameramente:

-

-¿Y usté no quiere a nadie?... - él respondió: -Yo quisiera quererla a usté... pero... -¡Pero no se atreve! rió ella. giendo emoción:

-Sin embargo...

-¿Usté?...

Yo... Y suspirando hondamente: ¡Qué malos son los hombres!... Nunca saben querer a quien los quiere!...

Cleto exclamó conmovido:

-No lo diga por mí!... A mí nadie, nunca me ha querido!...

-Entonces... ¿yo no soy nadie? ¡Si usté me quisiera!...

-Trate de hacerse querer!...dijo riendo; y se alejó

Poco después eran novios, Ella le demostraba afecto sincero; sin embargo, inocentemente, sin duda, lo hacía sufrir de continuo con sus juicios comparativos. Si Cleto, rogado, cantaba una décima, Mariana decíale al final:

La cantás bien... pero Patricio la canta más lindo. Si asaba un cordero en una fiesta, ella, después de comer la mejor presa reservada y ofrecida por él, agradecía:

-Está rico... pero Tiburcio sabe asarlo mejor. -¿Me querés tusar mi tubiano? pidió una vez. De inmediato Cleto puso todo su arte para complacerla; y al terminar inquirió:

-¿Te gusta asina?

Sí... no está mal... pero Indalecio tusa más lindo...

Se acercaba el día señalado para el casorio. En la estancia había

una domada de potros, una fiesta, algo así como un concurso en que debían tener parte casi todos los peones. Cleto hizo su faena correctamente, aunque sin compadradas vistosas, sin las jactancias y dicharachos con que los otros hacían reir a los espectadores, concretándose a "domar su potro", Y cuando, consciente de haberlo hecho bien pidió su opinión a Mariana, ésta la dió, diciendo con vos afectuosa :

-Lindo... pero Gabriel sí que es jinetazo y hace rair domando!...

Cleto nada dijo, pero sintió el alma saturada de tristeza. ¡El no podía casarse con una mujer que, en todo, lo juzgaba inferior a los otros!.

Esa noche, mientras se organizaba el baile en la sala de la estancia, él ensilló su caballo, cargó las maletas y partió, para ir lejos, para estar solo, solo como siempre, como toda la vida, para vivir y morir como los ombúes y los talas nacidos guachos en las cuchillas.

FUERA DE TIEMPO

En el naciente, las barras del día listaban de rojo el pálido azul del cielo; y bien hubiese ya sobrada luz para iniciar las actividades cotidianas, el campo dormía aún, tapado con el inmenso poncho de la helada.

La atmósfera permanecía quieta y la temperatura era agradable, a pesar de la alfombra de escarcha que cubría los pastos. Un vaho blanquecino y tibio se desprendía lentamente de la tierra.

Toribio y Natalio, cada uno provisto de dos baldes de hierro, habían llegado a la manguera y se disponían a la pesada tarea de ordeñar las veinte lecheras.

El acto de manear las vacas resultaba particularmente penoso, pues las guascas, heladas, producían en las manos la impresión de un hierro enrojecido.

Toribio, muchachón de veinte años, robusto, sanguíneo, reía de las violentas protestas de su compañero Naalio, cuarentón, daco, enfermizo, cuyas carnes escasas temblaban bajo la camisa de lienzo.

: Habían de venir el patrón y la patrona y las crías a mamar la leche en las tetas de las vacas, en vez de hacernos penar d'esta laya!...

-No te quejés, hermano. Vos mesmo me dijistes en una ocasión que los caballos los hizo Dios pa servir a los hombres y a los pobres pa servir a los ricos.

-Verdá, pero hay razón pa protestar.

-¡ Macanas!... Hay que no nacer caballo ni nacer pobre.

- Es cierto: dispués de enfrenao...

-El rebenque y la espuela mandan.

-Los dotores dicen que hay derechos...

-Pa los dotores.

Sin ganas de discutir, Natalio ordenó:

-Vamo a ordeñar.

-Vamo, asintió Toribio; aura no más cái Filumena y tengo que tenerle preparado el jarro de apoyo de la barcina, qu'es la que da la leche más gorda. -Como que ya tiene las ubres cuasi secas.

-Dejuro.

No tardó mucho en aparecer Filomena, avanzando

perezosamente, con graciosa ondulación de las amplias caderas.

-Güenos días, mozada do los cacharros, dijo al llegar

Y su cara redonda y fresca, sus ojazos negros, su nariz respingada, sus gruesos labios rojos, acrecentaban encantos con el picoteo del frío matinal.

-Por fin salió el sol; dijo galantemente Toribio; y por mirar embelesado a la criolla al mismo tiempo que seguía oprimiendo la teta de la vaca, el chorro de leche caía al suelo, fuera del balde, confundiendo su albura con la de la escarcha del suelo.

Filomena se rió:

-¡Vea lo que hace!

-Cuando la veo a usté nada más puedo ver. La luz de sus ojos m'encandila más que la lu del sol a mediodía, en un día de enero!...

-¡Jesú, qué palabras lindas pa un compuesto!...

Natalio, volviéndose lentamente dijo:

-Nu haga caso; está zonzo.

Y Toribio:

-Estoy namorao.

observó riendo la moza.

-Es lo mesmo, -Eso es estar dos veces zonzo, replicó Natalio; es, como hundirse en el agua y abrir la boca pa pedir ayuda.

-No sea malo con el pobre Toribio, imploró Filomena tomando el jarro de exquisito apoyo que en ese instante le ofrecía su adorador.

Y como a esa frase acompañara una mirada alentadora, el mozo, venciendo su timidez, le cogió una mano y la retuvo entre las suyas, observándola embelesado. Aquella mano chiquita y regordeta, suave como una felpa y con su delicioso color de trigo maduro, le fascinaba, antojándosele una piedra preciosa, una joya extraña que uniese al brillo intenso un dulce calor y un capitoso perfume.

Filomena, sin retirar la mano, y siempre sonriendo, preguntó irónicamente:

-¿M'está por echar la buenaventura?...

El quiso responder con una frase muy cálida, muy apasionada, pero las palabras se le enredaron en el cerebro. Levantó la vista, y vió cerquita de su boca, los labios deliciosos de la morocha, los labios treabiertos en una sonrisa picaresca, los labios de un rojo capaz de causar envidia a la más fresca y más dulce flor de ceibo.

Insconcientemente, impelido por fuerza magnética, cerró los y estampó un beso sonoro en aquella cálida flor de carne.

Ella retrocedió de un brinco. Con el rostro arrebolado y los ojos echando fuego, lo miró un instante. Luego se pasó nerviosamente por la boca el revés de la mano, cual para limpiarla de una inmundicia, y arrojando al rostro del joven el jarro de apoyo, exclamó en el máximum de la cólera:

-¡Cochino!... ¡Idiota!...

Luego tomó con violencia los cacharros llenos ya de leche y se alejó con rapidez, sin volver la cabeza. Cuando Toribo pudo hablar, dijo con amargura: -¡Yo tan créido que me quería!

-Y te quiere, nomás; - replicó Natalio. Pero ya advierto que vos sos gringo pa jinetear el bagua del amor... Las mujeres son como el asao: carese mucha pasensia p'asarlos bien y esperar qu'estén a punto pa comerlos...

EL CRIMEN DE UN LOBINZON

-¿Y lo afusilarán a Bonifacio?

-Pa mí que sí opinó Esteban.

-Asigún cuentan los que la vieron, la finada quedó con el cuerpo como espumadera.

-Y hasta aura nadie sabe por qué causa se disgració de esa manera el pobre Bonifacio, que siempre jué un muchacho güeno y tranquilo.

-Motivo debía tener.

-No digo que no; pero asi mesmo, encajarle treinta y cinco puñaladas, es una barbaridá, che. Si lo había ofendido, con media docena e'tajos y dos o tres chuzasos bien pegaos, ya tenía pa refrescarse.

-Asigún opinó Chumbito. En eso es como en la cancha e'taba: uno dentra con la idea de largar dos o tres tiritos y, dispués que empieza a perder y a calentarse, la sigue, si tiene plata, hasta que se apague el sol. ¿Mataste vos alguna vez? interrogó irónicamente Esteban a Chumbito.

-Tuavía no; pero a la taba he jugao sinfinidad de ocasiones.

-El caso es que naide sabe cómo jué, ni por qué jué.

Don Cayetano, que, con extrañeza de la rueda, no había hasta entonces metido baza, dió las últimas chupadas al pucho, cuyas brasas le chamuscó el hirsuto bigote gris, y dijo:

-Yo sé.

-¿Usted sabe cómo fué? Cómo jué y por qué jué nidad don Cayetano.

Todos guardaron silencio. Nadie ignoraba que don Cayetano, ni por equivocación, decía nunca una verdad. Solía permancer un día entero sin pronunciar una palabra; pero cuando abría la boca era, indefectiblemente, para mentir. Sólo que mentía tan lindo, que el paisanaje escuchaba siempre con más interés sus pintorescas

inventivas que los prosaicos relatos de hechos verídicos: el encanto del arte, que consiste en la habilidad de embellecer por la ficción la realidad, siempre fea y antipática.

Lentamente, para mayor importancia de su narración, don Cayetano dió principio diciendo:

-Bonifacio era "lobinzón"...

-¿Lobinzón, Bonifacio?...

-Sí; pero no de nacimiento, sino por un “mal” que l'hizo echar una viuda vieja, muy rica, que se había enamorao del mozo y a la cual Bonifacio la dejó con el freno en la mano p'acollararse con Serapia, la dijunta. Carraspeó el viejo y siguió:

-Este... El "mal" se lo echaron a Bonifacio en una torta, cuando iba pa un año de casao... Jué la vieja Matea que lo echó...

¿ Sabe la vieja de brujerías?...

¡Más qu'el mesmo mandinga!... Güeno. Dende entonce, en cuanto llegaba la media noche, Bonifacio desaparecía del cuarto, y a poco dispués encomenzaba a ladrar y arañar la puerta del lao de ajuera.

-¿Y la puerta estaba cerrada?

-Dejuro. Los lobinzones, pa salir, salen pu entre las paredes; pero dispués pa dentrar no pueden; por eso se desesperan ladrando y arañando, hasta que, cuando aclara el día, se dispiertan en la cama, sin saber puande anduvieron ni cómo dentraron: son los espíritus... Este... Serapia, media muerta e'miedo, le pidió a Facundo Gómez que la acompañase de noche; y Facundo, qu'es buen muchacho, s'iba a tenerle compañía hasta el día... Pero aconteció que a la vieja Matea le dió lástima pu'el pobre muchacho, y, una noche, poco dispués de haberse acostao el Crucero en la mitá del cielo, y cuando Bonifacio comenzaba a ladrar, se le acercó y le hizo tragar un menjunje que le sacó redepente el embruja miento.

-¡ Güena, la vieja bruja!...

-¿Güena?... Pa mí jué aconsejada por mandinga... Cuando el mozo se sintió desembrujao, golpió la puerta. Golpió dos veces, tres veces y, como no abrían, le arrimó el hombro y de una pechada la echó al suelo... Al dentrar, le pareció ver que un hombre juía por la ventana... La ventana estaba abierta y, como había luna, Bonifacio

vió al lao del baúl un par de botas de charol, y encima de él una chapona y un poncho... Como era verano y hacía un calor bárbaro, Facundo se sacaba siempre las botas, el poncho y la chapona...

Qu'es eso?" le preguntó a su mujer Bonifacic, hecho una fiera...

La pobrecita quiso explicarse, pero con el susto no pudo; y entonces él, medio loco, la cazó de las mechas y le prendió puñaladas hasta que se le durmió la mano... Asina jué que jué.

Los oyentes permanecieron silenciosos, y sólo Chumbito se permitió decir:

-Siendo asina, no deben
-Sí afirmó el viejo:
-¿Por qué?
--Por zonzo.
- afusilarlo a Bonifacio.
- deben afusilarlo.

CASTIGO DE UNA INJUSTICIA

El viejo Lucindo Borges estaba sobando un maneador recién cortado, y estaba con rabia porque a causa de la humedad de la tarde tormentosa, no "prendía" el cebo y la "mordaza" resbalaba sin trabajo útil.

Sentíase cansado; pero, si dejaba sin "enderezar" el cuero fresco, era dar por perdido un maneador lindísimo, de anca de novillo sin desperdicio de fuego de marca, y se resignó a seguir haciendo fuerza. Era un viejo morrudo Lucindo Borges, y no le habría tenido miedo a nadie en ningún trabajo de aguante, si no fuese por la maldita enfermedad que desde chiquilín lo acosaba: la haraganería.

Pero no era culpa suya; parece que su padre fué lo mismo, o peor, pues se contaba que cuando quería carnear una oveja hacía arrear la majada por el chiquilín de la peonada y desfilar frente al galpón donde se lo pasaba todo el día tomando mate. Y sin levantarse del banco, rifle en mano, volteaba de un balazo el capón que calculaba de buenas carnes.

Lucindo no era tan haragán. Para carnear, él mismo montaba a caballo, iba al campo, movía la majada, y si no encontraba un animal en estado, no tenía inconveniente en andar media legua, voltear el alambrado medianero y enlazar un capón en la majada del vecino.

Ya eso es trabajo; y luego el trabajo de esconder el cuero y evitar las impertinentes averiguaciones de la policía...

No, él no era haragán. Y la prueba es que estaba bañado en sudor, sobando el maneador rebelde, cuando se le acercó su mujer, quien de rato estaba parada junto al palenque, observando el campo, y le dijo:

-Pu'el alto verde viene gente y parece polecia.

Lucindo fué hasta la puerta del galpón, púsose en visera la mano.

--Es la polecía,-confirmó.-Viene el overo'el comesario nuevo y el tordillo'el sargento Pérez...

-¿Y pa qué vendrán?

—Pa qué querés que venga la polecía a casa 'e pobres: p'hacer daño.... Mirá... vo'stás enferma...

-¿Yo?

-¡Vos!... ¡Obedecé qu'el que sabe sabe!... Vo'stás, enferma. Acostate: ponete una vincha en la frente y unos porotos en las sienes y acostate y echate encima mi poncho'e paño y la manta 'el potrillo lunarejo... ¡Anda. pronto!...

Obedeció Gertrudes y el viejo prosiguió su trabajo, sonriendo con malicia a quién sabe qué artería que ibase preparando en su cerebro.

Recibió con afabilidad extrema al comisario, al sargento, al teniente alcalde y al milico que los acompañaba. Apresuróse a obsequiarlos con un amargo bien cebado. Y después, sonriendo:

-¿A qué se debe, comesario, su visita a estos ranchos?....

-Recorriendo, amigo; es mi obligación.

-Y de paso praticar algún registrito... porque como veo qu'el alcalde es de la comitiva...

-Si,-respondió con sorna el funcionario, hombre joven que trascendía a pueblero;-un registro por pura fórmula... Su vecino don Lucas denuncia que todas las Poches le carnean ovejas, que ayer mismo le carnearon una y ha dado en sospechar de usted...

-¡ Pobre don Lucas,-respondió sin asomo de ofendido el viejo, la chochera le ha dado por desconfiar de mi!... Yo lo desculpo por l'ancianidá... ¡Desconfiar de mí!...

Sin embargo.-observó el comisaroi con el mismo tono irónico,-me han contado que usted fué medio aficionado a carnear ajeno.

Rió estrepitosamente Lucindo.

-¡ En el tiempo de antes!... De muchacho uno hace esas cosas por gracia, como quien roba una sándia en la güerta'el vecino.... ¡Pero áura, cuando ya uno tiene duros los caracuces!... Y, además, le vi'a decir, antes los comesarios eran gauchos brutos como nosotros, y nos era fácil sacarles el cuerpo en una gambeteada: pero áura, la cosa cambea...

Sintióse halagado el comisario y dijo con expresión más respetuosa :

-Lo creo, don Lucindo; pero como el deber me obliga, vamos a proceder, no se ofenda, ya dije que era por mera fórmula, al registro...

-¡Cómo no, don comesario!... Vaya emprencipiando...

Se hizo un registro somero del galpón, de la cocina, del troje, de

las inmediaciones de la casa y al fin se volvió a éstas, siempre precedidos del dueño. Penetraron en la primera pieza del rancho, el comedor; y antes de pasar a la segunda y última, dormitorio del matrimonio, el viejo excusó:

----Va desculpar, comesario, que la pieza nu'esté muy arreglada; pero ha de saber que dende hace días tengo a la patrona en cama, medio apestada, y entonces... El joven funcionario sintió escrúpulos. -Si su señora está enferma...

El protestó:

-¡No li hace, don comesario!... La cuestión es comprobar el hecho...

Penetraron en la habitación semi a obscuras. Lucindo obligó a su mujer a que se bajase del lecho, envuelta en las ropas de éste, y él mismo alzó y sacudió el colchón, para demostrar que allí no había nada oculto.

El comeṣario y el alcalde, un tanto avergonzados de su acción y de la sospecha a todas luces injustas, iban a retirarse, prodigando disculpas. Pero en ese intervalo se había iniciado una lluvia torrencial.

-No se van a dir asina,-observó el viejo; y si no quieren desairarme quedensé a cenar y esperar que acampe. Mi majada está al ladito no más. En un rato enlazo un borrego gordo y lo hacemos arder.

Accedió la autoridad. El viejo montó a caballo y a poco volvía con un borrego de "cola chata". Al colgarlo en el gancho e izarlo para degollarlo, dijo, mostrándole la cabeza al funcionario:

-¡Vea las orejas, don comesario: orqueta en una, punta'e lanza en l'otra: carneo de mi señal...

-¡Ya sabemos, amigo!

Y mientras el viejo desollaba rápidamente la res, el joven funcionario decía al alcalde, en un aparte: -Al fin me parece un buen tipo el viejo Lucindo. -Si,-contestó el alcalde;-un buen tipo; y un gran tipo.

Se asó un medio capón y se resolvió comerlo en la cocina, cortando del asador para no hacerle perder su mérito.

Cuando los huespedes se hubieron servido el primer trozo, Lucindo cortó dos costillitas.

-Con permiso-dijo-vi'a llevarle a la patrona.

Volvió. Como el asado estaba apetitoso y casi llena la damajuana de vino y como la lluvia caía cada vez con más furia, fué pasando el tiempo y se prolongó la tertulia con el postre del amargo, los tragos de caña para asentarlo y una partidita de truco para favorecer la digestión.

A eso de la media noche, el dueño de casa se levantó, fué a la puerta de la cocina y después de una rápida observación, anunció:

-Tormenta'e verano. Ya no llueve y ha salido la luna. Los huespedes resolvieron marchar. El comisario agradeció en frases sentidas la hospitalidad generosa de don, Lucindo, pidiendole una vez más disculpa por la ofensiva sospecha.

Pero al llegar al galpón un espectáculo extraordinario se les presentó: tanto el caballo del comisario como el del alcalde y el sargento y del milico, habían sido “raboneados y tuzados a lo yegua".

-¿Quié puede haber tenido esta audacia?—exclamó encolerizado el joven comisario.

-Yo no sé-respondió el viejo y no me gusta hacer malos juicios; pero bien puede ser artería'e don Lucas pa embarrarme a mí.

Y agachándose y observando el suelo, agregó: -Vea, vea; pu'aquí va un trillo... pal'alambrado de don Lucas...

Todos siguieron el trillo. Constataron con dificultad que un pique del alambrado había sido volteado. Siguió la huella y en el recodo de un cañadón inmediato, se halló un montón de cerda.

Cuando Lucindo volvió a su rancho y se dispuso a acostarse, su mujer le preguntó: -¿Cómo jué?

-Lindo. Encontraron tuita la cerda junto al cañadón de don Lucas.

-Tuita no-replicó ella-porque más de la mitá yo la dejé aquí dispués de haber tuzao los mançarrones.

Rió gozoso el gaucho

-Linda judiada.

-Y te albierto que abajo los yuyos del corral de los chanchos puse maniao un cordero gordo de don Lucas.

-¿Un cordero?

-Si; dispués de echar la cerda, trompecé con un cordero gordo qu'estaba dormido al lao del alambrao, y lo alcé.

Entusiasmado, el viejo le dió un beso y exclamó : -¡ Vieja

gaucha!

Y ella, satisfecha, orgullosa, preguntó:

-¿Me saco los porotos de las sienes que m'están tironeando el cuero?...

-Sacatelós vieja, sacatelós, que a estas horas los porotos son los otros, el comesario, el alcalde y don Lucas...

COMENTANDO UNA CARRERA

Era lunes y el domingo habíanse realizado carreras en la pulpería de don Venancio.

Se corrió una "penca" de potrillos en lotes de cinco, y el zaino malacara, de la marca de la Horqueta, ganó cortado el primer terno.

La peonada de la estancia que en los remates generales le apuntó firme "al de casa", se desbordó en la decisiva y jugó, dando usura, toda la mucha o poca moneda que albergaban los cintos.

Fué un desastre; el zaino mauleó incalificablemente en la prueba final y a sus parciales no les quedó ni para "el copetín del estribo".

Y lo peor era que don Venancio también le había jugado al pensionista de la Horqueta, basado en las seguridades que le dieran el dueño, el cuidador y el corredor del potrillo; porque, como él decía:

-A mí me justa gugar, peru para janar. Sinon, non... Claro está que después de la derrota, hubiera sido tonta temeridad ir a solicitarle un fiado. De ahí que todo el personal de la estancia "La Horqueta" regresara a las casas silencioso y amustiado.

Desensillaron con algo más de dos horas de falta para el mediodía.

-¿Qué hacemos con el potrillo?-preguntó Basilio, el "compositor".

Y el patrón,-más herido en su amor propio por la derrota de su marca que afectado por lo considerable de la pérdida, respondió con violencia:

-¡ Largalo al campo! Y dentro de un mes, que lo agarren y lo amansen pal carro... ¡No sirve pa otra cosa!...

El "compositor", considerándose con lo dicho libre de responsabilidades en el fracaso, tuvo la torpeza de agregar:

-Es mi parecer tamién: este potrillo no sirve pa nada.

-Menos servís vos!-replicóle colérico el ganadero, que no podía admitirle a nadie el derecho de despreciar un producto de su hacienda.

¡Agarrá por zonzo!-exclamó en su hablar gangoso el "mellado" Ireneo.

-¿Zonzo por qué?

-Porque quien sale defendiéndose ante 'e ser acusao, va

cencerriando la culpa. Y además porque sos zonzo mesmo.

-Hay que probarlo!

-Te lo vi'a probar, tarja por tarja... Primero: elegiste un potrillo que parecía güeno y resultó maula...

-Un equivoco lo tiene cualquiera.

-Los vivos no se equivocan... Y dispués, vos le asiguraste al patrón y a tuitos nosotros, que dibamos a una fija.

-Lo creiba..

-No debías crerlo, por que'está probao que l'única fija qui hay en la vida es que tenemos que morirnos. Y en tu caso, uno que no juese zonzo había dicho: "El animal me parece güeno; tiene güena estampa; si se, priesta a la mantención y se entrega en los vareos, pueda ser que tengamos caballo pa ganar... por más qu'entre los dentrantes los hay de calidá y con compositores entendidos...

-¿Y el orgullo de uno, and'está, entonce?

-En triunfar. Y si no se triunfa, en convencer a los demás que la culpa de la derrota es del caballo y no del compositor.

Reconcentróse un instante Basilio y argumentó en su defensa así:

-El año pasao yo li ói decir a un dotor que vino a pasar unos días en la estancia: "La vitoria está de parte de los que tienen confianza en sí mesmos".

-¿Y qué más dijo?

---No dijo más.

¿Y vos ya te creiste un sabio?... ¿Te creiste que teniendo l'argolla y la presilla ya estaba el lazo hecho, cuando lo principal y más difícil es trenzar el lazo?..... ¿Qué le parece don Tiburcio?-agregó el "mellado" requiriendo la opinión, siempre considerada, del capataz. Y el viejo respondió en su natural expresión parabolica:

-Creo qu'entre la cabeza y la cola hay el cuerpo'el animal... Pero yo no dentro en esas filosofías. Lo que sí afirmo es que pa saber contar hay que saber contar seguido..

-En este caso me preocupa la situació del pobre potrillo zaino. Durante tres meses lo tuvieron a galpón con manta y güena cama, comiendo maiz y alfalfa, lavandolo, cepillandolo y mimandolo como a una moza bonita... Y aura, por que no supo ganar la carrera, lo echan al campo y mañana lo van a meter entre las varas de un carro y a darle garrote pa que haga juerza en los pantaaos... Al principio ha de padecer el pobre potrillo zaino a quien ayer no más

las hijas del patrón lo acariciaban hasta besarle el hocico!

-¡Perdieron diez pañuelos de seda las hijas del patrón!...

-Razón pa que le tengan odio al zaino: a los animales como a los hombres, cuando no producen nada, se les desprecia, y cuando se les juega y pierden, se les odea...

LA BRUTALIDAD GAUCHA

Las dos primeras jornadas fueron penosas. Los caminos, cuya conservación dejan encomendada los gobiernos a la buena voluntad de los soles y los vientos, coloboradores gratuitos, estaban en aquella época como para imponer respeto a los más viejos y aleccionados carreros de la comarca.

No Candelario, que presumía de contarse entre los más viejos y expertos en el oficio, condujo con habilidad ya que no sin fatigas, la tropa carretera cuya dirección le fué confiada.

Aparte de uno que otro pequeño "peludo", cavado sin gran esfuerzo, las cuatro carretas, cargadas hasta las puntas de las estacas con postes de ñandubay hachados en Montiel, habían llegado sin otros contratiempos hasta el paso real de Talita.

De allí a la estancia, término del viaje, era a contarse poco más de media jornada, por un camino casi acreedor a esa honrosa designación.

Pero el Talita, simple regato en estío, hinchábase con las copiosas lluvias invernales; y merced a lo hondo de su cauce y a la celeridad de su corriente, podía envalentonarse para detener al más osado viajero, y gritarle, echando espumarajos por la boca desdentada del vado: -¡Naides pasa pu'aquí!...

Y nadie, a no ser un iluso o un temerario irrefiexivo, se atrevía a desafiar el mandato, osadía que casi siempre pagaron con la vida.

No Candelario estaba muy lejos de ser un iluso ni un temerario, y refrenando las ansias de sus subalternos, deseosos de regresar a la estancia después de dos meses de penosa "monteada", ordenó :

-Vamo a desuñir, muchachos.

-Eso es tenerle miedo a un cachorro, exclamó despreciativamente Belisario un rubio buen mozo que a cada rato iba a mirarse en el pedazo de espejo enclavado en el cajón de la carreta.

-Yo conozco mucho ese cachorro, respondió el viejo refrenando su ira, y sé que tiene buenos dientes y sabe morder.

Acentuando la expresión desdeñosa, replicó Belisario:

Morderá las canillas flacas de viejos flojos!... Mía es la carreta y míos los güeyes, y mía también mi existencia!... Ustedes desuñan si quieren, pero yo me azoto y vandeo, y me voy a hacer noche en la estancia... o cerca de la estancia.

El pardo viejo, alto, flaco, de anchas espaldas, encorvadas más por la gravitación del trabajo que por la de los años, se rascó violentamente las motas grisáceas con sus uñas largas, duras y negras cual de peludo; y luego la mano, en rápido movimiento, describió un semicírculo yendo a tocar la empuñadura de plata del puña! que llevaba, a la moda oriental, al dorso de la cintura. Reprimióse, sin embargo.

-Podría impedirte, dijo,

que te tirases a nado, pues p'algo soy el jefe de la tropa y el responsable ante el patrón. Pero como no hay mejor castigo a la soberbia que dajarla quemarse la trompa cuando quiere apagar un fogón mascando la brasa del trasfoguero, andá y hasé tu gusto en vida!...

-Y lo haré, nomás, quiera o no quiera usté, res. pondió el mozo.

Montó a caballo, empuñó la picana, e incitó a la boyada.

¡ Marchá, Alacrán!... ¡Adelante, Tararira!... ¡Vamos Basilisco!...

Los delanteros, nadando desde el primer momento, lucharon contra la corriente enfurecida; los segundos de la cuarta, también; pero cuando la carreta entró al cauce, el empeñoso esfuerzo de las nobles bestias resultó inútil.

Belisario, a nado también, trataba vanamente de enderezar a fuerza de picana, la marcha de la boyada. Vencido por el ímpetu de las aguas, los bueyes cedieron y el carrero, apresado en un círculo mortal, perdió el caballo y enredado entre las cuartas, golpeado por los cuerpos morrudos de los bueyes que luchaban desesperadamente con la corriente, no vislumbraba salvación posible.

A orillas del arroyo, los gauchos presenciaban la escena, previendo la catástrofe. Pero ninguno se animaba a ir en auxilio del temerario, sabiendo que con ello sólo conseguirían unir un sacrificio a otro sacrificio, una víctima de la amistad a la víctima de la soberbia.

Entonces, el viejo pardo, alto y canoso, se quitó las botas y el saco y se tiró al arroyo, regresando después de prodigiosos

esfuerzos a la orilla con el cuerpo casi inanimado de Belisario.

Y ante la muda, admirativa interrogación de los gauchos por su acción heroica, respondió encogiéndose de hombros:

-Es un cachafaz; pero es el padre de mis nietos... Y aunque no juese asina... es un hombre y poco ha de valer el hombre que no sea capaz de exponer su vida por salvar la vida de otro hombre.

EL PERRO MAULA

En mi calidad de criollo de pura cepa, amante apasionado de la tradición → considerándola como homenaje patriótico y como expresión artística, que no excluyen la idea y el deseo evolutivos,-natural es que me entusiasmen las narraciones camperas.

Empero, necesito hacer dos salvedades. Una, que prefiero los relatos hechos por un gaucho viejo, en rueda de fogón, relatos simples e ingenuos, pero llenos de perfume y de sabor nativo, a las fabulaciones reconstructivas de nuestros literatos, por más eminente que ellos sean.

No quiero con esto ofender a los ilustres cultivadores del arte regionalista,-que, en mi humilde entender es, por el momento, el único arte posible en nuestro país;es, como digo, una simple predilección mía.

La segunda es que me placen mucho más los apólogos y los relatos picarescos, que los dramas tipo Juan Moreira, con abundancia de corajes y excesos de puñaladas y trabucazos. Tal vez esa inclinación sea debida a mi creencia de que esa vida de vagancia, de indisciplina y rebeldía, como característica de la modalidad campesina es una falsa leyenda de creación metropolitana.

Bueno pues; opinando así, lógicamente debo esforzarme en ofrecerles a mis lectores lecturas de esa índole, que si amenguan mi mérito de creador, creo aumenten el de narrador, ante todo preocupado de proporcionar un poco de solaz a quienes le honren leyéndole.

Tengo ya para el caso la ayuda inestimable de un viejo gaucho entrerriano que transcurre en plácida vejez, en medio de numerosa prole, en un ranchito cercano a Nogoyá fumando cigarrillos de tabaco en rama que él mismo pica y lía en chala, cimarroneando sin descanso y contando cuentos.

No Luz, que así llámase mi informador, fué durante más de cuarenta años, tropero; y en el ejercicio de su profesión recorrió la república de extremo a extremo, adquiriendo conocimientos que serían de inestimable utilidad a un presidente o a un ministro o legislador.

La última vez que lo vi, estaba renegando porque se le reventaba el tiento con que recomponía un viejo bozal. -D'estas crías de caballos gringos, me dijo: hasta la lonja es falsa y falluta.

Y en seguida:

-Esto me hace acordar un cuento que me contaron allá por la provincia 'e Corrientes.

Dice que una güelta la perrada estaba banquetiando con las achuras del novillo ricién carniao, cuando se presentó un perro blanco, lanudo, feo, con las patas llenas de cascarrías de barro que sonaban al andar como los cascabeles de la víbora de ese nombre.

-¿Qué andás haciendo?

Los perros suspendieron la merienda y se avalanzaron sobre el intruso, revolcándolo y mordiéndolo, hasta que "Calfucurá", jefe de aquella tribu perruna, se interpuso, imponiendo respeto.

Tengo hambre,- respondió con humildad el forastero.

-¿Y no tenés amos? .

-Tuve; pero m'echaron porque una noche dentraron ladrones en casa y se alzaron con varias cosas.

Y no ladrastes?

-No.

-¿Por qué?

-Tuve miedo; soy maula.

-¿Sos joven?

-Sí.

¿Tenés güenos dientes?

-Si... ¡Hace cinco días que ando cruzando campo y sin comer!... De tuitos laos m'espantan y tuitos los perros me corren!...

Hacen bien! sentenció "Calfucurá". El trabajo del perro, como el del policía, es ser guapo; siendo flojo no vale la carne que come, porque sin trabajar naides tiene derecho a comer!... Ahí tenés esas tripas amargas: enllená las tuyas y seguí viaje...

Yo permanecí largo tiempo meditando sobre la filosofía que me enseñaba el cuento de No Luz.

UNO MAS

Durante tres años consecutivos, Casiano no faltó una sola vez a los bailes, a las carreras, a las romerías, donde estaba seguro de encontrarse con Pepa.

Y cada uno de esos encuentros eran para él un agridulce, más agrio que dulce.

Linda, alegre, divertida; Pepa un día paseaba, encendiendo los cascos a la mozada del pago. Eran muchos a codiciarla Casiano la quería.

Pero como Casiano no sabía bailar, ni cantar, ni decir cosas lindas, ni zafadurías graciosas; como él no sabía nada más que miraria embelesado, con una cara de bueno, con una cara de zonzo, ella le concedía muy pocos momentos, abandonándolo tan pronto como se presentaba cualquiera de sus otros adoradores, capaces de entretenerla, de divertirla.

-Yo no sé por qué será confesaba: pero cuando hablo con Casiano toda el alma se me llena de tristeza. El me atrai con su cariño y yo juyo, porque me parece que dentrar en su corazón sería como meterme en un cajón de muerto

El sufría muchísimo al verla bailando en brazos de otro y al verla reir oyendo las frases ingeniosas de los otros.

El no sabía bailar, no sabía hablar; sólo sabía querer... y esperaba, el infeliz, triunfar por medio de la sinceridad de su cariño.

La coqueta reía y gozaba enhebrando corazones. Jóvenes y viejos, lindos y feos, ella aceptaba los requiebros de todos, sin dar preferencia a ninguno.

Pero aconteció que uno de ellos, el más bruto, el más desprovisto de sentimiento, la hizo brutalmente suya y la abandonó en la ignominia, gozándose de su hazaña.

Casiano sufrío mucho al enterarse. Los adoradores habían huído. Ella sufría solitariamente su desgracia. Casiano fué a verla y, haciendo un máximo esfuerzo, la dijo:

-¿Te querés casar conmigo?...

Pepa titubeó y, señalando su vientre abultado, dijo: ¿Vos no sabés?...

-Yo sólo sé que te quiero.

Se casaron. Pepa sentía profunda gratitud para aquel hombre bueno que la vengaba del desdén de los otros.

Su falta no le pareció ya una falta. Los indignos eran los demás, no ella, y se sentía orgullosa de su triunfo.

Pero pasados pocos meses su naturaleza se reveló contra la vida que las circunstancias le impusieron.

Casiano era muy bueno, excesivamente bueno, pero incapaz de proporcionarle una sola satisfacción.

Trabajar, comer, dormir.

Ni reuniones, ni bailes, ni fiestas: dos bueyes acollarados con la condena de vivir un día igual al otro día, y siempre igual.

Pepa no resistía ya aquella existencia de pájaro enjaulado o de honesta gallina condenada a poner huevos y criar pollos dentro del reducido espacio del corral.

Cierta tarde, mientras Casiano recorría el campo, llegó a las casas el mulato Alfredo, el padre del pequeñuelo, que su esposo había adoptado generosamente.

Al verlo, y mientras sus labios decían con rencor: -¿Qué venís a hacer aquí?... su semblante expresaba positiva alegría.

Zalamero, respondió el mulato:

-¿Qué vengo a hacer?... Quien probó la miel no
olvida el árbol que sustenta el camotí!..

-¿P'ande? - interrogó ella.

-Pal Pintao.

Es cerca?

Luego :

-¿Y el chico?

-Es lejos.

-¿Y si él nos sigue?

-Seguir a mi tordillo con su overo panzón es como si un sapo corriese a un ñandú...

Ella vaciló todavía.

-El chico se lo dejamos a él pa que se consuele... Y después riendo cínicamente :

-Hay hombres que no sirven más que pa comer las sobras de los demás y pa criar guachos.

Ella rió también, y sin preocuparse de los lloros del pequeño, montó en ancas del tordillo.

Allá, en el campo asoleado, Casiano curaba pacientemente las ovejas "abichadas".

Benicio Soria era esí:

Una cabeza pequeñita, redonda; una franja estrecha de frente, coronada, a modo de cerco espinoso por un matorral de pelos rígidos; luego seguían ojos diminutos, amarillentos, y tan próximo el uno al otro, que, sin el débil tabique de la acuchillada naríz, se diría un huevo de dos yemas. La nariz, fina en la base, levantábase en arco ojival y remataba en un pulpejo bipartido, enteramente semejante al hocico de los perros perdigueros. La boca era un tajo que iba casi de oreja a oreja, y debajo del cual el maxilar inferior, estrecho, huesudo y lampiño, se prolongaba desmesuradamente.

Un cuello largo, 'flaco, rugoso y veteado de rojo, como el de los pavos, unía esa cabeza deforme al cuerpo igualmente desproporcionado.

El tronco era una especie de pirámide truncada: estrechísimos los hombros y enormes las caderas.

Los brazos, escuálidos, remataban en unas manazas descomunales, y las piernas, en unos pies que daban la impresión de una chicuela calzada con los zapatos del padre.

En suma, un ser completamente anormal en su arquitectura anátomica, un ser que parecía construído con piezas de diversos hombres de distintas tallas; un monigote grotesco, una caricatura humana: eso era Benicio Soria.

No habría para qué decir que su intelectualidad estaba en perfecta armonía con su físico.

Era de un todo inservible, y en la estancia se le aceptaba por compasión y también porque sus idioteces divertían a la peonada.

No faltaba jamás a ninguna de las faenas camperas, y en todas se afanaba en tomar parte.

En una doma de potros, se empeñó en que le diesen uno para jinetearlo. El capataz quiso disuadirlo de su temerario empeño:

-¿Qué vas a hacer?.

-P'aprender-respondió él.

-A recibir revolcones.

-P'aprender.

Le hicieron el gusto, y al primer corcovo del bagual voló, yendo a caer a diez metros de distancia, de donde lo recogieron sin sentido y con un brazo fracturado."

Llegada la esquila, se empeño en que le diesen una tijera.

-¿Pa qué, si no sabés manejarla?

---P'aprender.

Le entregaron una oveja vieja y ruín, a la cual, dos minutos más tarde, le abría de arriba abajo el vientre con un tijeretazo feroz.

Vino la hierra, y Benicio no descansó hasta que alglien le prestó un lazo.

-¡Qué miedo te van a tener los toros!-mofó uno. -Hay que aprender-respondió impasible el idiota. Después de muchas corridas y de mucho tirar el lazo, estorbando a los trabajadores, el azar hizo que acertase una vez, enlazando de una guampa a un novillo corpulento.

¡Aflojá!-le gritaron los compañeros, previendo el peligro; pero él, muy orgulloso del éxito, sentó el cabailo, y ocurrió lo inevitable: al tenderse el lazo, con la enérgica resistencia, del animal, zafó la armada, y la argolla, retrocediendo con la fuerza de un proyectil, cayó sobre Benicio, derrumbándolo con dos costillas rotas.

No del todo restablecido del percance, manifestó su propósito de incorporarse a las filas de la revolución que estallaba en esos momentos. -Sosegate, Benicio!

P'APRENDER

Pa qué vas a dir vos a la guerra?

---P'aprender.

-¿P'aprender a qué?

-¡A peliar... y a degollar!...

Se fué. Diez meses después regresaba con una pierna de menos, pero tan indiferente, tan satisfecho como antes. -¿Y qué tal, aprendiste a degollar?...

-Cuasi apriendo... Tenía apretao a un enemigo herido y, en el mesmo momento en que l'iba a cortar el gañote, me baliaron...

LAS BOTAS DE DON TULIO

Cuando don Tulio Ocampo se ponía las botas, era seguro indicio de que algo grave iba a venir. Sus viejas botas de cuero amarillo se conservaban siempre nuevas. Hacía como diez años que se las había regalado el cherubichá, en un viaje que hizo a la capital de la provincia a recibir instrucciones para la campaña electoral a iniciarse.

Don Tulio regresó a sus ranchos llevando las botas. atadas a los tientos, y, sin desacorallarlas, las colgó de un clavo en el testero de su dormitorio. Allí estuvieron durante más de dos años. De tiempo en tiempo las retiraba para engrasarlas y quitarles las telarañas que anidaban en su interior; pero nunca se le ocurrió calzarlas.

No obstante su medio siglo pasado, continuaba presumiendo como en sus mocedades. Tres veces en la semana hacíase rapar las amplias y gordas quijadas y recortar prolijamente la perilla puntiaguda. Renovaba a menudo el saco y la bombacha de merino negro, el chambergo aludo y la golilla de seda blanca. No salía nunca sin gastar medio frasco de agua de olor en perfumarse y sin ponerse un grueso anillo de oro, con dos corazones como ornamento, y la más gruesa cadena de plata, a cuyo extremo iba prendido un gran reloj, también de plata, al cual jamás había dado cuerda porque para saber las horas, le sobraba, de día, con el sol, de noche, con las estrellas, y, de madrugada, con los gallos.

Pero con el calzado no transigió nunca. Pata en el suelo toda la vida, a la usanza correntina.

-Si las manos no precisan botines, los pieses tampoco argumentaba.

Varias veces había oído la frase, para él enigmática :

-Fulano se puso las botas en tal caso.

Por más que aquello lo intrigara, nunca preguntó. Un correntino de ley no debe preguntar nunca nada, sino satisfacer su curiosidad por medios indirectos.

Prestigioso caudillo local, hacía veinte y más años que traficaba con la política. En dos períodos eleccionarios le fué mal. Sea porque

el caballo no estuviese en su día o porque largase atravesado, perdió las 'carreras. Con paciencia y constancia guaranítica preparó el desquite, y, en vísperas de la batalla, enteramente seguro de la victoria:

¡Aura viá poner las botas!...

Era la primera vez que don Tulio pronunciaba de un golpe tantas palabras seguidas. Algunos afirmaron que se había sonreído. Esto no está probado, pero sí que dijo:

-i Aura viá poner las botas!

Y que se las puso. Y triunfó, y ese año quinientas reses fueron a engrosar su rodeo. Desde entonces, cada vez que el caudillo se calzaba las botas daban por descontada la victoria.

Recientemente, bien afeitado, bien perfumado, estrenando un traje nuevo y un sobrepuesto bordado en seda de diez colores, ensilló su crédito y se dirigió a la capital, "pa olfatiar".

Rodeáronle y obsequiáronle los políticos de los diversos bandos y fracciones de bandos. Pero él, todo oídos, permaneció hermético como esas conchas que el descenso de las aguas del arroyo deja sin defensa sobre las arenas de la ribera.

A los vidalistas, que solicitaban su concurso, respondió:

-Y puede ser qui si pueda; pero pescado está mi arisco, carece güena carnada...

Y a los autonomistas disidentes:

-Querer io quiero y cebando bien, siempre se pesca.

Y a los liberales:

-En el arroio hai pescaos de toas laias y asigún lo que uno quiere sacar tiene que elegir la linia, el anzuelo y el ingrediente.

Alguien le dijo con impaciencia:

-¡Pero es necesario decidirse por alguno!

-No ha de... Io voi al arroio... En ocasiones pican las mojarras y no pica el bagre.. Si m'encapricho y no cambeo e'linia, nada no pesco, no; y más vale una mojarra en el sartén que un dorao en la laguna.

De regreso al pago convocó a sus tenientes y los recibió con las botas puestas.

¿Pa qué lao cinchamos? interrogó uno de ellos. Y el caudillo, con su rostro impasible e inexpresivo como una de esas estatuas de santos que tallaron toscamente los inexpertos jesuítas, respondió:

-Y no se pude saber tuavía. Hay que ver el estao de los caballos y del camino el día de la carrera. Pero cuadre como cuadre, vamo jugando cubiertos y con usura con cualesquiera que gane, si no ganamos, salvaremos la plata... ¡Pero habemo e'ganar, que a zorro viejo no acorrala una majada de perros!

Y con la seguridad del triunfo, don Tulio acarició con la mirada de sus ojillos grises, las botas amarillas, recientemente engrasadas.

COMO SE CAE

Félix Alberto de San Esteban, último vástago de una opulenta familia patricia salteña, tuvo, como sus congéneres, que valorizar los pergaminos heráldicos de su antecesor con el sobrio pergamino del diploma de abogado.

El caudal de ciencia adquirida no ocupaba gran espacio; pero como el único objeto era obtener el título de Doctor, indispensable para efectuar el "viaje a Europa", poco le suponía al joven salteño la insuficiencia de sus conocimientos científicos. Un ligero barniz universitario bastaba para realzar sus talentos naturales, el don de gente heredado y la cultura social conseguida sin esfuerzo en trato diario con los clubmen más distinguidos de la metrópoli.

En ciencias exactas sabía lo suficiente para asombrar a la cocinera, demostrándole, con una patata, la redondez de la tierra y explicándole que la sal, el vulgar condimento, se ennoblece llamándole químicamente cloruro de sodio, del mismo modo que el agua, el prosaico líquido incoloro, inodoro e insípido, adquiere importancia llamándole bióxido de hidrógeno (H. O.')

Tuvo muy someras relaciones con Plauto y Justiniano, aprendió los nombres de los clásicos, y si bien tuvo el buen gusto de no leer jamás Homero, ni a Virgilio, ni a Dante, ni a Shakespeare, n a Cervantes, ni Camoens, ni Goethe, ni Schiller, sabía los títulos de sus obras maestras y, en caso de necesidad, basta discutirlas basándose en las antologías y diccionarios enciclopédicos, surtidores. de erudición barata, especies de baratillos de las ciencias y de las artes.

En francés no era capaz de leer a Corneille ni Racine, pero sabía casi a la perfección el argot parisién, aprendido en el trato con las "artistas" de los "music hall", que apagan con el brillo de los diamantes de sus anillos el olor de ajo y cebolla que impregnó sus dedos en sus mocedades de fregatrices.

En italiano era fuerte. Del Dante no sabía más que el "Lasciate ogni speranza"... de Petrarca, "Alma, terra natia"... del Tasso, nada; de Hugo Fóscolo, apenas el primer verso del canto sublime "A l'ombra dei cipressi e dentro l'urna"... De Carducci, nada: era muy

austero De Manzoni menos, fué muy sentimental. De Stechetti, algo, cuando estuvo de moda... Pero, en cambio, se sabía de memoria frases galanas, como éstas: "Dio ti mandi un accidente secco proprio inta testa"!... "Porco Dio, cane, ladri nelle strade !". Y después, va sin decir, todas las canzonetas napolitanas.

Además, era un boxeador de mérito y de gran prestigio entre los patoteros y manejaba el "che" despreciativo con una perfección expresiva extraordinaria.

El era el primero en reconecer la superficialidad de sus conocimientos y la justificaba diciendo:

-El cerebro es como el estómago: si se atiborra, no digiere.

Poseedor de sus credenciales de sabiduría, emprendió el imprescindible viaje a Europa: es decir, a Francia: es decir, a París; es decir, al bulevar y los cabarets.

Al regresar, un año después, trajo las alforjas, repletas de sabiduría. ¡ Parece increíble lo que se aprende en un año de beber ajenjo en el bulevar todas las tardes y. frecuentear los music hall todas las noches!

¡Ah, mon viex, c'est épatant!- decía, con correcta pronunciación de voyou, porque con el almacenaje de los nuevos conocimientos había olvidado un tanto el mal castellano que poseía al partir.

-¡Es otro mundo, che!... Nosotros estamos en l'enfance..... Aquí no sabemos comer, no sabemos beber, no sabemos divertirnos...

Y los museos, che!

Bah!... Vieux jeu!... Yo estuve una tarde en el Louvre y me aburrí... Una estancia, che, una estancia en que, en vez de vacas, ovejas y caballos, encontrás telas, bronces y mármoles. Ver aquello es como tomar un cocktail norteamericano: la mixtura es tan grande, que no se puede definir el sabor...

-Lo que debe ser lindo es el jardín des plantes, ¿no?.....

¡Salí!... Para las nodrizas y los pioupius!... ¿Acá todavía hay gente que vaya al Zoo?... Lo que te digo che, nous somme dans l'enfance!... Estoy seguro que ustedes todavía toman mate. ¿No es verdad?...

El interlocutor, purpureando, respondió:

-Sí... tomamos; poco, sabés, tres o cuatro mates no más...

-Tomar no importa; yo también tomo, pero no debe decirse... Hay mucho que reformar aquí; por eso quiero hacerme elegir

diputado en seguida... ¡Un parlamento donde ni siquiera hay tribuna!... Es ridículo, che, eso de hablar desde las bancas, como si fuese una asamblea de almaceneros!...

-La verdad que no es serio.

-Ni elegante, che. No me digas que se puede echar un discurso, lo que se llame un discurso, sentado en una butaca. Hay mucho que reformar, mucho, empezando por las costumbres políticas!

-¿Por dónde pensás venir?

-¡Por Salta, naturalmente!

-¿La contás segura?

San Esteban alzó desdeñosamente los hombros y respondió sonriendo:

-Una fija. Con las pionadas del viejo, la amistad del gobernador...

--¡Y con la moneda que tiene tu viejo!...

-Ca va sans dire!

LA VIUDA BRAVA

-Lo qu'es esta apuesta, no la gana Adrián Centeno.

-Mesmo pálpito tengo yo.

-Yo no apuntaría en contra. Ese mozo tiene pato con el Diablo.

-Ni el mesmo Diablo está seguro de no pegar una rodada... ¿Qué dice viejo andalio?...

-Yo digo que Adrián envalentonao con sus hazañas, va jugando una partida muy peliaguda.

-¡ Pretende casarse con la viuda Brava!... ¡Ni a Mandinga se le ocurre!...

-¿Y quién responde de que Adrián no sea Mandinga en persona?... Apareció en el pago como cáido del cielo. Ninguno supo nunca li'ande vino; denguno conoce la marva de sus tres caballo que no tienen rival pal camino, que saltan los alambraos con más facilidá que un perro y que vadean el Uruguay a nado como si juesen botes, sin mojarse el lomo.

-Naides sabe d'iande es.

-Ni d'iande saca plata, y siempre tiene plata como mundo.

-Y gasta más moneda qu'el gobierno.

-Convida a tuito el que se le acerca, a tuitos los juegos gana y dispués devuelve la plata, riéndose y diciendo qu'él no la precisa porquie tiene banco.

Yo lo vide una vez en un partido e'taba, echar diez suertes seguidas, tirando con la zurda y con los ojos vendaos.

-Y yo cantar ocho flores de treinta y cuatro, con la espadilla y el siete bravo.

-En contra suya no apuesto ni la pisada e'un chimango. Tuito lo que dice que v'hacer lo hace y no hay cristiano que lo vensa. Pial que tira es novillo al suelo; bagual que monta lo hace caballo e'freno p'andar mujeres dende el primer galope; naides baila mejor qu'él, nadies lo iguala la cantar y la guitarra l'hace reir y llorar en unos estilos que ni Santos Vega tocó más lindos!...

-A mí denguno me saca e'la cabeza que si no es el mesmo Diablo, es su entenao, y qu'esta apuesta la gana como cuantitas hizo y haga...

-Aun mesmo que juese el Diablo dijo sentenciosamente el viejo

don Salustio; -yo estoy siguro qu'esta carrera podrá ganarla, pero que la va a perder dispués de ganada.

-El que pretenda embrollársela, tiene qu'entenderse con su daga y naide inora qu'esa daga sale de la vaina cortando.

-No hay daga que no se melle ni vista que no se ñuble.....

Desde dos años atrás, Adrián Centeno era el tema constante de las conversaciones en Pago Corto. Constituía Adrián Centeno el tipo clásico del gaucho entrerriano. De estatura mediana, bien repartido, robusto y ágil, tenía singular destreza en todos los ejercicios fisicos de uso campesino. Era, además, todo un buen mozo. De su frente alta y enérgica nacía abundante y sedosa cabellera negra; bajo las curvas perfectas de las cejas, abríanse dos ojos de azabache, que unas veces tenían brillazones de hoja de daga y otras suavidades de flor de camalote, la nariz ligeramente aguileña, los labios finos, sombreados por un bigote muy tenue, y la energía del mentón lampiño, daban a su rostro una expresión de fuerza y de simpatía cautivadora.

Había vencido al gauchaje comarcano en cuantas lides le provocaran, y había realizado hazañas que asombraron. Echarse a la laguna en una tarde de estío y jugar con una tropa de yacarés encelados, era mínimo arrojo. Cuando se presentó un potro que los domadores de más crédito debieron largarlo, declarándose impotentes para rendirlo, él lo montó en pelo y sin riendas, y a puro tirón del copete le quebró los bríos y lo condujo sumiso al pié de la enramada.

Existía en el pago una vieja azotea, abandonada en mitad del campo, circundada de yuyos, cicutas, hortigas, malvisco y abrepuño, a la cual no osaba acercarse nadie. Era una casa embrujada, refería una leyenda que, más de treinta años atrás, el dueño, un viejo libidinoso, después de haber muerto a disgustos a su esposa, estranguló y arrojó al pozo a su hija única porque había resistido heroicamente a sus criminales deseos. Desde entonces todas las noches brotaban de la tapera ruídos y voces extrañas, súplicas desesperadas y llantos lastimeros.

Adrián apostó que pasaría una noche en la casa encantada. Al siguiente amanecer, los contrincantes, que habían permanecido de guardia en las inmediaciones penetraron en el edificio, obedeciendo

a su llamado, y lo encontraron tomando mate, tranquilo y sonriente, sentado sobre una vieja "marquesa", en tanto a sus pies, al calor del rescoldo, dormitaba, mansa e inofensiva como un perro, enorme víbora de la cruz.

Aquella hazaña debió ser concluyente; pero la temeridad de Adrián quiso ir más lejos y apostó a que habría de casarse con la Viuda Brava.

Era ésta una mujer cincuentona, alta, flaca, horrible. Unica heredera de un estanciero riquísimo, se había casado cuatro veces y había enterrado a sus cuatro maridos, que fueron, entre sus manos de fierro, cuatro miserables esclavos.

La Viuda Brava, inspiraba terror en el pago. Más avara que Harpagón, más perversa que Caín, hasta los perros morían de hambre y de malos tratos en su casa, y había que respetarla, sin embargo, por ser inmensamente rica y por ser además, un macho, capaz de andar a tiros y faconazos con cualquiera.

Adrián no se intimidó por eso y a un mes escaso de estipulada la apuesta pasaba a ser el quinto esposo legítimo de la terrible viuda.

Por espacio de seis meses nadie volvió a verĺo se empezaba a suponer que había corrido el mismo fin que sus antecesores, cuando una tarde apareció en la glorita de la pulpería.

Los tertulianos tardaron en reconocerlo. Era un esqueleto metido dentro de una pobre vestimenta. Pidió una copa de caña, y cuando llegó el momento de pagarla, estuvo largo tiempo buscando en los bolsillos la única moneda de níquel que llevaba.

Alguien le ofertó:

¿Quiere tomar otra copa, don Adrián?

Y él, con voz cascada, dolorida, miserable, respondió:

-No, gracias... Mi mujer fué a ver un ganao que le quiere vender don Apolinario Santurio y carece que yo esté en casa antes que güelva...

Y humilde, rendido, macilento, salió, montó su mancarrón de miserable apero, y partió en busca del cubil y del collar de hierro.

-Yo lo había pronosticao

dijo el viejo Salustio. Esa carrera la iba a perder dispués de ganada... ¡Es al ñudo, no hay taba que no se vuelque, ni caballo que no ruede!...

LA REVANCHA

Cargado de espaldas, pernituerto, con una cara de gorila, toda cubiertas de pelos gríseos, siempre desaliñado y sucio, don Gaspar Segovia era, no sólo el más rico, sino también el más temido estanciero del departamento.

Era malo y venenoso como una crucera vieja. No tenía más que dos dientes en la mandíbula superior; dos dientes largos, finos, amarillos; y cuando sus labios se entreabrían en una sonrisa simiesca, el brillo de aquelos dos dientes producían una impresión de repugnancia y de miedo, a la que no escapaban los más osados, los más viriles de la comarca.

No que fuese capaz de provocar, de pelear, de matar a nadie; ¡no!... Al contrario, soportaba los insultos y los ultrajes con humildad de perro.

Pero ay de quien se permitiera insultarlo!... Más tarde o más temprano, la venganza iracunda habría de caer sobre su cabeza!... Sus comarcanos lo sabían bien y, odiándolo y despreciándolo, lo respetaban, cuando no lo adulaban.

Sin embargo, cayó al pago un forastero, Lucio López, cuya fama de gaucho malo era conocida de tiempo atrás. Un día de carreras, en la trastienda de la pulpería, don Gaspar tallaba al monte, "pasteliando" como de costumbre.

-Un dos y un cinco.

-¡Copo al cinco! - exclamó el forastero.

-Vea que hay como...

-¡No pregunto cuánto hay! replicó Lucio; y desprendiéndose el cinto, hinchado de monedas, lo tiró sobre la carpeta.

Pa cubrir esa banca e'porquería, sobra plata.

-Es que...

-¡ Dése güelta!...

-Güeno güeno... yo quería albertirle, pa que no s'entorse reculando... pero siendo asina... Digo, porque carculo que le vi'a ganar.. y no es decente ganar a un forastero. ¿Si quiere abrirse?...

--Dése güelta, no más, respondió Lucio sonriendo socarronamente. Ducho como el que más, no le escapó que la pausa

del viejo tenía por objeto distraer la atención para escamotear el cinco que estaba en puerta. -Me doy güelta... un as... un rey... otro as... ¡El dos, amigo!...

--¡Y el cinco en el lomo!, exclamó López, arrebatándole el naipe y mostrando la fullería.

Tranquilamente, levantó el cinto y levantó la banca.

Don Gaspar no habló, no protestó, no se movió. Al cabo de unos minutos, y cuando el forastero concluyó de abrochar el cinto, él interrogó con voz humilde:

-¿No apunta más?...

-Apuntate ésta !-respondió Lucio asestándole una soberbia bofetada.

El viejo dió un grito de dolor. En seguida, serenado, brillándole los ojos grises, sonrió, dejando ver los dos dientes amarillos, afilados, siniestros. Y en todo el auditorio hubo una impresión de miedo, el convencimiento de que se acababa de dictar una sentencia de muerte.

Nadie sabe de qué medio se valió el astuto viejo para atraer a Lucio; pero el caso es que éste, poco tiempo después de la escena descripta, se constituía en asiduo visitante y frecuente huésped de don Gaspar

Tenía éste una hija única, Carmela, madurona ya, feucha y desgarbada; pero presunta heredera de una de las mayores fortunas de la comarca.

Lucio López, gaucho holgazán y vagabundo, no contaba con más medio de vida que sus habilidades en el juego... y algunos otros arbitrios inconfesados e inconfesables. Carmela fué cautivada por el mozo arrogante; el viejo Gaspar manifestó claramente, con su actitud, si no con sus palabras, la adquiescencia.

Dos meses después estaba proyectada la boda, que debía celebrarse el 25 de Mayo, haciendo coincidir el fausto acontecimiento familiar con la alegría de la augusta fecha patria...

La víspera hubo comilona, en familia, pero gran comilona una damajuana de "carlón" cantó en la cena.

Y después de la cena, ya retirada la familia, don Gaspar retuvo aún a su futuro yerno, en el amplio y semioscuro comedor, haciendo honores a una "caña compuesta", suave y perfumada, que sabía a glorias...

Cerca de media noche, Lucio, a raíz de apurar la décima copa de "caña compuesta", se desplomó, como cosa muerta, sobre el pavimento.

Un minuto, Gaspar sonrió mostrando sus dos dientes largos, finos, amarillos... Escuchó. Ningún ruido. La estancia entera dormía.. Se inclinó; tomó en brazos al beodo inconsciente y lo condujo a la pieza que le estaba destinada. Una pieza pequeña, con una sola puerta y una ventanita enrejada. En medio de la habitación, un catre, prolijamente preparado; inmediato, sobre la mesa de luz, un candelero con una vela de sebo.

El viejo, en vez de poner a Lucio sobre el lecho, lo depositó suavemente en el suelo. En seguida encendió la vela. Sonrió, con su sonrisa fatídica:

-¡Va bien, va bien!... musitó.

Luego, procedió a desnudar al huésped, con toda prolijidad. Después, deshizo el lecho, estrujando las ropas, aplastando la almohada.

Lucio, semidesnudo, dormía su pesada borrachera. La amarillosa luz de la vela, alumbraba débilmente la estancia. El silencio era absoluto...

Gaspar fué hacia un ángulo del rancho, donde estaba un viejo baúl sobre cuya tapa había una gran piedra de afilar. Con brusco ademán, echó la piedra al suelo, dió un brinco y corrió hasta la puerta del cuarto, que cerró súbitamente.

Desde el lado de afuera, pegó el ojo a una rendija para ver lo que iba a pasar en la habitación.

Poco a poco, la tapa del baúl empezó a levantarse, y al fin apareció en el borde, la chata, horrible cabeza de una víbora de la cruz que no demoró en salir y extender sinuosamente por el suelo sus dos metros de cuerpo.

Volvió a moverse la tapa, y a levantarse y a salir otra crucera. Y luego otra; y así hasta cinco.

Los enormes, feroces ofidios, que habían permanecido diez días encerrados en aquella casa, sin alimento alguno, empezaron a arrastrarse, olfateando, e instintivamente se dirigieron al cuerpo casi desnudo de Lucio, tendido en mitad de la pieza.

La escena fué horrible. El cáustico dofor de las heridas venció a la embriaguez del mozo, quien al despertar y verse envuelto por la

malla que formaban los cuerpos de los reptiles, se irguió azorado y sólo atinó a disparar, buscando la puerta. Pero la puerta estaba herméticamente cerrada por fuera, y a su grito de auxilio, respondió una carcajada y una voz que siniestramente decía:

-¡Apuntate esa también!...

UNA AVENTURA DEL CAPITAN CRISTALDO

Don Elpidio Ferreira, estanciero en Concordia, gaucho viejazo que sabía miles de historias, del tiempo de antes, contaba una vez, en tertulia de sobremesa, este interesante episodio:

"En el principio del año 1863, los agentes del finao general Flores, que estaba emigrao en la provincia, andaban convidando gente pa la patriada que debía reventar a poco en la Banda Oriental.

En esos días cayó a casa un tal Cristaldo, entrerriano guapo como las armas, que había servido con Urquiza y que en l'ocasión andaba más pelao que un perro chino.

Vino a consultarme.

-Me han invitao pa la patriada, y yo ando con ganas de dentrar me dijo. Y tu mujer y sus dos cachorros? le dije yo. -Les quedan seis lecheras, vaintiuna ovejas, el petizo vichoco y el rancho.

-Las regoluciones en la Banda Oriental dilatan más que la curación de un grano emperrao... ¿Qué va ser de tu familia si pasan años antes de que podás pegar la güelta, o si te matan allá?

-¡Ah -me respondió Cristaldo; que harían si esta noche al volver pa casa me agarrase una tormenta y me partiera un rayo!.....

-Ahí me la ganaste - dije yo. Y el caso jué qu'el capitán Cristaldo alzó no más el poncho, y el 19 de Abril de 1863 invadia con Flores la Banda Oriental, allá por un paraje que le llaman Caracoles, en el Rincón de Haedo.

Blancos y coloraos peliaron con rabia sin mezquinarle el cuero a las lanzas, y en cada entrevero, qu'eran como trenza patria, hoy echaba suerte uno y mañana otro, y hoy los regulocionarios llevaban a los del gobierno de un ala y más dispués los blancos hacían correr como luz mala a los ensurretos.

El capitán Cristaldo adquirió pronto fama de valiente como el mejor ¡güeno juera que no!... cachorro criao al lado de Urquiza! y había perdido la cuenta de los lanzazos que había dao y los lanzazos que había recibido. Pero en aquel entonces los hombres parecían hechos con madera e'ñandubay; en el combate el Pedernal, el coronel Goyo Suárez salió del campo e'pelea con vainte heridas en el cuerpo, y a poquito nomás andaba en campaña metiendo lanza..

Pero aquel baile y aquel cantar de contrapunto ya iba pa muy largo, y los musiqueros, cantores y bailarines de uno y otro lao s'iban cansando, cuando un ejército y una escuadra de portugos jué a darle una manito a los regulocionarios del finao Flores.

A los blancos se les aflojó la vena'el garrón y no tuvieron más remedio qu'entregar el campo.

Entonces Cristaldo, a quien el gobierno colorao le dió con el grado de capitán efetivo y un puñao de onzas en premio de sus güenos servicios, se vino p'acá pa recoger a la familia y llevársela pal estao Oriental.

De pasada estuvo aquí, y yo tuve que darle la mala noticia:

--De tu casita ya no existe más que una tapera en medio de un yuyal.

El capitán se puso un poco pálido y preguntó:

-¿Y mi familia?

Esa píldora era más amarga y me repunaba hacércela tragar.

-Está... tartamudié, este... ¡güeno, qué diablo! los malos tragos, tragarlos de golpe!... Tomasa se jué a vivir con el indiecito Vergara, en Chajarí.

Yo calculé que iba a corcobiar, pero aguantó tranquilo el puyazo, y me dijo:

Güeno vi'a dir a buscarla.

-No vayas a hacer una barbaridá le dije.

Y el me dijo:

-Pierda cuidao.

Cuando se presentó en la casa'e Vergara, éste se aga-
Iró un naco de mi flor.

-Llamala a Tomasa dijo Cristaldo sin apiarse del caballo.

-Aquí... no muerto que vivo.

-¡Yo sé qu'está! ¡Andá llamala!

Un poquito dispués apareció Tomasa y se arrodilló y, llorando, encomenzó a pedirle perdón, diciendo:

-No es culpa mía... no tenía con qué darle de comer a las criaturas... y entonces... no está...

Cristaldo la interrumpió pa mandarla:

-Andá nomás, m'hija; andá trair tus trapitos y los cachorros...

Andá nomás, no tengas miedo, que yo sé lo que son necesidades.

Cuando su mujer volvió con los muchachos, la acomodó en el caballo que llevaba e'tiro y más luego se desprendió el cinto, sacó un puñao de onzas de oro y se las tiró a Vergara diciendo:

-Tomá pa cobrarte la pupa que les has dao de comer a mi mujer y a mis hijos...'

¡ MALDITA SEA LA GUERRA !

¡Hoy hace un año!

1

¡ Maldita, mil veces maldita sea la guerra!...

La prosperidad iluminaba la superficie del planeta con la luz fulgurante de las libras esterlinas o el gualda adorable de nuestros "canarios", que, si no cantan, hacen cantar hasta a un mudo, y bailar de yapa.

Todos éramos relativamente felices sobre el ras de la tierras. Comíamos, luego existíamos.

Había de todo y a disposición de todos: poco trabajo y buena paga, crédito ilimitado, confianza mutua, humanitario sentimiento de solidaridad, de confraternidad. Si lo embrollaban a uno, no se enfadaba, porque el "clavado" se resarcía del dolor de la tachuela encajando a otro una "punta de Paris", y éste a otro un "balin", y así sucesivamente, sin contrariedades, sin agriedades, sin reconvenciones, porque reconociéndonos todos personas decentes, nos profesábamos mutua estima. Hasta nos era liberalmente permitido manejar el sable y cazar "mixtos" sin que interviniera en actitud prohibitiva el grupo parlamentario socialista ni el doctor Albarracín.

Nunca como entonces el público exteriorizó su conformidad con el lema de la Sarmiento: "Sea compasivo con los animales". Entre los animales figuramos, en segundo término, nosotros los escritores pobres.

(Palpito que he hecho un pleonasmo, porque en estas tierras de los novillos gordos y los artistas flacos, o escritor y pobre son sinónimos, o no existen sinónimos en todas las 1043 páginas del léxico. Pero lo escrito, escrito está, y el momento no es propicio para gastar papel y tinta en correcciones y rectificaciones.)

Una ola de prosperidad inundaba el mundo; y sobre todo nuestro país, y más especialmente la provincia de Buenos Aires, donde los hacendados vieron convertidos sus campos de la noche a la mañana y al menguado precio de pocas decenas de millones de pesos invertidos en la construcción de los canales de desagües en hermosos lagos navegables.

La providencia, representada en este caso por el gobierno de la provincia, eximió a los terratenientes de la penosa, engorrosa, azarosa y costosa tarea de labrar los campos o engordar haciendas, proporcionándoles las ventajas de la piscicultura, la abundante cría de bagres y sábalos, que no exige ni capital ni trabajo.

Con eso y el gobierno infinitesimal del doctor de la Plaza, las peleas de gallos radicales y bravos socialistas en el Congreso, nuestros cuatrocientos autores dramáticos nacionales y otras menudencias, esto era Jauja.

Epoca feliz, de concordia y confianza mutua, en la cual todos vivíamos dichosos, con tal de pagarle religiosamente al casero el modesto alquiler que nunca pasó de los tres cuartos de nuestras respectivas entradas, ya podíamos vivir tranquilamente y con fuerzas para digerir los peces en ácido fénico, los quesos de papas, la leche almidonada, el aceite de araclide (vulgo manises), pimentón de aserrín y otros varios productos "alimenticios", creados por el genio inventivo de nuestros industriales.

Todos éramos felices en nuestros respectivos Lambarés; pero...

Vino la guerra y su zaña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré...

¡Maldita, mil veces maldita guerra! "; Bella matribus (et filius), detestata!"

Hoy hace un año. Hoy hace un año que el administrador del diario donde ganaba la media docena de garbanzos diarios me llamó y me dijo:

-Tengo el disgusto de comunicarle que, por causa de la guerra europea, queda usted cesante.

Yo respondí muy cortésmente:

-El disgusto es para mí.

Pero sin convencerme de la razón de mi "galleteo", porque, al fin y al cabo, yo no he tenido ninguna inter.vención lo digo bien alto en el conflicto europeo.

UN PESIMISTA

Un nido de carancho o una cueva de peludo catinguiento resultaban palacios suntuosos, comparados con los ranchos de Irineo Silvera.

Los ranchos, es hipérbole, el rancho, apenas. El rancho, con sus paredes ladeadas hacia un lado y el techo hacia el otro, parecía una postura de tango.

Casi pegado, la cocina, miserable cobertizo que desdeñarían los cerdos para guarecerse de las intemperies.

Más allá unos cuantos talas desgreñados como cabeza de mulata, y, por todas partes, mugre, ortigas, cepacaballos, abrojos y baldrana.

El dueño de casa, gran madrugador, iba invariablemente, y apenas levantado, a instalarse a la sombra de los talas, tirado sobre un cojinillo, esperando el mate que debía acarrearle su hijita Chita, desde el alba hasta la hora del almuerzo, sin más interrupciones que las breves necesarias para cambiar las cebaduras.

Ireneo era un hombre alto, fornido joven aún, de larga melena rizada, de sedosa barba negra, de grandes ojos adormilonados, de fina nariz corva; una fisonomía arábiga, con la más perfecta expresión de sensualismo y de indolencia.

Un pesimista, un desengañado de la vida. Su consuelo era tocar la guitarra y cantar, improvisando coplas de amarga filosofía amorosa.

“Para..... qué amar!...
Si el mundo no compriende,
No compriende, no!...

Su voz era suave, tierna aterciopelada... mientras cantaba, pero tornábase áspera, mala, zumbadora, cuando increpaba a la chica:

-¡No ves qu'está lavao el mate, gurisa mugrienta!... Y le sacudía una patada brutal en cualquier parte, donde alcanzara sin levantarse.

Sin embargo, su temperamento práctico resurgía de inmediato y con melancólica ternura entonaba de nuevo:

"Para qué amar!...

Si el mundo no compriende,
No compriende,
No compriende, no!...

Cuando tenía visitas y no era raro, porque el cimarrón, la caña con ruda y el churrasco, se ofertaban generosamente en el rancho de Ireneo, se desparramaba las exquisiteces de su alma sensible.

Un domingo, rodeado de tres o cuatro amigotes, se sentía inspirado.

-¡Ah! si yo escrebiese m'historia, se sabría que mi corazón ha desparramao más miel por el mundo ingrato, que la que puedan llevar en la barriga 'cien lechiguanas y cincocientos canmatis bien gordos!...

En eso quiso pasar, agazapándose para no ser visto, Lázaro, el hijo mayor del poeta, un muchacho enclenque, vestido de harapos, la pata en el suelo.

Pero Ireneo lo advirtió, y exclamó imperiosamente :

-¡ Vení p'acá, cachafaz!...

-Tata! respondió con humildad el chico

-¡Veni p'acá, te mando!

-¡Tata! imploró el muchacho, medio llorisqueando, levantando el brazo en defensa de la cara. Y cuando se hubo acercado, el cantor lo cazó de una oreja, le dió bofetón, luego un puntapié y terminó iracundo:

-Yo te via dar qu,andés por ahí, aprovechando las siestas pa robarles choclos a los vecinos!... ¡Sinvergüenza! ¡Te olvidás de quien sos hijo!... ¡En tuavía vas a ser la deshonra de la familia!... ¡Andá darle agua a mi caballo, andá ligero!...

Y luego, a la chica que temblaba esperando el mate: -Y vos, andá decile a la cascaruda 'e tu madre que ya basta e' sesteo, que venga a prepararnos unas tortas fritas, si no quiere que yo vaya a dispertarla con el arriador!...

Súbitamente serenado, tomó la guitarra, bordoneó y dijo:

¡La vida, amigos!... ¡La vida no es güena mas que pa los que tienen un'alma ensensible!...

Y esta vez la voz del cantor tuvo una expresión de infinita amargura, de sentido reproche al destino injusto y ciego que había permitido que se agotase en la esterilidad el inmenso tesoro de

ternuras que guardaba su alma sentimental.

AURA

Al talentoso estadista amigo, ingeniero Jo»é Serrato.

En medio del bosquecillo de paraísos, que crecía en el ángulo formado por el cerco de la chacra y al que daba entrada al potrerito del lavadero, Serapio, después de haber abierto cuatro hoyos a punta de pala, ensayaba plantar el primer horcón.

No se daba prisa; nunca tenía prisa Serapio. Tranquilamente colocó el palo en el hoyo, y comenzó a mirarlo, y a moverlo, "buscandole la vuelta". Cuando estuvo conforme, lo sujetó con ambas manos y empezó a voltear con el pie la tierra extraida.

-Así va güeno - dijo.

Largó el coronilla, ya firme, y cogiendo la pala, echó sobre el agujero la tierra que restaba Apisonć. Ratificó la posición del horcón.

-Ta güeno tornó a decir.

Sacó los avíos, armó un cigarrillo, encendió y tomó otro horcón para plantarlo en el hoyo vecino.

En ese instante apareció Eufrasia, que venía del lavadero con un gran atado de ropas sobre la cabeza. Lo dejó caer, se arregló las mechas, se puso en jarras, y, observando la construcción de Serapio, que no existía a medio día, cuando salió para el arroyo - dijo:

-¡ Hué!... ¿Estás poblando?

-Así parece, che preocupado con su labor.

-Casa chica, parece, respondió el mozo sin mirarla,

-Es pa los chanchos.

Y ella, riendo:

-Vas a estar bien ahí adentro.

-Si; en tu compaña

La china hizo un gesto despreciativo, recogió el atado de ropas, y exclamó con desprecio:

-¡Andá que te lamban!....

Y a pasos menudos y rápidos se encaminó a las casas, zarandeándose y sin dignarse mirar atrás.

El mozo continuó su tarea y sólo cuando ya ella estaba lejos, entrando al guardapatio, levantó la cabeza y se puso a contemplarla. exclamó, volviendo tranquilamente a

-Tuavía, no su trabajo.

Cuatro meses después daba principio la esquila.

Gran trajín en la estancia. Había que voltearles el, vellón a más de veinte mil lanudas. Cuarenta esquiladores sudaban apestosamente bajo el cinc hecho fuego del techo del galpón, cubiertos de grasa, arrodillados, una oveja entre las piernas, la tijera en la mano... Las ovejas medio asfixiadas gemían lastimosamente; de pronto balaba una, pateando, al sentir que le arrancaban un palmo de cuero en tajo brutal... En frente, una oveja vieja, de carretilla pelada, candidato al rodeo de consumo, tosía soportando impasible la tortura a que le habían habituado sus seis años de experiencia: "¡agacharse es un alivio, cuando es más fuerte el contrario!"

Aplastadora la tarea para el personal de la estancia. Serapio, ensillando con el alba para arrear las majadas destinadas a la esquila del día, desempeñaba luego el oficio de "acarreador", "agarrando" maneando, y “arratrando" ovinos para que siempre estuviese ininterrumpida la línea de animales que ocupaba el centro del galpón, a disposición de los esquiladores.

Por su parte, Eufrasia estaba "abombada" por el exceso de trabajo, abrumador y continuo. No se "deshacía las trenzas"; las mechas le caían obstinadamente sobre la frente; la pollera de percal estaba toda arrugada, a fuerza de acostarse vestida, las más de las noches, vencida por el cansancio.

Cuando en el obscurecer de aquella tarde, él entró al patio y fué al pozo, sediento, y la encontró a ella haciendo esfuerzos penosos al tirar de la soga, y se la quitó y sacó el balde de agua fresca y bebió gozosamente en el jarro que ella le alcanzara, tuvo la inspiración de desabrochar el alma y... El gran fogón de la cocina iluminaba el rostro de la criollita. Su rostro color de trigo amarilleaba de cansancio; anchas ojeras lindaban a sus ojos de carbón; los gruesos labios, entreabiertos, estaban pálidos... -Tuavía no pensó el gauchito; y se volvió a los galpones en silencio.

Al terminar la esquila hubo baile.

Eufrasia, que era una chica apetecible, tenía muchos admiradores, y ella, coqueta, "aflojaba piola" a todos, pero concentrando sus indecisas simpatías entre Toribio López, sargento de policía, asistido por el principio de autoridad; el indiecito

Martínez, guitarrista, presumido y que siempre le estaba cantando al oído vidalitas mojadas en miel de camoatí; y Serapio, quien, sin haberle dicho jamás palabra de amor, le había enseñado hasta el fondo del alma en las miradas encendidas de pasión.

En el baile Martínez fué preferido desde el principio. Bailarín de fuerza, conversador agradable, cautivaba.

El sargento, cuarentón presumido, se mordía los grandes bigotes, torturando su magín en busca de un recurso para meter de cabeza en la barra al indiecito ladino. Y Serapio, calmoso, tranquilo, se hacía a un lado, se ocultaba en la sombra, disimulaba su presencia.

A eso de la media noche, Eufrasia, que había bailado cuatro piezas seguidas con el indiecito guitarrero, salió al patio y se fué hasta el bosquecillo de paraísos, donde se detuvo apoyada a un horcón del chiquero de chanchos construído por Serapio.

Este, que desde hacía un cuarto de hora estaba allí, sentado en el suelo, meditando, la vió y guardó silencio, ocultándose a su vista.

A poco apareció Martínez. Se acercó a ella, le tomó una mano con aire de triunfador y díjole:

-Yo sabía que mi paloma había de obedecer al palomo...

-¿ Obedecer?

-Claro. ¡ Dame un beso!...

¡No! gritó Eufrasia esquivándose... -¿Por qué?

-Porque yo sólo besaré a mi marido.

replicó ella algo irritada.

Y el persiguiéndola zalamero, meloso, exclamó : -Y desde aura mesmo puedo ser tu marido... -¡Ah, sí! - replicó ella, rechazándolo indignada. Ah, sí?... ¿Eso piensa el mozo?... Equivocó la picada... Puede ensillar y dirse!

Inútiles fueron las súplicaş del guitarrero. La chinita, ofendida, lo dejó plantado y se volvió a las casas.

Hora después, Serapio regresaba al salón de fiesta. Eufrasia danzaba con el sargento. El se quedó en la puerta, fingiendo no advertir las miradas provocativas que le enviaba la china cada vez que giraba cerca suyo.

Un peón, compañero, sabedor de la intriga amorosa, le dijo:

-¿Y por qué no atropella hermano?

Sonrió el gauchito replicando:

-En californias, caballo que sale cortao en punta, cuasi nunca

gana... Hay que carcular el momento 'e la atropellada...

Y ni una vez en toda la noche, se dignó acercársele, hablarla, solicitarle el honor de una pieza. El gauchito estudiaba, esperaba.

En mitad de una polca, Eufrasia obligó al sargento, su compañero, que la sentase. Estaba furiosa. Enderezó a la puerta y le pegó un empujón a Serapio.

Pa cuando?

preguntóle con sorna el amigo. -Aura respondió él. Y tomándola de la mano, se adelantó hasta los guitarreros y dijo con voz imperiosa:

-A ver una mazurca linda pa bailarla con mi novia. Y le clavó los ojos; y los ojos de ella dijeron que sí. Afinaron las vihuelas, rompieron en acompasado son de una lánguida mazurca.

-Aura dijo él.

Aura dijo ella, entregándose...

POR NO DOBLARSE

A mi amigo, el ilustre gobernador de Corrientes Dr. Juan Ramón Vidal.

En lo más obscuro de lo más hondo del monte; en algo como una ampolla que formaba la selva, - una ampolla reventada al término de la senda de punas que iba en caprichoso caracoleo, desde la vera pantanosa hasta la barranca que contiene el furor de la laguna; en el medio de un glorieta cerrada y toldada por lapachos más viejos que Nembucú, el bisabuelo de mi bisabuelo, humeaban los tizones de un fogón recién apagado.

La mucha sombra que envolvía el diminuto potril, parecía aumentar el silencio de aquel sitio agreste y espinoso en que estaban las aves consideraban con respeto la majestad protectora de sus troncos envejecidos y endurecidos en lucha inmemorial con los pamperos que soplaban de arriba y las aguas que castigaban de abajo en las crecidas insolentes de otoño.

De un lado del fogón estaba Cantalicio, mordiendo la bombilla de lata del amargo, encontrado singularmente amargo aquella tarde.

En frente estaba Eloíso, con su cara apacible y serena, semejante al tronco seco de un ceibo viejo cuya copa continúa verdeando de hojas y rojeando las flores.

De pronto, Cantalicio dijo:

-Hermano, ya m'encomienza a jeder la vida?...

Y Eloíso, apretando el cigarrillo entre sus labios color de camalote arrancado, contestó:

-Hum!...

-Hasta aura, dispués del primer rajón dao en el poncho 'e la vida, fi cosiendo; pero aura se mi hace que y'estoy como carona 'e negro: más tientos que cuero!... No hayás?

-¡ Hum!...

¡Qué vida!... Condenado a peliar jaguaretés y vivir como vizcacha por haber muerto una perdiz... ¿No es triste?...

Cantalicio se incorporó un poco y levantando el brazo por encima de los tizones, descargó pesadamente la mano sobre el

hombro de Eloíso, que se dobló diciendo:
-¡ Hum!

- Verdá qu' es zonzo, continuó Cantalicio, sárselo así cuidando y componiendo un caballo pa no correrla con naide? ¿Verdá, hermano, qu' es muy triste tener güenos dientes pa mascar leche como los guachos y tener uñas de tigre para rascar caraguatasesì...

-¡ Hum!

Ya era de un todo noche, o ya era, por lo menos, de un todo obscuro.. Ni una pava se movía sobre las gruesas negras ramas de los lapachos. Del campo, cerrado por una muralla forestal de quince cuadras, no llegaba una voz ; y del otro lado, el río, inmediato, separado del potril por pocos metros de tierra poblada de espeso y áspero bigote de frondas, corría en silencio, plácido bajo la plácida claridad estelar.

¡Decí algo, pues! gritó Cantalicio, sacudiendo el hombro del amigo; y el otro, tranquilo, sosegadamente, respondió:

-¿Lo qué?...

Te hablo y siempre decís: ¡ Hum!
-¡ Hum!

Siempre lo mesmo.
Siempre es lo mesmo.
-Algunas veces cambea.

Nunca... Y dispués, ¿a qué gastar palabras al ñudo?... La fuerza del lazo está en la calidá de los tientos y no en la primura de los pasadores...

-¿De modo que yo?

-¡Hum!...

Y Eloíso volvió a pitar con fuerza.

Cantalicio, irguiéndose a medias en un brusco ademán, pegó con el pie en los tizones, y el fuego que ardía en silencio bajo cenizas, relampagueó en una llama roja.

Entonces el rostro amarillo, arrugado, inexpresivo de Eloíso, el rostro semejante a un tronco de ceibo muerto que continúa produciendo hojas y flores, cobró vida, ardió cual paional reseco y exclamó con vehemencia :

Hum! Asina t'he contestao hast'áura!... El perro que de güena o mala gana, sigue al amo ande el amo vaya... ¿No soy un perro yo?...

Tu padre me crió guacho v vos me acariciaste de chiquito... Yo juí fiel... Cuando vos dibas al arroyo yo diba con vos. Una vez que cuasi te augaste en la laguna sucia, yo cuasi me augué pa sacarte d'entre los sarandises; en otra ocasión, en un aparte de noviyada chúcara, me quebré una pata aplastao po' el mancarrón que costaló en la pechada que le di al toro que t'iba a ensartar en las guampas mientras le bajaba el recao al doradillo marca flecha que se te había aplastao en el aparte... ¿Te acordás?

-Me acuerdo!...

-Y dispués, cuando mataste a Sandalio, -en güena ley, no hay que negarlo, aunque le pegaste unas cuantas puñaladas de más, yo te acompañé en la juída y con vos he matreriao hat'áura, sin una queja.

-¡Vos sos mi hermano!... Si hubiera que seguir asi...

-Seguiremos... Del cuero salen las correas y mientras tengamos cuero pa jugar, seremos ricos; pero... me permitís que te hable y te aconseje una vez?... Si?... Yo sé que desís que sí... Güeno: oíme. ¿Qué culpa tiene la pobrecita Jesusa de que el otro la hubiese codiciado?... Vos la querés, vos sabés qu' ella te jué fiel siempre, y sin embargo, comés carne,revolcada en yel atrevesando entre los dos cariños, un dijunto qu' está sobre tierra como una ñeblina...

-Hermano, - dijo Catalicio en voz muy trémula, ¿ vos crees qu' ella me quiere?

-Yo creo, respondió el hombre de cara semejante a un ceibo viejo, yo creo que cuando no se cree en que hay quien nos quiere, no vale la pena montar a cacallo... Si vos querés, yo lo veo al padre, qu' influirá pa conseguirte el indulto... Dispués te arreglarás más fácilmente vos mesmo con Jesusa... y güelta a vivir la vida de la gente, dejando de incomodar a los bichos, que aunque la casa es grande, ellos son muchos de familia... ¿qué te parece?

-Me parece, respondió con voz firme el mozo, muy lindo... pero pa eso hay que humillarse y entonces...

Y entonces?

Que yo no, dentro por puertas en que hay que doblar el cogote!...

-Asina?... No hablar más... Vamos a preparar el churrasco!...

-¿Estás conforme en seguirme?

-¡ Pregunta boba!

COMO SE VIVE

A mi buen compañero I. Medina Vera

Felisa había permanecido toda la noche en vela. Era una noche de invierno, del áspero invierno campero, impetuoso como un toro cerril, soberbio como río salido de madre, inclemente como el granizo.

Una noche amedrentadora.

El cielo era negro cual hollín de cocina vieja. Ni una sola estrella habíase atrevido a aventurarse en lobreguez semejante.

A ratos, reventaba el trueno en las lejanas cavernas del firmamento.

A ratos zigzagueaba un relámpago, semejando el brillo fosforescente de los ojos de un felino rampante entre húmedos pajonales.

El viento, en ráfagas discontinuas, silhaba agrias melodías al enredarse en las férreas ramazones de los eucaliptos, donde anidaban águilas... o voltejeaba, al ras de la tierra, resquebrajando y humillando a los rosales y a los jazmines, a las camelias y a las glicinas...

Solita, en el sobrado de la Estancia, solita en el lecho, que parecíale inmenso para ella sola, Felisa, sentía helársele la sangre a cada centelleo eléctrico, que inundaba de luz el cuarto y a cada retumbo de trueno que hacía estremecer las tejas del techado...

Luego, en un reposo de ruídos y luces amenazantes, tras un pequeño silencio, la lluvia empezó a caer, a caer en gotas gruesas, espaciadas, lentas... Cesó de pronto...

En seguida, violentamente, ferozmente, el aguacero se desplomó con ansias de exterminio, mientras rugían los truenos, y se cruzaban en todo sentido los relámpagos, marcando arrugas lívidas sobre la faz carbonosa de la noche.

Noche de rabia. Una de esas noches en que el pavón nocturno y el cuervo simbólico y el buho agorero, parecen reunirse en fatídica trilogía para salmonear la divinidad del suicidio y el encanto del precipicio, para las almas transidas, exhaustas y deshojadas...

Las horas iban transcurriendo, cada vez más rabiosas en reventar

de truenos, en estallar de centellas, en vociferar del viento, en azote de la lluvia...

Iban pasando las horas con esa lentitud con que pasan las cuentas del rosario para un chico que se muere de sueño.

Rugía afuera el huracán. El cielo, el masculino fecundador, parecía complacerse en demostrar su superiodad brutalizando sin clemencia a la tierra, su esposa...

Y las horas pasaban, y Felisa se agitaba febrilmente en el lecho, esperando al esposo... Y, en el insomnio y al influjo de la noche tempestuosa, las ideas negras proliferaban en su alma.

Ella nunca quiso a aquel hombre que por ser joven, bien parecido y muy rico la adquirió de su padre como quien adquiere un caballo, pagando mucho, por capricho de poseerlo.

Nunca lo quiso, pero casada con él, se esforzó por quererle; y cuando vino un hijo, empezó a creer en la posibilidad de una fusión sentimental, la alegría de la flor, recompensa del rosal a los afanes de quien le cuida y le defiende con esforzada solicitud...

Y seguía bramando la noche. Y las horas caían, lenta, muy lenta, muy lentamente, sin que ladrase un perro anunciando la llegada del patrón, quien dos días iban, partió para el Ceibal: carreras, juego, baile, farra.....

La majestad del sol impuso respeto al cielo. La electricidad cerró los ojos y enmudeció. Cesaron los truenos y los relámpagos. Calmó la lluvia. El huracán, avergonzado de su acción destructora, moderó sus ímpetus...

Y cuando Felisa, horriblemente torturada por una noche de angustioso insomnio, comenzaba a vestirse, vió entrar a Lucindo, su esposo.

¡En qué estado!

Venía hecho una sopa; el poncho de arrastro; el blanco pañuelo de la golilla todo manchado con el rojo innoble del vino; los cabellos semejaban un trigal pisoteado por una tropa de yeguarizos en desbandada; la frente era un mármol ultrajado por las intemperies; los ojos eran como una lámpara que humea, agonizando, falta de aceite; los labios, cansados, recordaban los áridos labios arenosos de un arroyuelo desecado por el estio ..

No cambiaron palabra. Ella concluía de vestirse, nientras él concluía de desnudarse. A poco, roncaba.

Ella lo observó con desprecio. Iba a salir. Vió un papel en el suelo, caído de los bolsillos de su esposo... Lo recogió, lo leyó y lo arrojó con asco...

Descendió la escalera del sobrado y fué, mecánicamente a ocuparse de las tareas domésticas... Hizo fuego, preparó la pava y dirigióse al algibe que estaba en mitad del patio, a la sombra del parral.

Se detuvo allí. Miró lo hondo y negro del pozo. La acerada pupila de aquel abismo le atrajo. Se inclinó para mirar... Se inclinó mucho...

Al otro extremo del patio, Luisito, el hijo único, en zapatillas y en camisa, en medio de una gallina rodeada de polluelos, observaba con asombro a la madre y, sin decirlo, pensaba:

-Mamá no quiere nunca que yo me asome al pozo y ella se asoma mucho!...

Y en ese mismo instante, Felisa se lanzaba de cabeza en el aljibe, obedeciendo a la fatídica voz de la trilogía del cuervo, del buho y del pavón nocturno, incitadora del suicidio libertador.

El pequeño, azorado, corrió gritando en la intuición de su desgracia:

Mamá!... ¡mamá!

Mas, como nadie respondiere, imploró desesperadadamente:

Pero el papá dormía su borrachera, soñando con la mujerzuela que le había retenido dos días entre sus brazos, fuera del hogar...

MI PRIMA ULOGIA

Ai doctor Claudio Williman

La pulpería de Umpiérrez, en la Cuchilla Brava, cerca del Arerunguá Chico, era casi un cubo, y a la distancia, aislada como estaba en la cumbre de la loma, sin un árbol a su alrededor, parecía inmenso y pulido bloque de piedra blanca, plantado sobre la felpa verde de la colina.

Sin embargo, en aquel dorado domingo de Enero, el habitual aspecto de la pulpería había cambiado. A su alrededor, blanqueaba un escuadrón de carpas negreaban las enramadas, construídas en un día con cuatro horcones de blanquillo y varias carradas de ramaje de laurel y chalchal,

Además, veíanse desparramados por el contorno, carretas y carros, caballos y bueyes; y mientras de costumbre reinaba un silencio adusto, entonces, era todo bullicio: chocar de arreos de plata; sonoras interjecciones de gauchos y de perros, chillidos de acordeón y de mujeres, lloriqueos de guitarras y de niños; lamentables mugidos de bueyes hambrientos, y sonoros relinchos de parejeros ansiosos de lucha...

Junto a un ombú, un paisanito empurpurado, balbuceando frases de amor al oído de una chinita derretida... Junto a las casas, un bullicioso grupo de jugadores de taba...

Junto a un carretón, una vieja friendo tortas y pasteles, rodeada de parroquianos y lanzando zafadurías por sus labios de pergamino, sin dejar caer el cigarro de chala...

Más allá, la pista, alisada, peinada como criolla en noche de baile, y varios profesionales que la recorren, estudiándola en todos los detalles de las trescientas varas comprendidas entre la "largada" y la "raya".

Y sobre todo eso, sobre el cubo blanco, sobre las carpas grises, sobre los hombres, sobre los animales, el sol, el gran sol de Enero, derramaba fuego.

Entre la enorme concurrencia que todos los pagos vecinos habían volcado sobre la pulpería de Umpiérrez, atraída por el aliciente de unas "carreras grandes", encontrábase don Filemón Saldaña, viejo y riquísimo hacendado cuya estancia blanqueaba

sobre la misma Cuchilla Brava, al margen boscoso del Arerunguá Chico.

Había llegado justo en el momento en que "enfrentaban" para la "california" los cuatro parejeros del primer tercio.

A caballo, inmóvil sobre su tordillo viejo, apoyadas las manos sobre la cabezada del "basto", siguió impasible todas las peripecias de la lucha hípica.

Los gritos de:

-¡ Cincuenta onzas al malacara!

-!Doy cinco a cuatro y' voy al overo!

¡Doy el campo con el malacara!...

Todo el bullicioso tiroteo de las apuestas que enfebrecía al paisanaje, dejábalo indiferente. En medio de su rostro moreno, circundado de espesa barba blanca, sus ojos, sus grandes y buenos ojos de niño, se movían siguiendo los caballos en las partidas; pero sus oídos no oían, y sus labios no se desplegaban para nada.

Así estuvo mientras se corrió la "carrera grande" y así estuvo mientras se corrieron otras subalternas, retirándose cuando ya la noche mandaba atrancar la pista

Entonces, se fué al tranco, hasta la pulpería. Cenó con el pulpero. Después, cuando levantaba la mesa, se instaló la partida del "monte", él, desde un extremo de

la mesa, observaba, observaba, siempre en silencio, siempre impasible.

Umpiérrez, acercándose para ofertarle un mate, le preguntó:

-No le dan ganas de tantiar la suerte, don Filemón?

---No; no me dan ganas-respondió sonriendo el viejo. Y el otro, intrigado, insistió:

-Sin embargo, cuentan que usted fué un jugador terrible.

-No es mentira.

-Que solía pasarse dos días sin levantarse de la carpeta, tallando una banca.

-Y tres también.

-Que era un jugadorazo. A la taba...

-A naides rispetaba.

-Es cuestión de carreras...

-Era capaz de dentrar con el petizo del barril del agua...

Y ahora a nada juega?... Es porque está muy rico.

-No; estoy muy rico, porque no juego, y, sobre todo, soy feliz porque no juego... Tuito se lo debo a mi prima Ulogia...

-Me gustaría saber.

--Puede saberse... Mi prima Ulogia...

-¿Es su mujer?

-La mesma... Mi prima Ulogia se crió en casa, y tata la quería como a hija... Nos criamos juntos... Yo, que siempre jui perdido por el juego y las mujeres, ni albertí que la gurisa s'iba poniendo linda... Pero aconteció, yo no sé cómo aconteció... Parece qu'ella me quería dende tiempo y... cómo jué, por qué jué, donde jué, no mi acuerdo, nunca mi'é acordao... hice una barbaridá... una e las muchas barbaridades que llenaron mi vida como los yuyos en güerta de dejao...

La pobrecita sufrió mucho. Yo seguí galopiando al ñudo por los campos de la existencia, tan presto por lindas cuchillas, tan presto por tierras sucias, bañao, espina y barro..

Cuando murió tata y juí dueño del establecimiento, los alambraos comenzaron a cairse; las ovejas estaban comidas de sarna; las vacas ni balaban ya de flacas.... y tuito se redetía como terrón de azúcar echao al agua.... Tuito se jué yendo, una pajita aura, y otra luego, y después muchas... A la fin... la ruina. Las carreras, las carpetas, la cancha' e taba, el beberaje y las mujeres me comieron más ligero que comen una osamenta de vaca los cuervos, los caranchos, los chimangos y los gusanos.... En la noche del día en qu'entregué la estancia al acreedor hipotecario, cenamos juntos Ulogia y yo.

-¿Y aura qué pensás hacer?

me dijo ella.

Y yo le dije:

- Vos te cres que si yo juese capaz de pensar algo, me hallaría en este brete?

-Hay que pensar-dijo ella.

Sí; pienso que lo mejor sería tirarme al agua; el arroyo es hondo, y la correntada es juerte; cuesta poco augarse.

-Eso es maula-me dijo Ulogia-Los gauchos no se matan nunca, porque los gauchos tienen coraje. -¿Y p'ande querés que rumbee?

-Rumbiá pal lao del sol.

-El sol encandila.

-Bajando el ala del sombrero, se hace sombra.

-Yo ya ni sombrero tengo...

-¿Querés que yo lo sea?

-Güeno-dije, y la miré y vide que entuavía era linda y tenía una cara de güena como la virgen del altar mayor en l'iglesia'el pueblo.

-Güeno-volví a decirle, le di un beso...

Y dende entonces, agaché el lomo, no l'hice asco a nengún trabajo, ni juí a las pulperías... y hoy, soy el estanciero más rico de Arerunguá... y el hombre más feliz también... Y tuito se lo debo a mi prima Ulogia...

COMO EN EL TIEMPO DE ANTES

Al gran amigo Fulgencio Pinasco

El techo celeste estaba como la bóveda de un horno calentado con leña de coronilla.

En el ardor de fragua de aquella siesta excepcional, hasta el aire tenía pereza de moverse.

En medio del firmamento, el sol era como una inmensa mano de hierro enrojecido, pesando sobre todo lo terrestre.

Era colosal el silencio, porque los fuelles pulmonares, alimentados por lenta corriente sanguínea, no podían efectuar su tarea de oxigenación sino mediante el casi absoluto reposo de todos los órganos.

La naturaleza entera dormía sin un susurro, la naturaleza toda respiraba apenas, sin movimiento visible, sin ruido perceptible.

En la estancia de los Eucaliptos, los peones, tirados sobre cojinillos, medio desnudos, soportaban el flechazo de los tábanos por no mover una mano; y en sus bocas abiertas, para facilitar la entrada y salida del aire sin ningún esfuerzo, solían meterse, curioseando, las moscas.

El calor, derritiendo la grasa de los maneadores, había aflojado el "ñudo", y el cuarto de oveja cayó sobre desde la cumbrera hasta tocar el suelo del galpón.... "Malaquias" el perro viejo y artero, más ladrón que una urraca;-"Malaquías", que estaba sin comer desde la víspera, olfateó la carne, levantó la cabeza, y volvió a bajarla, sin ánimo para levantarse, arrancar un trozo y mascarla.

El gato barcino soñaba sobre una bolsa de cerda, cuando una rata le pasó atrevidamente por delante. Abrió un ojo; la raya de la pupila se dilató en círculo; pusiéronsele erécticas las orejas y las uñas... y volvió a entornar los ojos, a envainar las agujas unginales, y a hacerse un ovillo, entregándose al sueño...

A esa hora, un paisanito, de rostro color de cerno de coronilla, de ojos de árabe, iba costeando al tranco de su overo sudoroso, el alambrado de la chacra de la estancia de los Eucaliptos. Se detuvo; empinándose sobre los estribos, echó la vista sobre el maizal, y encontrando lo que buscaba, gritó:

-¡Güena tardes, tía Paula!...

De entre los altos tallos verdes, alzóse rápidamente, azoradamente, una vieja mujer que soltó de pronto las puntas del delantal y cayeron al suelo varias espigas de maíz y una sandía que se partió al caer, y quedó semejando rojo corazón de toro, abierto de un tajo...

-¡Ah! ¿sos vos, muchacho?...—exclamó.susto me has dao!... Créi que juese...

-Alguno de la estancia que la sorprendiera trabajando en chacra ajena, a media siesta...

-Vine a rejuntar algunas espigas cáidas,-dijo la vieja excusándose.

-Vea, mi tía; yo no le hago cargos; los patrones no se han de comer todos los choclos y todas las sándias, y no hay delito en que una pobre vieja haga lo que hacen las cotorras, comerse algunas...

-Ansina es, sobrino.

-Güeno, vengo en su busca.

-¿En busca mía?... ¿pa qué, muchacho?...

-Porque yo también ando con ganas de robar una sandía, y al dentrar a la güerta quiero que usté entretenga los perros pá que no se me vengan al humo...

La vieja se acercó al alambrado, cuidando de ocultarse entre los altos tallos, y preguntó intrigada: -¿Siempre encamotao con Belarmina?

-Siempre. Ella es pa mí como el sebo pa las guascas, lo que da vida...

-Güeno, pero no pensarás hacer una barbaridá ?..... -No, tía... Pienso robarla esta noche y necesito que me ayude...

-¿Robarla?... ¡Jesús, María y José!-exclamó, haciéndose la escandalizada, la vieja andrajosa.

El gauchito rió.

-¿Y di hay, tía Paula?... ¿Y a usté no la robó el finao tío Evaristo?...

-¡Era otro tiempo m'hijo, era otro tiempo!... Entonces no había alambraos, los montes eran espesos, los polesías no tenían remintones, ni había fierrocarriles, ni telegrafos, ni telefonos... ¡Era otro tiempo, m'hijo!...

-Pa los gauchos de verdá, son lo mesmo todos los tiempos... Qu'importa disparar en matungo flaco, si el que nos persigue

también viene mal montao?...

-¿Y qué querés de mí?

-Que me ate los perros. Don Evaristo, el capataz y los peones Telmo y Galleguito están en las carreras del Venao Arisco... En l'estancia sólo queda Aniceto, que es aparcero, y cerrará los ojos y los oídos... A la hora 'e la cena usté cái por las casas y le comienza a dar prosa a ñá Venancia... Hablelé mal de todas sus amigas; eso le gusta.

-Eso nos gusta a todas las mujeres...

-Cuentelé algunas zafadurías...

¡La patrona sabe más zafadurías que yo!... Es zafada la vieja, ché!...

- Mejor!...Dejelá tallar de cuando en cuando y comidase pa sebar el dulce y. ¿entuavía ha de tener aquellos yuyitos que hacen dormir?...

-¡Sosegate, muchacho!... ¿Con la patrona?... ¡ Sosegate!....

-Le regalo la lechera yaguané...

¿La yaguané de ubre grandota?...-exclamó tía Paula con codicia.

-Sí.

-¿Y el ternero tamién?

-Tamién.

-¿Es un overito crespo, medio cruzao?

—Sí...

Ella meditó. Luego dijo:

¡Pucha, ché, qué compromiso!... Pero en fin, por servir a un sobrino... p'algo es la familia... ¿Y estás seguro que Belarmina v'a cabrestiar?...

-Ese tiento yo lo afino.

-Siendo de esa laya... Andá indicando lo qu'hay que hacer...

-Cosa más clara que agua'e manantial... Usté se allega a las casas a la hora'el pulpeo; como misía está sola y se muere por prosiar, de fijo que la invita a comer y dispués... el mate dulce...

En el gran comedor de la estancia.

Doña Venancia, repantigada en su sillón tapizado con cuero de ternera peludo, ríe estrepitosamente, haciendo bailar el vientre enorme y dejando al descubierto las encías sin dientes...

-¡No, ché! Yo no puedo creer que mi comadre Marcelina.. asina... ¡No, ché, son mentiras tuyas!...

¿Mentiras? replicó tía Paula, fingiendo indignación. Eso sí que no admito, misía Venancia!... Mire: que la parta un rayo si hay un piacito'e mentira en lo que le cuento... Gracias á Dios yo no soy mala lengua ni me gusta desagerar a naides... Tome otro mate, misía.

La gorda patrona bebió el "dulce", bostezó y dijo: -Pucha, m'está dentrando un sueño... ¿Ande está Belarmina?...

-Aquí estoy, mama-respondió la chinita, entrando en el comedor.

-Están ladrando los perros.

A la luna... Noche de luna, noche de... Misia Venancia quiso reir, pero un bostezo le embargó la boca. Cerró los ojos, reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y quedó inmóvil.

-Y'astá á punto el asao-gritó la vieja. El gauchito penetró en la habitación. -¿Vamos, prenda?

Vamos, respondió ella decidida. Fué a la pieza inmediata, de donde volvió con un atado de ropas.

-Vamos,-volvió a decir.

Y cuando se disponían a partir amorosamente abrazados, tía Paula los detuvo, diciendo al mozo:

-Che, no te vas olvidar de mandarme la yaguané...

LAS GENTES DEL ABRA SUCIA

A Felix Lima,

Cuando Delfina tenía quince años, era la morocha más agraciada del pago del "Abra sucia", que tenía fama de ser un pago de chinas lindas, hasta el punto de que los mozos no trepidasen en galopar trenta leguas por concurrir a un baile en "Abra Sucia".

Hijas del amor, casi todas; producto de los fugitivos amores de un malevo escapado del bosque, con riesgo de la vida; flores silvestres, hurañas, con mucho de salvaje en la forma, en el color, en el perfume...

Sus rostros parecían hechos con corazones de ñandubay; sus cabellos tenían los reflejos negro azulados de las alas del urubú; sus ojos chispeaban como fogones; sus bocas atraían con la voluptuosidad de los gruesos labios encarnadós, pero imponían con la doble fila de dientes menudos, parejos, afilados, amenazantes... En la altivez del rostro, en la gallarda solidez del cuerpo, en la rudeza provocativa de la mirada, en la elegancia de los gestos, había algo de la potranca arisca, criada a orillas del monte, siempre recelosa, siempre pronta a escapar buscando refugio en la intrincada maraña de los espinillales...

Eran todas lindas, la chicas del pago; pero Delfina descollaba entre todas. Su padre, un bandolero famoso, fué muerto a tiros por la policía, una noche en que dormía confiado en el rancho de su amada. Esta, que no podía negar la raza, peleó a la par de su hombre, y sucumbió dos días después de resultas de las heridas recibidas.

Delfina fué recogida por don Saulo Manzanares, antiguo contrabandista y cuatrero, a quien se atribuían sinnúmero de crímenes, pero que había conseguido liquidar amigablemente sus pleitos con la justicia, había comprado un campito, y se había sosegado, llegando a ser el más rico y considerado estanciero del pago. Las malas lenguas murmuraban que muy rara vez carneaba una vaca de su marca ni una oveja de su señal... pero deberían de ser calumnias... Desde hacía muchos años, la policía toda, empezando por el comisario, se sentía muy orgullosa de ser recibida y agasajadą por don Saulo Manzanares...

Delfina contaba cinco años cuando fué recogida por el potentado del lugar, quien tenía un hijo único, Santos, muchachón que a los quince años, era ya la propia piel de Judas.

Hijo de tigre, overo ha de ser. Y aunque el padre se hubiese llamado a sosiego para disfrutar tranquilamente el producto de una vida deshonesta, no por ello habría de haber transmitido a la prole otra herencia que la de su verdadero acervo moral.

En el pago de la "Abra Sucia" sólo había bandidos. Ia honestidad era ave que nunca hizo nido en las almas de allí, fuesen masculinas o femeninas.

La situación geográficas que incitaba al contrabando; la topografía del paraje, que se prestaba admirablemente para albergar bandoleros, burlando la persecución policial; la historia comarcana, rica en aventuras, en episodios bélicos, siempre terminados con el triunfo del malevaje, y agregado a esto la poderosa influencia de la sangre en varias generaciones de bandidos, mantenían, en hombres y mujeres, el tipo rudo, violento, todo pasión y todo instinto, audacia, aspereza y rebeldía...

Saulo, bandido inteligente, echó una raya trazada con onzas de oro,-separando el pasado del presente y del futuro. Pero lo que no supo prever fué lo que habría de producir su estirpe. De semilla de cardo, cardo habría de nacer.

Todos los malos instintos, todas las perversiones brotaron lujuriosamente en el alma de su hijo Santos. Los lazosos con que a menudo intentaba corregirlo, sólo sirvieron para avinagrar su alma perversa. Y cuando Saulo apareció una mañana, tendido a la entrada del Abra, muerto de un balazo en el corazón, todo el pago atribuyó el crímen al hijo...

El hijo tenía entonces veinte años y se convirtió en el más tiránico señor del pago.

Delfina fué una de sus víctimas. Delfina amaba a Panta, joven contrabandista, fuerte y bello, y guapo, y que a los veintidós años de edad contaba ya en su haber glorioso, cuatro muertes. Pero Santos decidió que la china fuese suya, y lo consiguió a rigor.

Ella lo odiaba. El le era continuamente infiel y la trataba con grosería brutal.

Panta y Delfina se encontraron una vez en el monte. Ella le contó sus cuitas. El dijo:

-Si vos querés... Cortando el árbol se acabó la sombra...

-Si vos te animás...

Y una noche, una noche de invierno, obscura, fría y lluviosa, Panta llegó a la estancia del viejo Saulo, pidiendo posada. Santos, medio borracho, lo hizo entrar, lo invitó a compartir su cena; luego a jugar al truco.

Delfina cebaba mate.

Santo's, como de costumbre, "pasteleaba", arrastrando las onzas del forastero, que parecía no advertir la trampa, y con alegría de su fácil ganancia, le pegaba sin cesar a la botella de caña.

-Bien dicen que tuitos los días nace un zonzo y que la cuestión es encontrarlo...

-Asina es-respondió el cuatrero sin incomodarse.

Y empezaron otra partida. Santos daba las cartas y "sacó del medio" con torpeza infantil. Su contricante sonrió, miró sus naipes y jugó callado.

-¡Dos riales envido, maula!-gritó el dueño de casa. ¡Allá va la falta, guapo!-respondió Panta; y levantándose rápidamente, le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

En ese momento entraba Delfina con el mate.

-¿Ya está?

- preguntó tranquilamente.

-Ya está ¿Lo dejamos aquí no más?

---Dejuro. No nos vamos incomodar cargando basura...

-¿Tenés pronto el ato de ropa?

-Pronto.

-Vamos pal monte.

-Vamos.

Y al poco salían, serenos, tranquilos, sin un remordimiento, en busca del espinillal, refugio seguro de todas las fieras.

Pitando fuerte el colorado rionovo envuelto en chala, el viejo Sandalio borbotó una humana gris con la cual confundió en un solo tono, su faz gris, sus ojos grises, su cabello, su barba y su grandes bigotes grises, y dijo con una voz grísea también:

-¿Hará tiempo d'eso, no?...

Desconcertado por la irónica interrupción don Pedro Lucas truncó el relato y púsose a considerar a su compadre, medio con rabia, medio con lástima.

Es axioma zoológico, que los animales más pequeños sean los más ponzoñosos;-justa compensación, en la lucha por la existencia, concedida por la madre Natura a quienes carecen de otro medio para asegurar la supervivencia. Ella da cerebro a unos; músculo y garras a otros; agilidad a éste; hipertrofia visual o auditiva a algunos; humildes, pero protectores mimetismos a los más indefensos, y veneno a los ínfimos, a los que condenado a vivir arrastrándose, en penosos serpeos, están siempre expuestos a ser aplastados por el tacón de un sabio o por el casco de un bruto.

Don Juan Lucas era un hombre grande, morrudo, sin una achura de desperdicio; grande, fuerte y bueno como un buey.

Al igual de los bueyes, tenía unos bofes potentes, ca

paces de oxigenar muchos litros de sangre por día; y un corazón amplio, de sólidas paredes y con maravillosas válvulas, aspirantes y espelentes, incansables e infalibles en su ruda labor de riego; y un estómago que era un concienzudo químico; y un hígado y un riñón que resultaban celosos policianos... Sólo tenía, como los bueyes, un órgano pequeño y flojo, don Juan Lucas: era el cerebro.

Nunca se le había ocurrido pensar. Pero, si los bueyes pensasen, seguirían pacientemente el surco, soportando el tirón de la oreja y el escozor del clavo de la picana?..... Si los bueyes, pensasen hoy por hoy no se dorarían con flor de trigo los collados, ni desparramarían luces diamantinas los dedos de muchas mujerzuelas, ni burbujearía el champagne, en copas de cristal, frente a la alba pechera de muchos capitalistas.

Hay tres especies animales que no desaparecerán jamas de la tierra: los tigres, los bueyes y las víboras.

Sin embargo, buey y todo como era, Juan Lucas se encrespó ante la insidiosa interrupción de su compadre, que desde rato hacía,-y, por otra parte, como siempre, le venía fastidiando así, clavando estacas en todo lo largo de su relato.

Y tanta rabia le dió que después de considerarlo un momento, levantó la manaza y dijo:

-Si no te callás...

-¡Y'estoy callao!-se apresuró a responder don Sandalio.-Seguí no más, ya que te agrada correr solo...

Don Pedro Lucas detuvo el ademán y prosiguió mirando a don Sandalio. Y, cosa rara, le fué apareciendo como un hombre

completamente distinto de aquel Sandalio que conocía desde que ambos eran niños y en cuya comunidad había vivido por cerca de medio siglo.

Recién entonces se dió cuenta de la fealdad repugnante de aquel hombre que había constituído la mayor afección de su vida.

Vió recién que la frente era ancha y fugante como la de un felino; que los ojos, pequeños y turbios y sin el suprayado de las cejas desaparecidas, estaban dispuestos en distintos planos, haciendo que jamás coincidieran sobre el mismo punto sus visuales; que la nariz, alta y fina, cortaba el sesgo de su faz, ondulosa, cubierta de piel áspera, rojiza, taraceada de barros negros en el poco espacio dejado libre por la frondosidad capilar; que la boca, hundida por la carencia de dientes, era también irregular y sinuosa. Viejo, completamente viejo sin haber llegado a la vejez, tenía todo el aspecto repulsivo de una oveja flaca y sarnosa que va perdiendo la lana.

Pucha que sos fiero! exclamó el coloso. -¿Te parece?-contestó el otro riendo con una sonrisa negra.

-Y ruin agregó Pedro Lucas.

Y siguió observándolo insistentemente. No; no era posible que floreciese un solo sentimiento bueno dentro de aquel hombre, que todo el mundo odiaba, que todo el mundo despreciaba por haragán, vicioso, cobarde y malo y de quien él se había constituído en perpetuo defensor. -Sos fiero mesmo!-volvió a decir con amargura, porque pronto, en inusitada iluminación de su espíritu opaco, vislumbraba toda la verdad de la crítica y la justicia de las befas de que durante años y años él había sido objeto, a propósito de su encariñamiento por aquel reptil, que le había robado todo, hasta el honor, y que hacía públicamente gala de su vileza.

-¡ Sos fiero mesmo!-tornó a decir.

Y Sandalio, incomodado, respondió provocativo: -¡Avisá si es polka...Y luego, con la más perversa de las entonaciones de su voz perversa, preguntó: -¿Tu mujer piensa lo mesmo?...

LA VENGANZA DEL BUEY

El buey sintió que le temblaban las carnes, desde la planta de los pies hasta la raíz del cabello, y echó mano a la cintura, sacando el cuchillo de ancha, aguda y afilada hoja... Pero se contuvo al ver la expresión miserable y despreciable, de espanto, que su gesto había dado al rostro del canalla.

Con ademán pausado y sereno, con el ademán del buey que agacha la cabeza y sigue el surco volvió a envainar.

Se cruzó de brazos y dijo sin encono:

-No vale la pena ensuciar la daga matando una vibora vieja que ya ni colmillos tiene, aunque le sobre veneno!... Pero siempre es repugnante una vibora... ¡Andáte!..... ¡Andáte!...

Y cogiendo el rebenque, comenzó a darle mangazos por la cabeza. Atinó el otro a parar los golpes, anteponiendo el brazo; pero como el buey continuase embistiendo enfurecido, se levantó y echó a correr.

Y el buey detrás, castigando a rebenque.

Así anduvieron varias cuadras en pleno campo. Al fin, Sandalio, rendido, imploró gracia.

-No me pegués más!...

-¡Sí! replicó furibundo el buey. Levantáte y seguí!... Aquí cerquita está la portera... La cuestión es echarte juera'e mi campo!... Más p'ayá, es ajeno.

Y a fuerza de chicote, le hizo transponer la cancela, y lo dejó entonces.

Por un momento, permaneció quieto. Se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor, y dijo:

-¡ Caracho! ¡Cómo cansa ser malo!... Y la pobre mi mujer ha' estar con cuidao por mi tardanza...

LA VUELTA A LA ALDEA

Para Atilio Chíaposi.

Muy vaga, muy indecisa idea conservaba yo de mi pueblo. Diez años contaba cuando salí de allí, y más de treinta medí entre la partida y el retorno.

Varias veces, en distintas épocas había sentido tentaciones de visitar el sitio de mi nacimiento; pero desistí siempre. El viaje era muy largo y sólo tristezas podía ofrecerme aquel lugar; mis padres no reposaban enˆ su composanto; no poseía allí deudo alguno, ni amigos, ni era ya de mi propiedad la casita donde murió mi abuelo y donde nacimos mi padre y yo.

El azar de la guerra me llevó allí cuando menos lo soñaba. El ejército había acampado en las inmediaciones y como era sólo media tarde, en vez de desensillar, fuíme, solito, a visitar la aldea, esperando gozar intensas sensaciones al contemplar las canchas de mis proezas. infantiles, al evocar los recuerdos remotos.

Desde que penetré en el pueblo, una tristeza infinita se apoderó de mi espíritu; todo aquello era una ruina. Los edificios cubiertos con verdinegra techumbre de teja española, presentan los muros denegridos, mostrando las injurias del tiempo en las desconchaduras del revoco. Las maderas de las puertas, que apenas presentan vestigios de la antigua pintura, se separan formando hendijas que semejan cuchilladas: tras los barrotes de las rejas, rojos de orín, las ventanas sin vidrios, con los vidrios rotos o sustituídos con chapas de latón, pregonan la extensión de su indigencia.

Por allá se ve un eucalipto gigantesco; cercano, un álamo soberbio que se estira con ambiciones de alcanzar el cielo tras de una tapia decorada con lujuriosas madreselvas, los durazneros, los perales, lo manzanos y los guidos forman bosques de lozanías tropicales. En un terreno baldío entre un ombú que se ha caído de viejo y una casa que se está cayendo mordida por la incuria, el hinojo y la cicuta mezclan sus hojas finas y sus flores blancas, y forman monte tupido, alto de dos metros, ofreciendo albergue en su soledad húmeda y obscura a millares de reptiles que en el bochorno de las tardes salen para tomar el sol sobre las arenas de las calles desiertas.

En tanto los edificios se desmoronan y mueren ante la indiferencia de los que moran en ellos, las plantas crecen con rabioso empuje en aquellas tierras gordas, cuyas ubres generosas debieran alimentar la planta de pan y sustentan malezas: al igual de la vaca, que por desidia del pastor, entrega su leche a la culebra astuta, mientras su propia cría se esqueletiza y se muere de consunción...

Siguiendo a lo largo de una calle parecida a un médano, triste y desierta como todas, salpicada de casas que parecen sepulcro donde reposan muertos sin deudos, que semejan jóvenes envejecidos en prematuro hastío de la vida, llegué hasta el otro extremo del villorrio.

Vi allí, señorearse una quinta donde los árboles frutales se extendían en legión compacta, donde el maíz ocupa varias cuadras en su verdor alegre, donde los álamos se yerguen a incalculable altura, donde las naranjas negrean, juntando fuerza para engendrar, al beso de la helada, sus esferas de oro.

Es todo un himno a la vida.

Y más allá, un poco más allá, después de un médano de arenas blancas y estériles, vése un muro bajo, cárdeno, derruído en partes, cercando la mansión de los muer

tos. Allí está la muerte en la inmensa melancolía del abandono absoluto: la muerte en su verdadera significación: el fin.

Impresionado, empujé el portón de maderas, casi podrida, y entré.

Hay una callejuela casi por completo invadida borrada por las hierbas. A uno y otro lado, entre matorral espeso, entre gramillas y ortigas, se ven cruces negras, inclinadas, torcidas y que parecen bostezar de fastidio y sentir deseos de acostarse también sobre la grama para dormir el sueño sosegado de las osamentas que custodian.

No hay árboles que den sombra; no hay tampoco flores que sonrían con sus colores y canten con sus perfumes. Los pájaros no revolotean por allí; las mariposas no tienen nada que hacer por aquel sitio, y si alguna llega, será el pavón nocturno, el gran coleóptero de vestimenta macabra.

Durante la noche, deben arrastrarse por el suelo los ofidios récelosos, el tatú taciturno y la astuta comadreja; por encima de los

pastos pasarán volando sin ruido las lechuzas y los murciélagos.

Hay algunos sepulcros que casi desaparecen en medio de la vegetación herbácea, y hay algunas crucecitas de hierro que tienen un corazón entre los brazos. Se ve algo escrito en esos corazones: un nombre, una fecha, una frase afectuosa; pero todo ello ininteligible, borradas letras y palabras por la impiedad de la intemperie.

¿Quién reposa aquí?... No se sabe.

¿Qué le han dicho en llorosa despedida, el padre, la madre, el esposo, la esposa, el hijo, la hermana?... No se sabe tampoco.

El tiempo, hermano de la muerte, riendo de la necia. ambición humana de perdurar siquiera en el recuerdo, lo ha borrado todo.

Los muertos de aquel cementerio están definitivamente muertos...

Comenzaba a ser noche. Tuve miedo y salí. Monté a caballo y a galope, sin volver una vez la cabeza, me alejé de mi pueblo llevando el firme propósito de no volverlo a ver.

EL BAILE DE ÑA CASIANA

A Héctor Gómez.

Allá por las puntas de Yaguary, cerca de la frontera brasileña, en el fondo de un vallecito rodeado de sierras poco elevadas, pero sucias y escabrosas, estaba en el campo de Elviro Santanna Riveiro Silveiro da Sousa.

Doscientas cuadras de campo ruín, mal cercadas por un alambrado de tres hilos, en muchas partes cortado, flojo y con postes quebrados o caídos, en la casi totalidad de su extensión.

Trescientas ovejas criollas, comidas por la sarna; dos yuntas de bueyes; media docena de lecheras escuálidas, cinco matungos lanudos, y un enjambre de perros, constituían la hacienda de la "Estancia".

Unos ranchos chatos, negros, despeinados, huérfanos de árboles, de jardín y de huerta, rodeados de ortigas, abrojos, cepa caballo, baldeana, cicuta y malviscos, eran las "casas".

Los vecinos decían: la "chacra" del portugués. Pero Elviro Santanna Rivero Silveira da Sousa, que, efectivamente, era portugués, decía: "Minha Estancia!" Elviro era un hombre grandote, gordo, enormemente haragán, superlativamente sucio. Su larga melena y sus copiosas barbas, sabían del peine lo que saben del hacha las selvas amazónicas.

Su mujer, ña Casiana, era una china petiza, activa, siempre en movimiento, pero más rezongona que negra vieja y más zafada que pilluelo de arrabal.

Trabajaba sin cesar y sin cesar echaba sapos y culebras, insultando al haraganote de su marido, quien, con tal de no hacer nada, soportaba los insultos con soberana indiferencia. Con eso, y con tener caña y tabaco, era feliz.

El 5 de diciembre, santo de ña Casiana, había baile todos los años, y en aquel año ella esperaba una fiesta suntuosa. Había muerto cuatro gallinas, asado dos lechones, hecho cinco docenas de pasteles y un fuentón de arroz con leche.

Desde temprano empezó a preparar la sala. Elviro, a la fuerza, la ayudaba. Con gran fatiga, fué colocando los escaños contra los muros, después dijo:

-Y'astá!... Ainda un bocadinho mais y tudo fica arranyado!... ¡uff!... ¡Vida arrastrada!... ¡ Mesmo para divertirse carece travalhar!... Uff!...

Na Casiana interrogó sin mirarlo:

-Ande pusiste el escaño chico?

-La, na esquina.

Hombre estúpido!... ¡Si no tiene geito pa nada!... No sirve ni pa espantar moscas, y ande mete la pata salta el barro a la fija!... ¿Te parece lindo asina?

-Mulher, eu creiba...

-Sali, sali! ¡No te da el naipe pa nada!...

La china cogió el banco, lo dió vuelta, dejándolo en el mismo sitio, y exclamó con aire de suficiencia:

-¡ D'esta laya!

-E o mesmo que eu fise... aventuró el portugués; y ella encolerizada:

Lo mesmo, no?... ¡Es claro!... Como pa vos tanto da caracú que aceite'e pelo!...

Ta bon... ta bon!... murmuró él resignadamente.

-¡ Salí de acá!... ¡salí de acá!... ¡Más mejor será que no hagas nada!...

-¡Eso e o que eu gusto!...

i Parece mentira!... Aurita no más van a comenzar a cáir los invitaos y no hay ningún preparo hecho!... Se mi hace que no van a alcanzar los asientos, porque carculo que va a venir gente como mundo...

-¡ Con certeza!...

-Pueda que venga hasta el comesario...

Nao tein dubida!...

Y las muchachas del mayordomo Peralta. -¡Pois eh!...

Na Casiana había sostenido este diálogo ocupada en sus arreglos, dando la espalda a su marido. De pronto volvióse:

-¿Pero qu'están haciendo, haragán?

-Estou descansando.

-¡ Picando tabaco sobre el escaño lavao!... ¡Si serás cochino!... ¡Animal desasiao!... ¡Con vos, con el gato barcino y con la perra tuerta nunca se puede tener limpia la casa!...

El quiso protestar:

-¡Ora isto, senhora, ora isto!

Ella, amenazándole con la escoba, ordenó furiosa:

-i Mandate mudar de aquí, portugués caspudo!

¡Sosiega, mulher, sosiega!...

Y se apresuró a salir, si más protestas...

Pasaban las horas y no llegaban más invitados que cuatro negras y media docena de gurises atraídos por la perspectiva de la comilona.

Comenzó a declinar la tarte; llegó la noche: nadie. Na Casiana estaba hecha un basilisco. ¡ Semejante desaire a ella!...

Elviro!... ¡Elviro!... comenzó a gritar.

A las cansadas apareció el portugués, bostezando y restregándose los ojos."

¿Qué e o que pasa, mulher?.....

-¿Qué pasa?... ¿No vés lo qué pasa?... ¡Qué no ha caído ningún invitao!...

-¡ Melhor!... ¡Mais leite para o ternero!... ¡ Mais caña para mí!...

-¡Con que mejor. no?... ¡ Hacerme a mí ese desaire, toda esa punta de arrastraos y arrastradas!... ¡ Hacerme ese poco caso a mi!...

Y luego, dejándose caer sobre el banco, y llevándose las manos a los ojos llenos de lágrimas, exclamó con infinita angustia:

- Ensuciarme el santo asina!...

LA CERRAZON

Atardecer de Junio.
Fresco sin frío.

Al Dr. Carlos Traveso fraternalmente.

Un cielo barroso. Un sol con pereza, como trashoguero tapado por la ceniza: no calienta, no alumbra, pero arde...

Las cosas se iban borrando con el polvo gris de la neblina, en virtud de cuya exageración andaluza, los postes de alambrados parecían eucaliptos, bosque sombrío el cardal misérrimo, avestruces las perdices que apresuradamente corrían en busca del nido, y mastodontes las flacas lecheras que ambulaban por el camino real buscando hierba que triscar antes de echarse a dormir...

Quien ha visto una cerrazón campera sabrá que se asemeja a los celos. Lo agranda y lo deforma todo. Desorienta y desconcierta. Tiene caprichos y perfidias de mujer: La sombra oculta; la niebla engaña.

¡La cerrazón!

En la noche toldada, negra, sin una baliza estelar, solitario en la inmensidad del campo, el campero medita, olfatea, escucha, cierra los ojos inútiles en el caso... y "rumbea".

Hay lógica, hay ciencia, en su decisión. En el diccionario de la lengua no existe el verbo "rumbiar", debido probablemente a que en la academia española no hay ningún gaucho; y es lástima.

Cuando las tinieblas caen como llovizna de cisco, y lo borran todo, el llano, la colina, el monte y el arroyo, la tapera y la estancia, el yuyal y la huerta; cuando el viajero sorprendido en la infinita soledad del despoblado no alcanza a ver ni las orejas del caballo que monta,-cuando no se ve ni lo que se conversa, se despreocupa del terreno, pasa revista al mapa que lleva impreso en la mente, "toma rumbo"... y es raro que se pierda y no llegue a su destino.

Pero cuando la cerrazón cubre el campo con su poncho grís, ya no hay baqueano posible. Es una hada que trueca las formas de los objetos; se ven, pero no se reconocen los parajes más familiares parecen extraños, nunca vistos... Una vaca que rumía echada al borde del camino, figura roca enorme que nunca existió en aquel paraje; más allá un "tacurú" adquiere proporciones de rancho, un

cardo es un ombú y un caraguatá, un álamo...

Así era la noche que sorprendió a Julio Sánchez en viaje de regreso a su casa tras varios días de parranda, de carreras, de taba, de naipe y beberaje. Al salir de la pulpería llevaba más carga en el cerebro que en las maletas. Sus insomnios, las emociones del juego y el exceso de alcohol llenaban de neblina su espíritu. La conciencia de su falta, la perspectiva de la escena desagradable que le esperaba al llegar al rancho, con los mudos, pero elocuentes reproches de su mujercita y de la pequeña hacienda abandonada, el remordimiento de su mala acción. de su cobardía, de su egoísmo, le habían hecho perder el rumbo moral.

Apresurando el trote por el camino reseco y solitario, hacía vanos esfuerzos por orientarse, buscando una explicación lógica y una atenuación aceptable. Y no las encontraba. La cerrazón, envolviendo su espíritu, le había hecho perder el rumbo...

Y cuando marchaba así, despreocupado, del camino, confiado en su pericia y su conocimiento del pago, se le ocurrió mirar y se encontró perdido.

¿Dónde estaba?... A su izquierda negreaba un monte... ¿Qué monte?... El único arroyo que existía en el trayecto, corría a su derecha... Más adelante vió tres ranchos... Los ranchos del negro Pío, a legua y media de su casa, eran dos, solamente... ¿Y aquéllos?.

Con rabia, con mucha rabia, gritó:

-¡Lo que me faltaba! ¡perderme a la puerta 'e mi casa!....

Desmontóse, púsose en cuclillas y observó... A corta distancia brillaba el agua de un arroyo... ¿Un arroyo por delante?... No podía ser... ¿El Quebracho Chico?... ¡Pero si el Quebracho Chico iba al costado y no tenía que atravesarlo para ir a sus ranchos...

-¿Lo habré bandião sin albertirlo? exclamó; y montando de nuevo continuó la marcha. Encontró un arroyo; lo vadeó; siguió andando, al azar, sin conciencia, sin dirección.

Trotaba, trotaba, y el tiempo parecía inmóvil. Su casa debía estar allí cerquita, allí nomás... y no llegaba nunca.

Sofrenó el caballo. Hizo inauditos esfuerzos orientarse. Vanos esfuerzos... Recordó que llevaba un frasco de ginebra en la caña de la bota. Bebió. Bebió varios tragos seguidos, y continuó trotando.

Anduvo mucho tiempo. De cerca en cerca bebía. Y las dos cerrazones, la de su espíritu y la de la atmósfera, seguían

espesándose.

De pronto sintió un lejano ladrido de perro. Reconfortado apuró la marcha. Donde hay perros hay poblaciones y él ansiaba llegar a una, cualquiera que fuese, para terminar el viaje y la pesadilla atroz.

¿Qué rancho era aquél?

Uno muy miserable. El lo reconoció y tuvo deseos de volver a montar a caballo y echarse a vagar de nuevo por el campo... Pero su voluntad estaba mustia, floja, inservible...

Fué a la ventana y golpeó, dicendio:

-¡Filomena!

-¿Quién es?

respondió una voz soñolienta.

-Soy yo, Julio... ¡Abrime Filomena!

A poco, la ventana se abrió.

-Vos! exclamó asombrada la china!...

..Y pasaron los días, las semanas, los meses, y Julio Sánchez reconquistado por su antigua amante no volvió al rancho donde su mujercita lloraba, cuidando al pequeñuelo y cuidando la hacienda abandonada como ella.